

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Letras Hispánicas

La ideología política de don Juan Manuel: *El libro de Patronio*

Tesis

que para obtener el título de

Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas

presenta

**Emiliano Amauri Ruiz Parra**

Asesora: Dra. Graciela Cándano Fierro

México, Distrito Federal

Noviembre, 2008



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Carmen Parra

A la memoria de Ana Ortiz Angulo (1929-2008)

Agradecimientos:

A mis hermanos Camilo Ruiz, Pável Granados, Rolo Diez Laurini, Óscar Viadas, Miguel González, Diego Osorno, Ernesto Leyva.

A Cuate.

A Graciela Cándano, que me espero cuatro años desde que le pedí que fuera mi asesora, hasta que le entregué el borrador del primer capítulo, y a Ana Castaño, por su esmerada lectura y su entusiasmo.

A Xóchitl Ruiz y Josefina Parra.

A Ernesto Núñez y Claudia Guerrero, que me compartieron su experiencia.

A mis amigas y amigos Aynel Álvarez, Juan Pablo Arroyo, Miguel Ángel Bastenier, Monica Campbell, Italia Flores, Érika Hernández, Fabiola Martínez, Elio Masferrer, Carlos Navarrete, Işık Özel, Jorge Ramos, Claudia Salazar, Carole Simonnet, Hanako Taniguchi, Marcela Turati, Jérica Zermeño.

A Sofía Valadez, que me regaló 400 horas para escribir.

Y especialmente a Roberto Zamarripa, maestro y amigo.

## Índice

Introducción.....1

### **Parte I** Don Juan Manuel contra la historia

Capítulo 1 Un príncipe repudiado. Perfil biográfico y contexto histórico.....11

Capítulo 2 Don Juan Manuel contra el rey y los nuevos ricos.....35

### **Parte II** La ideología política de don Juan Manuel

Capítulo 3 La conservación del poder.....45

Capítulo 4 La moral ambigua.....59

Capítulo 5 La verdad engañosa.....72

Capítulo 6 La cabeza de todas las bondades.....83

### **Parte III** Dos consejos a un príncipe

Capítulo 7 Dominación por el terror.....94

Capítulo 8 El rey va desnudo.....105

### **Epílogo**

Capítulo 9 La dulce medicina.....116

Bibliografía.....122

## **Introducción**

Nos separan 700 años. En su mundo apenas se descubría el uso agrícola de la rueda; se pensaba que el universo era finito, iluminado y musical; el comercio era un oficio de aventureros condenado por la Iglesia; no había estados nacionales sino príncipes feudales que gobernaban en nombre de Dios, y la España de la Baja Edad Media era una región en guerra santa del cristianismo y el islam. En ese mundo tan diferente al actual, sin embargo, el escritor español don Juan Manuel fue un hombre *moderno*, un *adelantado* del siglo XIV tanto como un contemporáneo del siglo XXI.

Su talento abarcó todos los saberes de la época, pero su genio lo vertió en la literatura. Su principal descubrimiento literario fue la individualidad porque su obra recogió el conjunto de tradiciones, preocupaciones y anhelos de su época y de su clase, pero los transformó en signos literarios propios.

La modernidad de don Juan Manuel fue fundamentalmente estética y, particularmente, narrativa. En el *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio* integró la tradición cuentística oriental y la actualizó a su época y a sus intereses de hombre de gobierno. Entrar a su literatura es encontrarse con el presente reflejado en el pasado. Sus personajes son universales porque don Juan Manuel entendió los anhelos y las preocupaciones esenciales de los hombres. De él se puede sostener lo mismo que dijo Samuel Johnson de Shakespeare: “ha representado a la naturaleza humana no sólo tal y como se comporta en situaciones reales, sino como lo haría en circunstancias a las que en rigor no puede ser expuesta” (Johnson, p. 14).

Pero entender al hombre no es suficiente en el arte, también se requiere de un talento formal que don Juan Manuel dominó. Su literatura es rápida, exacta, visible y múltiple. Algunos de sus cuentos son, como le gustaban a Horacio Quiroga, novelas depuradas de

ripios, porque la economía es una seña de identidad de la obra juanmanuelina: se usan sólo los conflictos, personajes, diálogos y descripciones imprescindibles. En el *Libro de los enxiemplos* resplandece una veintena de relatos brillantes donde actúa el hombre frente a sus pasiones; en donde la preocupación de instruir está armonizada con el deseo de narrar y de proveer de placer al lector.

Una amplia tradición crítica ha estudiado las fuentes y los procedimientos formales del Adelantado de Murcia, particularmente en su obra más famosa, el *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*. El objeto de este estudio no es refutar o sumar elementos a esa crítica, sino proponer una lectura política de un libro que no es menos político que literario.

La universalidad de los *exempla* de don Juan Manuel se debe a sus virtudes literarias; mi acercamiento primordial fue y sigue siendo estético: fueron la admiración y el placer el motivo de las relecturas, pues como dice Gracián, el *Conde Lucanor* es “siempre agradable, aunque siete veces se le lea”. Pero don Juan Manuel se afirma a sí mismo como un pensador político preocupado por la instrucción de sus iguales, los príncipes y reyes del feudalismo medieval. El *Libro de los enxiemplos* se concibió como un libro práctico, un manual de gobierno cuya envoltura pedagógica fue la tradición de los *exempla* que recibió de los predicadores dominicos, sus aliados en la defensa de la sociedad de su época.

Desde mi primer acercamiento a don Juan Manuel me asaltaron interrogantes acerca de la ideología política postulada en el *Libro del conde*. Este trabajo pretende responder a las siguientes preguntas: ¿cuál era la ideología política de don Juan Manuel?, ¿a qué circunstancia histórica respondió?, si el *Libro de los enxiemplos* sugiere teorías de acción política, ¿cuáles son algunas de sus principales recomendaciones? No me toca a mí presumir si conseguí o no aclarar estas dudas a lo largo del texto, pero por lo pronto debo

explicar los términos del título: por qué *ideología*, por qué *política* y por qué del *Libro de Patronio*.

Me refiero a ideología de acuerdo con la definición de Luis Villoro en *El concepto de ideología*, en donde afirma que las creencias compartidas por un grupo social son ideológicas si y sólo si “no están suficientemente fundadas o justificadas; es decir, el conjunto de enunciados que las expresan no se funda en razones objetivamente suficientes; y cumplen la función social de promover el poder político de un grupo; es decir, la aceptación de los enunciados en que se expresan esas creencias favorece el logro o la conservación del poder de ese grupo” (Villoro, p. 27).

El filósofo mexicano explica que una situación de dominio requiere ciertas creencias comunes destinadas a afianzar el orden existente, y que un pensamiento que responde a los intereses de una clase o de un grupo intentará justificarlas.

La ideología consiste en una forma de ocultamiento en que los intereses y preferencias propios de un grupo social se disfrazan, al hacerse pasar por intereses y valores universales, y se vuelven así aceptables para todos.

Una creencia puede cumplir una función de dominio si es aceptada por otros como justificada; su aceptación engendra la disposición a comportarse de determinada manera... pero una creencia injustificada sólo puede ser aceptada por otros en la medida en que se presente *como si estuviera justificada*. Para que la creencia injustificada pueda cumplir una función de dominio, es menester, pues, un proceso de ocultamiento o engaño, que podríamos llamar ‘mistificación’ (Villoro, p. 34, subrayados en el original).

Villoro añade que los enunciados ideológicos suplantán conceptos claros con conceptos confusos; es decir, que el sentido confuso de un concepto *b* se oculta bajo el sentido claro de *a* pero que sobre él recaen las mismas emociones positivas que acompañan a *a*, “como por ejemplo al ser usado políticamente, ‘paz’ puede adquirir el sentido de ‘negociación o represión de conflictos existentes’; en la prédica religiosa ‘amor’ o ‘caridad’ pueden adquirir el sentido real de ‘resignación confiada a una situación de sujeción’; en ambos



casos, el nuevo uso es aceptado sólo porque se transfieren a él las emociones que despierta el sentido más preciso y original de los términos” (Villoro, p. 36).

Desde las primeras líneas del prólogo general a sus obras (ubicado también en el *Libro de los enxiemplos*), don Juan Manuel declara que su interés es la conservación del linaje, la riqueza y el estamento: “este libro fizo don Johan, fijo del muy noble infante don Manuel, deseando que los omnes fiziessen en este mundo tales obras que les fuessen aprovechosas de las onras e de las faziendas e de sus estados, e fuessen más allegados a la carrera porque pudiessen salvar las almas” (don Juan Manuel 1987, p. 69).

Y en el razonamiento que hace a don Jaime de Jérica, su protector, en la segunda parte del libro, don Juan Manuel habla no sólo del *aprovechamiento*, sino de la conservación de la honra y el estado: “fablaré en este libro en las cosas que yo entiendo que los omnes se pueden aprovechar para salvamiento de las almas et aprovechamiento de sus cuerpos et *mantenimiento de sus onras et de sus estados*” (don Juan Manuel 1987, p. 313, subrayado mío).

Don Juan Manuel fue un gobernante en un momento de crisis política, social y económica. El grupo al que pertenecía, la nobleza principesca, se encontraba sometido a diversas presiones. La primera, y de enorme importancia política, era la gradual e inevitable concentración del poder a favor del rey y en detrimento del *príncipe feudal*, como llama Henri Pirenne a los grandes señores del Medievo; cuanto más ganaba el monarca más perdían los príncipes, acostumbrados a gobernar con mínimos controles. En el terreno económico surgía un grupo nuevo, nebuloso todavía en España pero cada vez más visible en otros reinos de Europa, como Venecia: el comerciante aventurero, como lo llama Henri Pirenne, una clase que empezaba a concentrar la riqueza. Y además, como dice Julio Rodríguez Puértolas, la nobleza feudal enfrentaba las primeras huelgas de los campesinos

pobres. En el campo religioso, que también tenía una enorme influencia política, se añadía la presión de las órdenes mendicantes, que criticaban la acumulación de riquezas del Papa y del clero y atraían a sectores tanto populares como nobiliarios a la vida de pobreza y penitencia.

El escritor asume, también desde el prólogo general, su intención de hacer teoría para la vida práctica. Afirma que “puso en él los enxiemplos más aprovechosos que él sopo de las cosas que *acaesçieron*, porque los omnes puedan fazer esto que dicho es. Et sería maravilla si de qualquier cosa que acaezca a qualquier omne, non fallare en este libro su semejança que acaesçió a otro” (don Juan Manuel, 1987, p. 69)<sup>1</sup>.

Su libro tratará de “las cosas que *acaesçieron*”: afirma así que sus *exempla* se obtuvieron de la realidad y no de la imaginación; “porque los omnes puedan fazer esto que dicho es”: nada más práctico que una buena teoría, tanto así que sería muy sorprendente (“et sería maravilla”) que en cualquier hecho que le ocurra a cualquier hombre no encuentre una situación análoga en el *Libro de los enxiemplos*.

La ideología de don Juan Manuel, por lo tanto, representa el pensamiento de un grupo que se ve amenazado y pretende a toda costa conservar sus privilegios. Es una ideología oportunista más que pragmática y defensiva más que audaz. La circunstancia histórica medieval la reviste de una cubierta retórica: la búsqueda de la perfección, la salvación del alma, la reconquista cristiana, pero su verdadera personalidad era la afirmación de los dominadores de su sociedad. En ese camino don Juan Manuel castiga la moral, la Verdad y el Bien, y exalta la mentira, la teatralidad y el terrorismo.

---

<sup>1</sup> Hugo O. Bizzarri ha dedicado abundantes estudios al concepto de ciencia política en la Edad Media. Don Juan Manuel, afirma Bizzarri, había recibido el concepto de la tradición árabe de la economía seudo-aristotélica, que partía la ciencia política en *ética, economía y política*. (Cfr. Bizzarri, 2001, p. 60).

La lectura que propongo es esencialmente política porque don Juan Manuel está defendiendo un modelo de sociedad y sus *exempla* ofrecen lecciones para la conservación de esa sociedad en donde él estaba del lado de los dominadores. Ésta es una lectura desde la perspectiva del poder; partiendo de que un grupo en el poder concentrará sus energías y elaborará una ideología para mantener sus privilegios. Y, finalmente, es una lectura que se limita al *Libro de Patronio* porque eso permite un ejercicio más pleno de crítica literaria. De la amplia obra de don Juan Manuel, el *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio* es el más literaria desde un punto de vista moderno por estar escrito en breves piezas narrativas. Para el escritor castellano los *exempla* que cuenta Patronio son un eslabón adicional en su obra, con la característica de que están revestidas de una intención pedagógica. El *exemplum* tiene en don Juan Manuel (como en los frailes dominicos, sus contemporáneos) una función práctica. En este estudio se excluyen las partes segunda, tercera, cuarta y quinta del *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*, en los cuales el autor deja del lado el *exemplum* y cultiva el “hablar oscuro”.

El interés instructivo lo llevó a escribir *exempla*, un tipo de texto breve con una intención didáctica. Hoy leemos a don Juan Manuel en el oficio que desempeñó mejor: como un magnífico cuentista, un contador de historias breves que nos proporcionan placer. Su necesidad de enseñar y su conciencia de escritor lo condujeron a la escritura de relatos que fundieron una antigua tradición oriental (y también latina, aunque en menor medida) en piezas de intención ideológica.

Al hacer una interpretación política de sus cuentos se requiere una lectura de sus procedimientos literarios: se debe hacer un análisis de sus tramas y sus personajes, de las palabras que eligió para describir una escena, de la forma como resolvió los conflictos literarios; se hace, así, un análisis del signo literario desde una perspectiva política.

Diversas escuelas críticas explican las obras por sí mismas; entienden a la literatura como un proceso de creación ajeno a su época y a su comunidad, y poco vinculado a su autor. No es el caso de este trabajo ni de mi visión de la literatura, y si hay una obra que requiera como pocas una lectura histórica es la de don Juan Manuel, quien plasmó, a lo largo de sus libros, su autobiografía intelectual de aristócrata venido a menos; escribió pensando en enseñar determinadas lecciones y enviar mensajes específicos, y siempre tuvo en mente a sus lectores, que eran los miembros de su clase. En el *Libro de los estados*, por ejemplo, don Juan Manuel aparece como autor, personaje y lector de sus obras; en el *Libro de los enxiemplos* remata cada uno de sus relatos con la fórmula “et porque don Iohan tovo este por buen exienplo, fizolo escribir en este libro et fizo estos viessos que dizen así”, en donde se revela como un receptor y glosador de sus cuentos, tal como apunta Gómez Redondo, quien advierte acerca de la literatura medieval:

Una obra adquiere una forma (oral o escrita) cuando es requerida por un público, no porque un autor desee dejar constancia de su capacidad creadora. Se compone y se escribe sólo aquello que ha de cantarse y ha de leerse ante un auditorio, que a la vez debe incorporarse, de forma activa, a ese marco de configuración lingüística, de cohesión conceptual que se le brinda... En este singular proceso de comunicación, el polo más activo corresponde al receptor, siendo el autor un mero intérprete de ese universo de valores al que se le tiene que dar una forma textual (Gómez Redondo 1998, p. 10).

Por ello, este trabajo se inicia con un perfil del Adelantado de Murcia. Luego continúa con la crítica de su ideología política de acuerdo con sus *exempla*. En ello, este estudio difiere de Gómez Redondo, para quien los relatos del *Libro de los enxiemplos* son de escasa importancia en el trabajo de interpretación: “No se puede, pues, interpretar el libro desde los núcleos (*exempla*) narrativos: en ese nivel alegórico sólo puede percibirse la habilidad dialéctica de Patronio en las proposiciones de realidades que no son la realidad, pero que iluminan su interpretación” (Gómez Redondo 1998, p. 1179). El estudioso español prefiere limitar su lectura a lo que llama la “introducción” y “aplicación” del *exemplum*, las partes en donde dialogan el conde Lucanor y Patronio.

Por el contrario, yo sostengo que es en los “núcleos”, como él los llama, en donde se aclara el pensamiento del escritor, en donde residen sus principales ideas, y en donde se encuentra además su talento literario. Este estudio analiza los *exempla* y los agrupa de acuerdo con sus intenciones ideológicas o con la circunstancia histórica y política que reflejan. No va en orden del 1 al 51 ni los reúne por clasificaciones formales como “cuentos de animales”, “cuentos de burladores burlados”, o “cuentos de estructura piramidal”; por el contrario, se elige un tópico político como “la conservación del poder” y se analiza un conjunto de relatos, por lo que el análisis puede saltar del *exemplum* 3 al 35 y volver al 24, pues lo orienta la búsqueda de los rasgos ideológicos, que quedaron diseminados en diferentes lugares del libro; por eso también hay *exempla* que quedaron fuera del análisis.

Después del perfil biográfico, la primera parte, “don Juan Manuel contra la historia”, se cierra con un capítulo acerca de la visión del escritor, siempre de acuerdo con sus relatos, de las dos fuerzas emergentes en su época, la burguesía y la monarquía, y cómo llevó a sus cuentos sus conflictos de clase con ambos grupos. La segunda parte se dedica a la ideología política a través de cuatro capítulos: la conservación del poder, la moral flexible, la teatralidad y la vergüenza; en la tercera se describen dos consejos de gobierno del Adelantado de Murcia, uno respecto a la política de terror y otro sobre el ridículo, y el estudio se cierra con un epílogo acerca de la poética en el *Libro de los enxiemplos*.

Se trabajó con dos ediciones anotadas del *Conde Lucanor*, las de José Manuel Blecua y Alfonso I. Sotelo, con los sellos de Castalia y Cátedra, respectivamente, que se identifican por el año de su última edición (2000 y 1987). Con el propósito de hacer más amena la lectura, la mayoría de las citas se trasladaron al español moderno. Sin embargo, algunas se conservaron en castellano antiguo para reflejar la precisión de la prosa de don Juan Manuel.

Por último, este estudio no oculta una metodología materialista, histórica y marxista. Marx y don Juan Manuel intuyeron como pocos los trazos de la modernidad y se anticiparon a ella. Relegarlos al olvido implica volver a adquirir aprendizajes ya adquiridos y asimilar de nuevo experiencias ya pensadas<sup>2</sup>. En este trabajo mi propósito fue indagar lo que, desde el punto de vista político, don Juan Manuel puede decirle al siglo XXI, y mi deseo es que el lector esté de acuerdo conmigo en que don Juan Manuel habla hoy.

---

<sup>2</sup> La opinión y el gusto cambian con el tiempo: el juicio a don Juan Manuel fue distinto en su época de lo que fue en los siglos de oro, el siglo XIX y el XX. A fines del XIX estudiosos españoles lo veían como el modelo del caballero castellano (no sólo en lo literario, también en lo referente a su conducta política) y a mediados del XX el crítico Federico Sainz de Robles lo llenaba de insultos, casi todos justos y merecidos. Con Marx y el marxismo ocurre algo similar: la degeneración de las burocracias soviéticas desprestigió una escuela cuya característica, en su momento y ahora, sigue siendo la misma: es útil para describir la realidad y actuar en ella, y no debe de estar ajena a la crítica y revisión permanente que la mantenga como un pensamiento vivo y no la convierta en una ideología.

## **Parte I Don Juan Manuel contra la historia**

Capítulo 1 Un príncipe repudiado. Perfil biográfico y contexto histórico

Capítulo 2 Don Juan Manuel contra el rey y los nuevos ricos

## **Un príncipe repudiado**

### **Perfil biográfico y contexto histórico<sup>1</sup>**

Don Juan Manuel (Escalona, 5 de mayo de 1282-Córdoba, 1349) fue el castellano más destacado de su tiempo y el hombre que resumió las contradicciones de la España del siglo XIV: defendió el cristianismo y postuló la guerra santa contra el islam como el mejor camino para la salvación del alma, pero ofreció ser vasallo del rey moro en busca de apoyo militar y económico; en su vida política caminó siempre en el filo de la navaja, pero en su obra promovió una ideología conservadora, más inclinada a mantener que a incrementar su poder; defendió en sus libros la fama y el amor al pueblo, pero fue un gobernante repudiado, que se tuvo que imponer a sus gentes por medio de las armas; quiso ser rey y no pudo lograrlo porque estaba fuera de la línea de sucesión, y en cambio se dedicó a apuntalar a una clase social destinada a desaparecer: el príncipe de la aristocracia feudal.

Era un devoto cristiano cuya preocupación literaria se centró en el camino para ganar el cielo, pero nunca dudó en afirmar, tanto en su vida como en su obra, que la obligación de los hombres de gobierno estaba primero en mantener su estado e incrementar su hacienda. Se asumió pecador y lo fue cada día. No vaciló en matar e impulsar pillajes y saqueos; soberbio, insultó a sus aliados y familiares, sin importarle que fueran arzobispos o dignatarios eclesiales; iracundo, lanzó a uno de sus opositores de la torre de un castillo; envidioso, le hirió ver a sus primos y sobrinos sucederse en el trono mientras él debía conformarse con la gobernación de un territorio árido y periférico; vanidoso, inventó la leyenda de que su estirpe estaba destinada a vengar a Jesucristo; avaro, buscó un tercer

---

<sup>1</sup> Para la elaboración de este capítulo, los datos biográficos se obtuvieron del completísimo estudio de Andrés Giménez Soler, *Don Juan Manuel, biografía y estudio crítico*, Academia española, 1932; mientras que los datos históricos se deben a la *Historia de Europa, desde las invasiones hasta el siglo XVI*, de Henri Pirenne, *La civilización del occidente medieval*, de Jacques Le Goff, y se consultó también el estudio sobre don Juan Manuel de Fernando Gómez Redondo en la *Historia de la prosa medieval castellana* y la introducción de Robert Brian Tate e Ian Macpherson a *El libro de los estados*.



matrimonio para financiar una guerra de honor, y ejerció también la gula, pues cuando ya había recobrado sus cargos y había incrementado su riqueza, quiso multiplicarla vendiéndole su hija al rey de Castilla. No se le puede acusar de lujurioso ni siquiera por haber desposado a su mujer cuando ella tenía 12 años y él 32, pues era costumbre de la época; ni de perezoso, porque cosechó cada día como si tuviera 40 y no 24 horas.

Huérfano de padre a los dos años y de madre a los ocho, fue un niño mimado por los ayos de la corte del rey Sancho IV. Le dieron la razón en todo, pero también lo enseñaron a moderarse en el vino y la comida, a tener el sueño ligero para escapar de las emboscadas, a amar la historia y conservar la cultura. No fue mejor ni peor que sus iguales, los aristócratas peninsulares que se disputaban la tierra con sangre, aunque sí padeció una traición mayúscula: un rey le pidió la mano de su hija para despreciarla después y mantenerla como rehén en el alcázar de un castillo. Pero a todos sus enemigos los venció en la escritura. Si la prosa española se fundó en la corte de su tío el rey Sabio, don Juan Manuel la llevó a un esplendor que recuperaría 200 años después en la época de oro. En la literatura tuvo genio y vengó ahí su vanidad y las afrentas padecidas. Fue rescatado en los siglos de oro, admirado por Gracián, Lope y Cervantes, idealizado en el siglo XIX como el modelo del caballero español, vituperado por su rebeldía en la mitad del XX y reconocido como el primer español con plena conciencia de escritor.

### **Tú vengarás la muerte de Jesucristo**

La reina Beatriz casi nunca se acordaba de sus sueños. Envidiaba a las damas de su corte que, al amanecer, contaban historias largas y detalladas de lo que habían vivido durante la noche. Si un ruido la despertaba de repente, era capaz de retener imágenes durante unos segundos pero se le escapaban como pájaros en la oscuridad. Cuando estaba

embarazada, sin embargo, los sueños la asaltaban no como escenas maravillosas sino como presentimientos perturbadores que se apresuraba a contar a su esposo, el rey Fernando III, a quien llamaban el Santo porque escuchaba los mensajes de Dios y obraba milagros en su nombre.

Una mañana de 1234, la reina Beatriz –nacida en Suabia, pero casada con el heredero al trono de Castilla- despertó después de un sueño intranquilo y corrió a contárselo al rey. Estaba embarazada de un varón que sería llamado Manuel.

-Soñé que por este hijo que llevo en el cuerpo y por su linaje será vengada la muerte de Jesucristo –le dijo ella.

El rey Fernando III meditó sobre la premonición de la reina. En ese momento la misma preocupación los ensombrecía a los dos: el hijo por nacer, destinado a vengar la muerte de Jesucristo, no sería rey. Dios no lo había puesto en la línea de sucesión de la corona de Castilla por ser el último de los hijos del rey santo.

-¿Te das cuenta –respondió por fin el rey- que este sueño que te ha bendecido esta noche es contrario al que tuviste cuando estabas encinta de Alfonso?

Alfonso sí estaba destinado al trono. Y no habría de pasar a la historia como vengador de Jesucristo, sino como el rey Sabio que reunió en su corte a los eruditos árabes, cristianos y judíos, y que fundaría la prosa castellana con obras como la *General e gran estoria* y la *Estoria de España*.

-Para mientes en el niño que nacerá y ruega a Dios que lo enderece a su servicio – agregó el rey. Un obispo que conoció el sueño sugirió que llevara por nombre Manuel porque significa “Dios con nosotros”.

Sesenta años después del sueño de la reina, un heredero de aquel linaje destinado a vengar a Jesucristo se encontraba frente a un rey moribundo. Era septiembre de 1294, y el joven Juan Manuel, de 12 años, hijo de don Manuel, acudía a Madrid a ver a su primo, don Sancho IV. Juan Manuel era el Adelantado<sup>2</sup> de Murcia, cargo que había heredado de su padre desde 1282, cuando tenía dos años y había quedado huérfano. El rey, que había criado en su corte a su primo, lo llamó a su lecho para expresarle sus remordimientos de conciencia.

-Me ves morir ante ti y no me puedes socorrer. Tú estás vivo y sano y ves cómo me matan frente a ti y no me puedes defender. Esta muerte que muero no es de dolencia, sino es muerte que me dan mis pecados, y llega especialmente por la maldición de mis padres.

Años después don Juan Manuel le contará la escena a su hijo:

“Y diciendo esto le dio una tos tan fuerte y sin poder echar aquello que arrancaba de su pecho, que dos veces lo dimos por muerto; uno, por como lo vimos que estaba, y también por las palabras que me decía bien puedes entender el quebranto y el duelo que teníamos en los corazones”.

-Juan Manuel, ruega por mí, porque mi pecado está en tal manera que mi alma se avergüenza frente a Dios. Pierdes en mí a tu rey y señor, y a tu primo hermano que te crió y que te amaba verdaderamente.

Don Sancho se disculpó ante su protegido porque no podía darle su bendición:

-No te la puedo dar a ti ni a ninguno porque nadie puede dar lo que carece. No te puedo dar mi bendición porque no la tengo a causa de mis pecados. Mi padre me maldijo en vida muchas veces, y en lugar de bendición me echó sus maldiciones cuando moría. También mi

---

<sup>2</sup> El Adelantado era el gobernador de un territorio con poderes civiles y militares en los reinos que tenían frontera con los moros.

madre, que está viva, me maldijo muchas veces, sé que me maldice ahora y sé que me maldecirá a su muerte.

-Y aunque me hubieran querido dar su bendición –continuó el moribundo- no podrían porque no la heredaron de su padre ni de su madre. Porque el Santo rey don Fernando, mi abuelo, no le dio su bendición al rey, mi padre (Alfonso X el Sabio) sino guardando condiciones de las que no cumplió ninguna.

0-0-0

En esas dos escenas sustentaba don Juan Manuel su sentimiento de supremacía dinástica, espiritual y aun moral sobre la familia reinante de Castilla. Mientras el linaje de su padre estaba destinado a vengar la muerte de Jesucristo, la rama de su hermano mayor, de Alfonso X, estaba maldita y carecía incluso de la bendición del rey santo.

Hay que aclarar, sin embargo, que es don Juan Manuel la fuente de ambas historias: “oí que cuando la reina doña Beatriz, mi abuela, estaba encinta de mi padre, que soñara que por aquella criatura y por su linaje había de ser vengada la muerte de Jesucristo, y oí decir que le dijera el rey que le parecía este sueño muy contrario al que soñara cuando estaba embarazada del rey don Alfonso...”, le cuenta a su hijo Fernando Manuel en el *Libro de las armas* (Giménez Soler, p. 5).

Invadido por el sentimiento de que merecía la jefatura del Estado más que sus familiares, don Juan Manuel plasmó en su obra una ideología de superioridad frente a sus primos que sí ocuparon el trono.

### **La educación de príncipe**

A los cinco años se iniciaron sus lecciones de latín, equitación y cacería. Sus ayos lo despertaban los lunes de madrugada a oír misa y después lo llevaban a montar. Lo vestían

con ropa muy pesada, no sólo para protegerlo del frío, sino para acostumbrarlo a la carga de las armas: en la mano derecha portaba una lanza, mientras en la izquierda se posaba el halcón, y llevaba una espada ceñida a la cintura, para acostumbrar los brazos al peso del escudo y de la espada que llevaría siendo caballero. Desde niño le enseñaron a espolear el caballo para que le perdiera el miedo a los grandes saltos.

Durante las jornadas que dormía en el bosque sus ayos procuraban que la cama no siempre fuera cómoda y bien hecha, y en medio de la noche hacían grandes ruidos para aligerar su sueño y acostumbrarlo a despertar en medio de una emboscada.

El resto de los días, después de comer y de descansar, la lección se dedicaba a conjugar los verbos, declinar los sustantivos y traducir proverbios. El martes se daba por entero a la lección de latín. Los días se alternaban, uno de caballería, y otro de estudio. El sábado repasaba las lecciones de toda la semana, y los domingos descansaba por completo de la cacería y de la gramática, pero lo despertaban muy temprano para la eucaristía y para cabalgar un rato antes de comer. Ese día debía convivir con sus vasallos después de una siesta. Nunca le daban vino antes de los alimentos, y aun cuando le estaba permitido, se lo rebajaban con la mitad de agua. En cuanto aprendió a leer y hablar latín, se le infundió el amor por las crónicas históricas y por los hechos de los grandes hombres.

A pesar del rigor, don Juan Manuel fue un niño mimado: “los hijos de los infantes no son tan bien criados como debiera, porque los crían para darles placer, y se esfuerzan en halagarlos, consentirles cuanto quieren y loarles cuanto hacen. Les dan a entender que porque son muy honrados y de alta sangre, se ha de hacer lo que ellos quieran sin que se esfuerzen mucho por ello. Y en esto son engañados, porque en mal punto fue nacido el

hombre que quiso valer más por las obras de su linaje que por las suyas”<sup>3</sup>, se quejaría después.

Su educación de príncipe la completó la Orden de Predicadores, fundada por Santo Domingo de Guzmán, que tenía a su cargo la Inquisición, el aparato policiaco de la Iglesia católica. Ortodoxos, guardianes de la fe, los dominicos se convirtieron en los capellanes de la aristocracia (fray Ramón Masquefa llegaría a ser canciller de don Juan Manuel) y sus aliados en la defensa del orden establecido, y se especializaron en perseguir a las corrientes místicas que abundaron en la Edad Media.

Las órdenes mendicantes se habían lanzado a una vida de pobreza y predicación que cuestionaba a la sociedad feudal y a la figura opulenta e imperial del Papa. A fin de contrarrestarlos, los dominicos recurrieron a una herramienta inédita de propaganda, importada de Oriente: las colecciones de *exempla*, los relatos ejemplares que daban una lección moral y al mismo tiempo reivindicaban a la sociedad establecida. Éste será también el género elegido por don Juan Manuel para *El libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*, y sus fuentes serían los mismos relatos orientales de los frailes dominicos.

El Infante don Manuel, padre de don Juan Manuel, como ya se ha dicho, murió cuando su heredero tenía dos años, y su madre, Beatriz de Saboya, cuando el niño tenía ocho; don Juan Manuel se preciaba de que había sido amamantado por su madre y por una infanzona. Su crianza se completó en la corte de su primo, el rey don Sancho IV el Bravo.

A los 12 años el rey Sancho lo mandó a “tener frontera” contra los moros de Granada, que invadieron Murcia: “Tuvieron muy buena andanza mis vasallos con mi pendón, porque

---

<sup>3</sup> Don Juan Manuel aporta datos de su educación en el *Libro de los estados*, en los capítulos 67 y 85. Julio, el consejero cristiano del libro, detalla cómo deben ser educados los infantes, siempre de acuerdo con las recomendaciones que le hizo su amigo don Johan: “et dígovos que me dixo don Johan, aquel mío amigo, que en esta guisa [le] criara su madre en quanto fue viva, et después que ella finó, que así lo fizieron los que lo criaron” (don Juan Manuel, *Estados*, p. 201).

vencieron a un hombre muy honrado, Iazan Abenbucar Abenzayén, del linaje de los reyes moros, y traía consigo mil caballeros. A mí, mis vasallos me dejaron en Murcia porque no se atrevieron a meterme en tan gran peligro porque era muy mozo”, relataría después don Juan Manuel (Giménez Soler, p. 3).

### **Los infantes de la Cerda y la crisis española**

Después de la muerte de Sancho IV el Bravo, ocurrida pocos meses después de la entrevista con su primo, España se sumergió en una crisis política que duraría toda la vida de don Juan Manuel, que fue testigo, y frecuentemente protagonista, de las alianzas y guerras entre los reinos cristianos de Castilla, Aragón y el reino moro de Granada.

Fernando de la Cerda era el primogénito y sucesor al trono de Alfonso X el Sabio, pero había muerto en vida de su padre. La costumbre avalaba ambas soluciones: que el trono lo heredase el segundo hijo del rey, don Sancho IV, o bien que pasara verticalmente al hijo de don Fernando de la Cerda. Esta disputa dinástica sirvió a las familias aristócratas de España para formar dos partidos y disputarse el poder. El Infante don Manuel y su hijo, don Juan Manuel, se mantuvieron fieles a Sancho IV; el rey Alfonso III de Aragón, en el otro grupo, reconoció como legítimo heredero en Castilla a Alfonso de la Cerda y lo protegió en su palacio.

En pago, el infante de la Cerda le cedió al rey de Aragón el territorio de Murcia, el mismo que don Juan Manuel había heredado de su padre. El sucesor del trono de Aragón, Jaime II, volvió a reconocer al de la Cerda como el legítimo heredero al trono, y éste lo ratificó como señor del reino de Murcia.

De sus propiedades, la que más estimaba don Juan Manuel era Peñafiel por estar situada en Castilla, pero de sus villas la más próspera y la que le reportaba mayores rentas era

Elche, enclavada precisamente en Murcia. Débil para oponer una resistencia considerable, don Juan Manuel vio caer su castillo de Alicante y cedió en perder la jurisdicción de Adelantado pero a cambio exigió mantener la propiedad, y como tampoco le fue concedido, tuvo que conformarse con que le dieran Alarcón a cambio de Elche.

A la muerte de Sancho IV los partidarios de Alfonso de la Cerda volvieron a reclamar para éste el trono de Castilla. El hijo de Sancho IV, Fernando IV, no podía sentirse firme en el trono: por un viejo pleito familiar, sus padres no habían solemnizado debidamente su matrimonio. Sin embargo, la astucia de su madre, la reina María de Molina, consiguió estabilizar el reino y aun organizar un ejército que marchara a la recuperación de Murcia, con don Juan Manuel entre sus caballeros. Pero su avance fue tan lento que el reino de Aragón tuvo tiempo de organizar su defensa e incluso de poner sobre aviso a los moros por si la incursión pretendía entrar a sus terrenos.

En diciembre de 1301 murió su primera esposa, la infanta Isabel de Mallorca. Con pocas recompensas de su fidelidad a Castilla, don Juan Manuel aprovechó la ocasión para dar el más temprano bandazo de su vida política. El 9 de abril de 1303 se alió a Jaime II de Aragón y al partido que promovía a Alfonso de la Cerda. El futuro escritor se *desnaturó* del rey de Castilla y reconoció como su señor a Jaime II, quien se comprometía a devolverle Murcia y defenderlo de cualquier amenaza de Castilla. La alianza se reafirmó con el pacto matrimonial entre don Juan Manuel y la infanta Constanza de Aragón, hija de Jaime II.

En 1304, un tratado entre Castilla y Aragón zanjó el conflicto de Murcia. Se reconocía a don Juan Manuel como el Adelantado de un reino cuya jurisdicción quedaba en territorio castellano. A sus 22 años, cuando se resolvió el conflicto, don Juan Manuel ya había participado en dos guerras, había sido despojado y restituido en el adelantamiento de



Murcia, había desconocido a su rey, era viudo y había pactado su segunda boda con una niña de cinco años.

### **Un príncipe repudiado**

Cada vez que don Juan Manuel recuperaba el adelantamiento de Murcia eran los murcianos los primeros en protestar. El hombre que tanto se preocupó en sus obras por la fama del príncipe y el aprecio de sus gentes, se ganó en la vida la enemistad de su pueblo, una enemistad que se convirtió en “verdadero odio a su Adelantado”, como la define Andrés Giménez Soler, su mejor biógrafo. Don Juan Manuel era un gobernante déspota, vengativo con sus opositores, habituado a desterrar a sus enemigos, privar a los concejos de las rentas y despojar a sus vasallos. Desde Castilla se tuvieron que organizar diversas ofensivas contra los murcianos para imponer a su Adelantado, como ocurrió en 1316:

En septiembre renacieron las controversias con don Pedro acerca del Adelantamiento de Murcia, que don Juan Manuel persistía en volverlo a tener; el infante, para mostrarle su buen deseo, declaró guerra a los reacios murcianos y ordenó al propio don Juan y a los concejos vecinos que los robaran y mataran dondequiera que los hallasen, y ni estas terribles órdenes los redujeron; en diciembre volvió a rogar el rey de Aragón al concejo de Murcia que quisieran poner fin a situación tan anormal, y que venía de lejos, pero Gonzalo García, que era el enviado, fracasó ahora como antes”, (Giménez Soler, p. 61).

El territorio islámico de Murcia se había sometido en 1243, pero su reconquista definitiva la obtuvo Jaime I de Aragón apenas en 1266, 16 años antes del nacimiento de don Juan Manuel. Era un territorio nuevo en manos cristianas; por ser fronterizo, era vulnerable ante las incursiones de los moros, y estaba situado entre las pugnas de los reinos de Castilla y Aragón. Sus adelantados castellanos eran además una imposición de los arreglos entre los reyes, porque sus primeros pobladores cristianos eran en su mayoría catalanes y aragoneses, alentados a establecerse por el reino de Aragón.

Murcia era un territorio pobre dentro de una economía basada en la renta de la tierra: la suya era la más árida de España y una de las más secas de Europa. El Infante don Manuel la recibió por ser hijo menor de Fernando III el Santo, conocido como el rey San Fernando, y la heredó a su muerte, en 1284, a don Juan Manuel.

En el siglo XIII prevalecía en la mayor parte de Europa un sistema feudal caracterizado por la disgregación del Estado, como explica el historiador francés Henri Pirenne. En el papel era un Estado monárquico, pero en la realidad el poder recaía en una nueva clase de magnates que acaparaba la renta de la tierra, cobraba impuestos, emitía moneda, contaba con una burocracia de funcionarios calcada de la corte real y proveía de defensa militar a sus vasallos.

Este funcionario, llamado en ocasiones príncipe, duque o conde, Adelantado en este caso, ejercía en nombre del rey, pero en su provecho individual, el papel de juez supremo, jefe militar y recaudador, atribuciones que lo convertían en un pequeño soberano local.

“Todo esto se consigue entre violencias y perfidias inauditas... Cada uno busca su prosperidad en detrimento de su vecino y cualquier arma le parece legítima. La pasión de la tierra domina a todos estos señores feudales, y como no hay nadie que se oponga, se atacan unos a otros con toda la brutalidad de sus instintos”, dice Pirenne (1942, 111).

El rey reina pero no gobierna, y sin embargo la institución monárquica sobrevive porque prevalece en los aristócratas un sentimiento de unidad del Estado, agrega el historiador francés. La reconquista española acendrababa este sentimiento en torno de la figura del rey, quien disponía de la autoridad moral para convocar a los grandes a las batallas contra los moros, que conservaban el poderoso reino de Granada, y también frente a las invasiones de ejércitos islámicos del norte de África que atacaban España de vez en cuando.

Don Juan Manuel perdió el Adelantamiento de Murcia primero en 1295, cuando el rey Jaime II de Aragón la reivindicó dentro de sus dominios, para recuperarlo en 1303; lo volvió a perder cuando el infante Don Pedro, regente de Alfonso XI, se lo quitó en 1316, para recuperarlo al poco tiempo contra la voluntad de los murcianos, quienes nombraron a Berenguer de Puigmoltó su caudillo contra el Adelantado después de que éste los amenazara con declararles la guerra; el rey Alfonso XI le retiró el cargo, se lo restituyó, se lo volvió a quitar, y finalmente lo restableció en 1329 con la condición de que no lo ejerciera él, sino su hijo Fernando Manuel.

### **El cautiverio de Constanza**

Un destino trágico persiguió a las Constanzas de la familia Manuel. Entregadas a sus esposos cuando eran niñas, una de ellas, Constanza de Aragón, esposa de don Juan Manuel, murió de tuberculosis, despreciada por su marido porque se marchitaban en la infancia sus hijos varones, y Constanza Manuel, a quien se le había ofrecido ser reina, fue en cambio rehén de su prometido, que la repudió y la mantuvo cautiva en el alcázar de un castillo.

Su primer matrimonio, con la infanta Isabel de Mallorca, lo había pactado el rey Sancho IV. Pero sus dos sucesivas uniones las concertó el propio don Juan Manuel con propósitos políticos puntuales. En la negociación de su segundo enlace, con Constanza de Aragón, recuperaba sus posesiones en Murcia, obtenía 5 mil marcas de plata y el compromiso de que Aragón le repusiera las rentas que cobraba en la corte de Castilla si ésta le retiraba el subsidio que tenía derecho como integrante de la familia real; de paso afianzaba una relación con la familia reinante que lo habría proteger en sus enemistades con Castilla. El Adelantado se comprometía a mantener a la niña en el castillo de Villena, y no “hacerle fuerza” hasta que cumpliera 12 años.

El 7 de septiembre de 1311 murió Fernando IV, después de una agonía que aprovecharon los nobles de Castilla para provocar una crisis y disputarse el poder. Don Juan Manuel pugnó por la regencia, pero su apoyo político no era suficiente, y los infantes don Pedro y don Juan maniobraron con habilidad, falsearon voluntades de las Cortes y constituyeron un triunvirato con María de Molina, la abuela del rey.

El regente don Pedro se apuró a romper los compromisos que había establecido con don Juan Manuel a cambio de su apoyo. Lo respaldó tibiamente contra los rebeldes murcianos, no le dio cargo alguno en la corte ni el dinero que le había prometido. Sin embargo el Adelantado no se quedó con los brazos cruzados y tomó rehenes y promovió pillajes a las tierras del infante para exigir el cumplimiento de sus obligaciones.

Sagaz y afortunado, don Juan Manuel aprovechó la oportunidad que le dieron la suerte y la lumpenización de la caballería cristiana. En 1319 los regentes don Pedro y don Juan marcharon hacia Granada en lance de reconquista; el éxito de la campaña les permitió acampar frente a la Alhambra sin que los moros opusieran resistencia, pero no pasaron de ahí y su fuerza sucumbió al cansancio. En la retirada dispusieron a los mejores hombres al frente del ejército, y atrás mandaron a “los que habían perdido el sentimiento reconquistador y no habían visto moros en su vida y desconocían sus mañas y sus modos de combatir”, como dice Giménez Soler (pp. 64 y 65).

Las tropas del moro Osmín los hostigaron hasta desbaratarlos. La ansiedad le produjo al infante don Juan un ataque de apoplejía por el que murió al instante. La desbandada sembró el pánico en los de la vanguardia, y a pesar de que don Pedro quiso reunirlos, sus esfuerzos fueron inútiles, y un ataque similar lo fulminó en el campo de batalla. Giménez Soler atribuye la estrepitosa derrota al hábito de los ejércitos cristianos de conservar el botín ganado antes de defenderse; cada uno de los soldados se preocupó no más que por

escaparse con lo que llevaba. Don Juan Manuel en *El libro de los estados* sostendría años después que no hay en el mundo tan buenos hombres de armas, que mayor tierra correrán y mayor daño harán doscientos caballeros moros que seiscientos cristianos (Giménez Soler, p. 65, y capítulo 67 de *El libro de los estados*).

Con la regencia vacante, don Juan Manuel se apresuró a formar un partido que lo apoyara en sus pretensiones a la regencia de Castilla. Atrajo a los concejos de Cuenca y Albacete, cooptó al obispo de Ávila y apoyó una sublevación democratizadora en Córdoba, cuyos habitantes pretendían nombrar por sí mismos a sus alcaldes y al alguacil de la ciudad.

Las suyas eran las intrigas corrientes de la época. Pero el acto que revelaría su falta de escrúpulos ocurrió en 1321. Don Juan Manuel acudió con don Diego García a pedir el apoyo de las cortes de Toledo a su candidatura:

Ni las súplicas ni las amenazas torcieron la voluntad de García, dispuesto a no reconocer a don Juan por tutor, y airado éste y tremendamente indignado, cometió una de las más feroces acciones de su historia, haciendo matar a García dentro del alcázar y lanzando después su cadáver a la calle desde lo más alto de una torre.

Para justificarse acusó al muerto de maquinaciones contra el rey, y añadiendo mal a mal, prohibió que se le dieran honras al cuerpo, confiscó sus bienes y mandó poner presos, llamándolos con engaños, a su mujer y a su hijo (Giménez Soler, p. 71).

Sus intrigas prosperaron y don Juan Manuel fue nombrado co-regente al lado de don Felipe y don Juan el Tuerto, “tres reyezuelos –los llama Giménez Soler- cuya labor reducíase a sostenerse en el poder, a perdonar y aun a sostener a sus amigos en sus fechorías para enriquecerse mientras llegaba la mayoría de edad del rey Alfonso XI”.

Tras cuatro años de regencia, Alfonso XI cumplió 15 y alcanzó la edad legal para asumir el trono de Castilla. De inmediato prescindió de sus tutores, que se habían convertido –principalmente los juanes- en los hombres más ricos y poderosos de la península.

Al despedirlos de la corte, Alfonso XI se abstuvo de pedirles cuentas y les devolvió sus oficios y sus cargos. Indignados y resentidos, los juanes se unieron en una alianza que les diera fuerza en su inminente enfrentamiento con el rey y la sellaron con una promesa matrimonial: don Juan Manuel ofreció la mano de su hija, Constanza Manuel, a su compañero ex regente don Juan el Tuerto, y la boda estuvo cerca de solemnizarse.

Con un reino por recomponer, Alfonso XI encontró la manera de dividir a los juanes. Sedujo a don Juan Manuel al pedirle la mano de su hija, Constanza. A su futuro suegro le restableció también la autoridad en Murcia y le sumó el adelantamiento de la frontera, con lo que el ambicioso don Juan Manuel ostentó los dos cargos militares de mayor importancia en Castilla.

Desde que tuvo conciencia de que no podría aspirar al trono a pesar de su sentimiento de superioridad intelectual, dinástica y aun espiritual, don Juan Manuel vivió con “la vanidad herida”, como escribió Lida de Malkiel, de ver cómo se sucedían sus primos, que consideraba inferiores: “don Juan Manuel no vio en el sucesor de Fernando IV un heredero de las energías de su abuela doña María de Molina y de los instintos de su abuelo Sancho el Bravo, sino un mozo ligero y tornadizo como su padre, pronto en perdonar, fácil de someter y más dado al olvido que al castigo. Su error, acompañado de su altivez característica, produjeron su ruina y aquella serie de disgustos que sólo cesaron con su muerte”, describe así Giménez Soler el exceso de confianza que invadió al Adelantado de Murcia respecto al rey (p. 79). La solicitud de la mano de Constanza lo embriagó a tal punto que se apuró a romper el acuerdo con Juan el Tuerto.

Ensoberbecido, creyendo que en adelante sería una suerte de regente vitalicio o rey *de facto* en Castilla, se apuró a cobrarse las afrentas y a enemistarse con quienes no habían consentido sus caprichos. A pesar de que Jaime II y la familia reinante de Aragón habían

sido sus protectores, don Juan Manuel se lanzó contra ellos. Le exigió encolerizado a Alfonso XI que le retirara la cancillería de Castilla al arzobispo Juan de Aragón, su cuñado, con quien mantenía un pleito de varios años porque el defenestrado Diego García era vasallo del jerarca católico.

El 28 de noviembre de 1325 las cortes aprobaron el matrimonio del rey Alfonso XI y de Constanza Manuel, que se tituló reina de Castilla. A don Juan Manuel le dieron de rehenes el alcázar de Cuenca y los castillos de Huete y Lorca, y no se le pidió nada pues entregaba a la niña. Fue la época dorada de su vida política, y aun se meció en los cuernos de la luna cuando venció a Osmín, el 29 de agosto de 1326, el mismo caudillo musulmán que había provocado la muerte de los anteriores regentes.

A partir de entonces se terminará su fortuna.

La dispensa papal, necesaria por ser Alfonso y Constanza parientes lejanos, tardó un año en llegar. Antes de esta autorización, imprescindible para que el matrimonio se solemnizara debidamente, el rey Alfonso XI mandó llamar a don Juan el Tuerto con engaños y lo hizo matar. El asesinato hizo encender las alarmas de don Juan Manuel. Un año después, en mayo de 1327, le escribía cartas angustiadas a su suegro Jaime II de Aragón y a su cuñado, el Arzobispo. Ya no tenía dudas de que Alfonso XI repudiaría a Constanza para casarse con la hija del rey de Portugal, con quien tenía negociaciones demasiado conocidas en la corte.

Primero muerto que deshonorado, escribiría años después respecto al rechazo a su hija. Don Juan Manuel se desnaturó del rey y le declaró la guerra. El hombre que en sus libros sostendría que el mejor medio para obtener la salvación del alma es la guerra contra los moros, escribió cartas al rey musulmán de Granada, en donde le ofrecía convertirse en su vasallo si le daba mil caballeros para enfrentarse a Alfonso. Estos documentos, sin

embargo, no llegaron a su destino. El mensajero fue interceptado por partidarios del rey y se le aplicó el escarmiento habitual: lo degollaron, pero antes le cortaron los brazos y las piernas.

Constanza de Aragón, la esposa de don Juan Manuel, murió de tisis en agosto de 1327. Giménez Soler deduce que el matrimonio infantil fue la causa de su muerte: “entregar a una niña de 12 años, aunque criada en nuestro clima levantino, pero arrancándola a los cuidados maternos y a los juegos de la niñez a los seis años, fue una brutalidad, aunque las costumbres lo permitieran y aun lo mandaran; aquella pobre niña, encerrada y prisionera en el castillo de Villena, no pudo desarrollarse normalmente. Consumar el matrimonio con ella cuando contaba sólo 12 años un hombre de 32, fue un delito, aunque también las costumbres lo tolerasen y aun lo mandasen” (Giménez Soler, p. 85). Con ella don Juan Manuel había tenido dos hijas, Constanza y Beatriz, y dos varones que murieron en la niñez, dejándolo sin heredero.

La guerra entre don Juan Manuel y Alfonso XI se prolongó dos años, más larga que las habituales, porque don Juan había reunido los medios y las alianzas para sostenerse. El método habitual de combate permitía lanzar ataques sin necesidad de mantener ejércitos regulares, pues consistía en la “guerra guerreiada”, parecida a nuestra guerra de guerrillas, en donde una pandilla de caballeros entraba a las villas del enemigo a destruir y a rapiñar su botín entre la población.

Esos dos años a Constanza se le mantuvo presa en el alcázar del castillo de Toro. Durante algunos meses se le nombraba reina de Castilla, título merecido por la sanción de las cortes y la venia del Papa, pero se le espetaba con burla y no con respeto. Estaba en el limbo, rehén de un rey que la había usado para humillar a su padre.



Constanza Manuel se habría de enterar en cautiverio de la muerte de su madre, Constanza de Aragón, y del tercer matrimonio de su padre, ahora con Blanca Núñez. Este enlace le daba a don Juan Manuel una fuente de recursos frescos y de alianzas para sostener la guerra contra su rey.

A Alfonso XI, sin embargo, mantener el frente abierto contra su ex regente implicaba una costosa limitante a la guerra de reconquista, pues en tanto mantuviera hostilidades con el rico hombre que disponía de caballeros, dinero y poderosos aliados, una ofensiva contra los moros estaba destinada al fracaso. Esa fue la circunstancia que lo llevó a proponerle una paz a su antiguo tutor.

Por medio del obispo de Oviedo, don Juan Manuel obtuvo un acuerdo plenamente satisfactorio: la liberación de Constanza, la reposición de los adelantamientos de Murcia y la frontera y la devolución de sus villas tomadas por las fuerzas del rey. El Adelantado se libró además de pagar los costos de sus pillajes y sólo se obligaba a respaldar las campañas que Alfonso XI emprendiera en Andalucía.

La mano de Constanza Manuel rodó un rato más entre los nobles de la península. Alfonso XI pidió en secreto al nuevo rey de Aragón, Alfonso IV, que la casara con su primogénito, pero fue rechazada. Don Juan Manuel promovió su enlace con el infante don Fernando, también de Aragón, pero tampoco fue aceptado.

Una vez más la suerte le sonrió a don Juan Manuel. El rey Alfonso XI se había aburrido de su esposa, la hija del rey de Portugal, relegándola de la corte, y había preferido hacer vida conyugal con Leonor de Guzmán, con quien tuvo 10 hijos bastardos, a quienes otorgó cargos y villas. Don Juan Manuel y el monarca de Portugal vieron la oportunidad de vengarse de Alfonso XI y pactaron el enlace de Constanza con el heredero de la corona portuguesa.

En 1337 obtuvo Constanza el permiso de Alfonso para salir del reino y solemnizar su enlace. De su matrimonio nacería en 1345 Fernando I de Portugal, quien no sería el único rey nieto de don Juan Manuel.

Muchos años después, su hija Juana se habría de casar en secreto con Enrique de Trastámara, hijo bastardo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán. Por su origen ilegítimo, a su boda se opuso Fernando Manuel, Adelantado de Murcia, el único heredero varón de don Juan Manuel, pero el enlace se realizó a pesar de su oposición.

Enrique de Trastámara mató en Montiel a su medio hermano Pedro I, sucesor legítimo al trono, y se ciñó la corona en 1369. Su hijo Juan I, nieto de don Juan Manuel, reinó en Castilla de 1379 a 1390. Cuando fue proclamado soberano de Castilla ya habían transcurrido 31 años de la muerte de su abuelo.

### **El escritor**

Destinado a perder la batalla política contra los reyes de Castilla, don Juan Manuel ganó la guerra en la escritura. Labró todos los géneros corrientes de su época: fue historiador, cuentista, tratadista, versificador, proverbista; escribió sobre la sociedad, la cacería, la caballería y la salvación del alma. Su mérito literario residió, especialmente, en la búsqueda de la individualidad, inédita en el siglo XIV. De la obra escrita no se esperaba originalidad ni personalidad, sino funcionalidad; era una herramienta que perseguía fines como la pedagogía, la construcción de identidad cristiana y de clase, la eficacia comunicativa, la formación de una cultura en una lengua asequible al pueblo, la veneración a Jesucristo, a los santos y a la Virgen María. Con todas estas características cumplió la obra de don Juan Manuel, que además estuvo regida por una conciencia personal de autor. Su obra es una autobiografía intelectual y, si bien se convirtió en un portavoz de la nobleza, el Adelantado

de Murcia supo trascender las determinaciones de su clase y postular un pensamiento ético y político personal.

Formado en la corte de su primo Sancho IV, su primera obra de las que conservamos, quizá no escrita sino dictada, fue la *Crónica abreviada*, una síntesis de la *Estoria de España* de Alfonso X. Aun cuando resume la crónica de su tío, se cuida de seleccionar ciertos pasajes y oscurecer otros para iluminar su propia estirpe como más valiosa que la familia reinante. Pero su obra creativa se inicia cuando se siente en la cima del poder por la promesa del matrimonio de su Constanza con el rey Alfonso XI, y comienza la escritura del *Libro del cavallero y del escudero*, que incluso pretende que se traslade al latín.

En la redacción de este libro le sorprende la caída en desgracia por el repudio a Constanza. En adelante sus obras se poblarán, cada vez más, de referencias autobiográficas. Por ejemplo, en el *Libro de la caza* aparece como autor, narrador, lector y personaje<sup>4</sup>. El clima de conspiraciones, traiciones y desconfianza que vivió don Juan Manuel durante esos años lo plasmará en sus dos libros más importantes: el *Libro de los estados* y el *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*. El primero lo escribió entre 1327 y 1332, y en él “vertió sus peores amarguras y sus aislados desconsuelos”, afirma Gómez Redondo. Al igual que el *Libro del cavallero y del escudero* y *Lucanor*, el *Libro de los estados* está construido sobre el diálogo de dos personajes, en este caso del sabio Julio y del infante Johas. Julio es don Juan Manuel, que hubiera querido tener a un infante para educar como el del libro, prudente y caracterizado por usar el entendimiento y la razón, agrega Gómez Redondo. En ese tratado don Juan Manuel enseña los peligros para la salvación del alma a

---

<sup>4</sup> Si bien en 1329 obtuvo una paz ventajosa, en adelante no le queda más alternativa que subyugarse al rey, quien, para recuperar su confianza, se hospeda dos veces en el castillo de Peñafiel, y lo incorpora al frente de las tropas que ganan la batalla de Algeciras y toman El Salado, las dos mayores victorias militares de su época frente al islam, pero el escritor no olvidará nunca el repudio a su hija Constanza, que conllevaba el repudio a él mismo como suegro y consejero. Derrotado en política y con escasos medios militares, el Adelantado de la frontera (que ya no de Murcia) se limita a intrigar contra Alfonso XI en las cortes de Aragón y Portugal.

los que está expuesto cada estamento de la sociedad. Julio demuestra que la vida en la tierra está en función del más allá: integra la fuente laica y la espiritual como base para cualquier comunidad política, como dice Ian Macpherson: “el poder laico debe ordenarse hacia el poder espiritual del Papa, de modo que la autoridad última permanezca en el papado” (Prólogo a *Estados*, p. 15). Aquí también don Juan Manuel es autor, lector, receptor y personaje de su obra, pues Julio permanentemente hace referencia a su amigo don Johan, de quien obtiene sus lecciones más valiosas.

La fecha de término de su obra literaria más ambiciosa, el *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*, fue anotada con precisión por don Juan Manuel: 12 de junio de 1335. Le seguirán el *Libro enfenido*, también dedicado a retratar la sociedad de su tiempo, y el *Libro de las armas*, una colección de memorias dedicadas a su hijo Fernando Manuel, en donde vuelve a la demostración de que su linaje era bendito, frente a la maldición que pesaba sobre la casa reinante, valiéndose de una mezcla de leyendas y de hechos verdaderos. Su último libro es el *Tractado sobre la asunçión de María*, dedicado a la salvación del alma.

El éxito que gozó el *Libro del conde Lucanor* lo prueban los cinco manuscritos medievales que conservamos, además de otros tres, ya perdidos, que usó Gonzalo Argote de Molina para la primera edición de imprenta, hecha en Sevilla en 1575 (el resto de su obra se conserva en un solo códice). Este erudito llevó a don Juan Manuel a los siglos de oro y lo puso al alcance de Lope, Tirso, Cervantes, Quevedo y Baltasar Gracián, que le dedica siete referencias elogiosas en la *Agudeza y arte de ingenio*. El sabio jesuita lo define como “prosista claro, de ingeniosa atención... Este sabio príncipe puso la moral enseñanza de la prudencia y de la sagacidad en algunas historias, parte verdaderas, parte fingidas, y compuso aquel erudito, magistral y entretenido libro, titulado *El conde Lucanor*, digno de

la librería délfica... Trae muchos muy ingeniosos el excelentísimo príncipe don Juan Manuel, en su nunca bien apreciado libro de *El conde Lucanor*, en que redujo la filosofía moral a gustosísimos cuentos... Fue eminente en estas históricas ficciones el sabio y prudente príncipe don Manuel en su libro de *El conde Lucanor*, siempre agradable, aunque siete veces se le lea” (Gracián, pp. 25, 233 y 276 del tomo I, y 78 del tomo II).

El siglo XIX lo idealizó como figura castellana paradigmática. Antonio Benavides en su edición del *Libro de las armas*, de 1870, dice que “fue el hombre más notable de su siglo... su amor propio corría parejas con su desmedido talento; era indomable a todo yugo, y apenas prestaba sumisión a humano respeto. Tenía por rival al rey, y aun en ocasiones pretendía ser superior; abonaban tan altas pretensiones lo ilustre de su sangre, lo claro de su ingenio y la excelencia de su vastísima ciencia” (Castro y Calvo, p. 17); Gutiérrez de la Vega, en su prólogo al *Libro de la caza*, lo define como “gran militar, gran político, gran filósofo, gran literato y gran caballero; como militar, es valiente y precavido; como político, es astuto y mañoso; como filósofo, es clásico y cristiano; como literato, es didáctico y simbólico; y en todos los conceptos es pacífico o turbulento; hombre de gobierno o revolucionario; sesudo y pensativo o de impetuosa iniciativa; estudioso y maduro o rápido improvisador; grave o ligero, es de una naturaleza múltiple, y dotado de una moralidad que a veces interpreta y guía con los arranques de un corazón apasionado, concluye por ser uno de los más ilustres maestros de la civilización española de la Edad Media” (Castro y Calvo, p. 19).

En la década de 1950, sin embargo, el juicio había cambiado. En la España absolutista y franquista Federico Sainz de Robles lo define, en 1957, como “enjuto, nervioso, colérico y mordaz, con mirada zaina de conspirador y gesto torcido de rebelde basilisco, que no tenía más fundamento para enrabiscarse que la necesidad de decir no cuando los demás se

aferraban al que sí”. Le dice esposo violento y malhablado, infiel y vicioso, padrino de rebeldes, amigo del rey moro, incapaz de lograr la amistad de Sancho IV, María de Molina y Alfonso XI: “a todos ellos les presentó jugadas con mañas y con trucos. De todos ellos sacó la tajada y el coscorrón”, aunque le reconoce que no ignoró nada de la ciencia y el arte, y que “todo lo enseñó con una suave malicia, con un fondo de humorismo raras veces amargo. Todo lo explicó con la soltura de un ser superior, para quien las cosas de este mundo no guardan secretos ni valen la pena demasiado” (Nota preliminar en don Juan Manuel, *El conde Lucanor y Patronio, libro de los ejemplos*, 1957, p. 11).

A don Juan Manuel se le estudia hoy como un prosista originalísimo de la lengua española. El primero con una clara conciencia de autor, que escribió un libro de cuentos, el *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*, a la altura de las colecciones de Bocaccio o Bandelo. El escritor vio morir en 1345 a su hija Constanza; dispuso que su obra la resguardaran los dominicos del monasterio de Peñafiel, construido por su iniciativa, en donde dejó una copia revisada y autorizada, que sin embargo se perdió<sup>5</sup>. Murió en Córdoba a fines de 1348 o principios de 1349 con el cargo honorario de duque de Villena. En un retrato en la catedral de Murcia, de Bernabé de Módena, aparece de barba larga, cara afilada, rasgos finos y ojos vivaces, “de hinojos está ante Santa Lucía. Y menos preocupado de su arrepentimiento que de su postura –y apostura- ante la posteridad”, describe Sainz de Robles. Dispuso que se le enterrara en el mismo monasterio de Peñafiel, de donde han desaparecido el sepulcro y las cenizas. Don Juan Manuel cumplió con una de sus más caras

---

<sup>5</sup> Se conservan cinco códices de *El libro de los enxiemplos del conde Lucanor e de Patronio*, identificados por las letras **S**, **M**, **H**, **P** y **g**. **S**, **M** y **g** los guarda la Biblioteca Nacional de Madrid; el **H** se encuentra en la Academia de Historia, y el **P** en la Real Academia de la Lengua Española. Se perdieron otros tres que usó Argote de Molina para su edición del siglo XVI. Las dos ediciones consultadas en este estudio emplean el manuscrito **S**, por ser el más completo y el único que contiene el resto de la obra conservada de don Juan Manuel, salvo la *Crónica abreviada*.

aspiraciones, que pone en boca de Fernán González en el *exemplum* 16 de *Lucanor*: “Murió el hombre pero vive su nombre”.

### **Don Juan Manuel contra el rey y los nuevos ricos**

Un fantasma recorría la España de don Juan Manuel: el fantasma del capitalismo. El sistema feudal mostraba evidentes signos de declinación política y económica. Los príncipes feudales, que habían gobernado como reyes locales durante siglos, veían menguar su influencia al tiempo que crecía el poder central del monarca. Los *ricos omnes* de la nobleza advertían, además, una amenaza nueva, un grupo emergente que le disputaba la preeminencia en la acumulación de capital: los comerciantes aventureros, como llama Pirenne a los jornaleros pobres que aprendían el arte del comercio.

En Castilla se promulgan leyes especiales para la protección de los comerciantes (en privilegios concedidos en 1281, 1289 y 1296). Sectores populares se sublevan en Córdoba en 1312 y en Úbeda en 1331. En 1348, con la despoblación surgida de la peste, los trabajadores del campo “demandaban tan grandes precios, sueldos y jornales, que quienes poseían las tierras eran incapaces de pagar, y por esta razón las heredades se quedaban yermas y sin labores”, afirma un documento del siglo XIV. Julio Rodríguez Puértolas concluye que “la estructura agraria tradicional comienza a tambalearse y con ella la del sistema feudal todo” (Rodríguez Puértolas, p. 47). Los nobles ven amenazados sus privilegios por el desarrollo de la economía monetaria y reaccionan con un reagrupamiento, no sólo frente a las clases peligrosas de los mercaderes y los campesinos, sino frente a la monarquía.

Don Juan Manuel personificó, como dirigente y portavoz de su clase –la nobleza principesca- ambos conflictos y los llevó con fortuna al *Libro de los enxiemplos*. Respecto al surgimiento de la nueva clase de ricos, el escritor castellano emprende una condena literaria. La riqueza, dice, resulta necesaria y moralmente correcta si la cultivan los nobles como una herramienta política de conservación del estamento, la honra y la fama. En el



*Libro de los enxiemplos* insiste en que una de las obligaciones del aristócrata es guardar y acrecentar su hacienda. De acuerdo con su visión, los ricos hombres son por naturaleza los hombres *onrados*, los *fijos dalgo* que, junto con el linaje, heredan tierras, castillos y vasallos.

El Adelantado, sin embargo, se da cuenta de que la acumulación de capital es el elemento decisivo que convertirá a los comerciantes en una clase capaz de disputar el poder. Lo descubre a tiempo, cuando en España el desarrollo del capitalismo era inferior al que se producía en los reinos de Italia, país de navegantes que sostenían un intenso intercambio con Constantinopla.

La acumulación de riqueza le plantea una contradicción, porque la admite y la estimula siempre y cuando permanezca en manos de los nobles: Los grandes señores, afirma en el *Libro Enfenido*, deben tener buenas rentas y están obligados a incrementarlas cuanto puedan “con derecho y sin pecado” porque por las rentas se acrecientan los haberes, y por los haberes se mantienen los señores, las fortalezas, los amigos y los vasallos:

Et en esta manera —non faziendo los sennores vileza, nin mendigeza, nin mengua de su onra, nin de su estado por ayuntar grant tesoro— esto guardad, deue fazer su poder por aver el mayor tesoro que podiere. Ca bien creed quel grant señor que a de mantener grant tierra e muchas fortalezas, que nunca podría acabar grant fecho, nin mantener grant guerra luengo tiempo, si tesoro non touiere [...] Non se puede mantener la guerra nin acabar grant fecho sin dineros” (Rodríguez Puértolas, p. 53).

Y si el gran señor está obligado a incrementar su tesoro, de la misma manera el desclasamiento es la mayor desgracia que puede ocurrirle, como afirma Patronio en el *exemplum* 45: “no hay en el mundo tan gran desventura como ser muy mal andante el que solía ser buen andante”. La acumulación de capital, el incremento de la *fazienda* en manos de un noble se convierte en una preocupación esencial para un hombre de Estado<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>En el *exemplum* 23 “de lo que facen las formigas para se mantener”, Lucanor, quien presume que es *assaz rico*, está tentado a apartarse de sus obligaciones y no dedicarse a otra labor más que al placer de comer, beber y holgar. Patronio lo regaña y le pone de ejemplo las hormigas que, a pesar de que son tan “mesquina cosa”,

La acumulación es un elemento decisivo para la conservación de los privilegios de clase. Y como la suya es una visión clasista, su solución, de acuerdo con los *exempla* del *Conde Lucanor*, se puede resumir en que la acumulación de riqueza es lícita en la nobleza feudal, pero reprobable y aun inmoral en el grupo emergente de comerciantes ricos. Este conflicto se explica porque la historia lo enfrentaba a un cambio escandaloso: de repente surgían, entre los miserables, nuevos ricos, que ni siquiera estaban unidos a los grandes señores por el pacto vasallático, sino que eran los trabajadores agrícolas desposeídos que viajaban de una tierra a otra en busca de trabajo, y que en la travesía aprendían el oficio del comercio.

El *exemplum* 14, “del miraglo que fizo Sancto Domingo quando predicó sobre el logrero”, lo dedica a fustigar a ese nuevo grupo: los tacha de inmorales y excluidos de la gracia de Dios. Patronio reconoce que está en la naturaleza de un gran señor poseer un cuantioso tesoro para cumplir con su responsabilidad. Pero si en acumular bienes consume tanta energía que soslaye sus deberes con sus súbditos, su honra y su estado, le pasará como al lombardo que vivía en Bolonia<sup>2</sup>.

---

no desfallecen en asegurar el pan para todo el año, y aun cuando sus hormigueros están llenos, se dedican a acarrear hierbas. “Bien debes cuidar que no es buena razón para ningún hombre, y mayormente para quienes han de mantener gran estado y gobernar a muchos, en querer siempre comer de lo ganado. Si quieres comer y holgar, hazlo siempre manteniendo tu estado y tu honra”, le dice. Sin embargo, acota que la acumulación debe evitar la codicia. En el *exemplum* 38, “de lo que contesçió a un omne que iva cargado de piedras preçiosas e se ahogó en un río”, Lucanor le cuenta a Patronio que ansía ir a una tierra a donde le darán “una partida de dineros” que incrementará su pro, pero en la que pondría en riesgo la vida. Para responderle, Patronio cuenta la historia de un hombre que cruza un río, cargado de una bolsa de piedras preciosas. El “mezquino loco” se rehúsa a perder las piedras y muere ahogado (Rafael F. Muñoz escribió un cuento muy similar en el siglo XX con un personaje histórico, el sanguinario general villista Rodolfo Fierro, que se hunde con su caballo por no querer entregar su carga de oro).

<sup>2</sup> Es sintomático que el rico comerciante pertenezca a uno de los reinos de Italia. Henri Pirenne describe que el resurgimiento del comercio en la Europa medieval se originó precisamente en esa región, con el auge de los comerciantes de Venecia y Sicilia, que comerciaban con Constantinopla. Se erigen como una clase nueva con rasgos morales propios, que chocarán con los ideales de abolengo de la aristocracia a la que pertenecía don Juan Manuel, y que evolucionarán hacia la burguesía: “los comerciantes (*mercatores*) son hombres nuevos. Aparecen como creadores de una riqueza nueva, al margen de los que detentan la antigua fortuna territorial, de cuya clase ellos no proceden. Entre el ideal de la nobleza y la vida del mercader, el

El lombardo no pertenece a la nobleza, no es un gran señor ni un *fijo dalgo*. Se trata sólo, como dice Patronio, de “un lonbardo que ayuntó muy grand tesoro et non catava si era de buena parte o non, sinon ayuntarlo en cualquier manera que pudiesse”: un representante de ese grupo de comerciantes aventureros, nuevos ricos, que empezaba a minar el poder de la aristocracia gobernante.

Cuando el millonario lombardo agoniza, Santo Domingo de Guzmán, que entonces predicaba en Boloña, se rehúsa a acudir a su lecho a darle la extremaunción<sup>3</sup> “porque no era voluntad de Dios que aquel mal hombre no sufriese por la pena por el mal que había hecho”; el santo no llega al extremo de dejar sin asistencia espiritual al lombardo y le envía a uno de sus frailes. Los hijos del ricachón se alarman al saber que un religioso había sido llamado al lecho de muerte, por el temor de que convencería a su moribundo padre de entregar su riqueza a la salvación del alma (es decir, a las arcas de la Iglesia). Así que prefieren desembarazarse del fraile dominico que había ido en sustitución de Santo Domingo: le dicen que ellos lo llamarán a la hora requerida, y el lombardo muere sin socorro espiritual.

Al entierro acude, ahora sí, Santo Domingo, quien lanza en su prédica una sentencia evangélica: en donde esté tu tesoro allí estará tu corazón. Sus palabras obran el milagro: el corazón aparece en el arca del tesoro del rico lombardo. Pero al igual que su alma sin

---

contraste ha subsistido durante siglos y no está aún completamente disipado. Son dos mundos impermeables. De la Iglesia no hay ni que hablar. Es hostil a la vida mercantil (...); tienen por antepasados a los pobres, es decir, a las gentes sin tierra, masa flotante que azota el país, contratándose en la época de las cosechas y corriendo aventuras y peregrinaciones (...) gentes sin tierra, no tienen nada que perder, y gentes que no tienen nada que perder pueden ganarlo todo. Gentes sin tierra son gentes aventureras que sólo cuentan consigo mismas y a quien nada estorba (...) No hay que olvidar que en un principio la falta de honradez debió ser tan extremada como la violencia. La honestidad mercantil es una virtud que llega muy tarde”. (Pirenne 1942, pp. 153-155).

<sup>3</sup> No es casual que haya elegido a este santo para negarle el sacramento a un nuevo rico; Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, era la figura religiosa más importante para don Juan Manuel después de Jesucristo.

auxilio, su dinero malhabido y sus hijos avariciosos, el órgano se halla corrompido y descompuesto: “Y estaba lleno de gusanos y olía peor que ninguna cosa por mala ni podrida que ésta fuese”, declara Patronio para finalizar el cuento.

En este *exemplum*, don Juan Manuel demuestra que está de acuerdo en que la acumulación de riqueza es válida si su origen es “de buena parte” y si no compromete la honra y las obligaciones del gran señor. Pero entiende por “buena parte” la riqueza que se relaciona con las responsabilidades y derechos de un príncipe medieval: la herencia, los impuestos, las rentas de las tierras, el botín de guerra: las tareas a las que consagró su vida, y que le permitieron tener castillo o villa cercada desde el reino de Navarra al reino de Granada, como le presume a su hijo Fernando Manuel en el *Libro de las armas*.

Pero no era sólo el emergente grupo de mercaderes el que le planteaba un desafío político. Mientras declinaba el poder de los señores feudales y los emperadores, crecía la influencia de los reyes, que eran lo más cercano a nuestra figura de jefe de Estado. Don Juan Manuel, por ser el “hijo segundón del hijo segundón de un rey”, como dice Lida de Malkiel, nunca pudo aspirar al trono y se tuvo que conformar con atestiguar la sucesión de sus parientes. Derrotado su anhelo monárquico, se desquitó en su obra. Los *exempla* de *Lucanor* que tratan sobre la sucesión se inclinan sin ambigüedad por el talento individual sobre la línea vertical de sucesión: resalta en uno de sus *exemplum* una ridiculización del primogénito del rey y el halago de un *fijodalgo* sin posibilidades sanguíneas de obtener un reino, pero dotado de mayor valor y méritos personales.

En el *exemplum* 24, “de lo que contesçió a un rey que quería provar a tres sus fijos” un rey moro llega a la vejez con tres hijos varones; los *hombres buenos* del reino le piden que elija quién asumirá el trono a su muerte. Al mayor lo llama un día de madrugada y lo manda por sus vestidos y a preparar el caballo. Don Juan Manuel describe con lentitud, una

por una, las tareas encomendadas y la torpeza del muchacho para cumplirlas. El rey pide su traje, y el primogénito acude con el camarero; éste le pregunta qué traje quiere el rey; el joven regresa con su padre a preguntarle qué traje quiere. Luego su padre le pide la aljuba, y el joven acude de nuevo con el camarero, quien le pregunta qué aljuba quiere el rey; el joven regresa con su padre... este proceso se repite con los zapatos, el caballo, la silla, el freno, las espuelas y cada una de las necesidades del monarca. Después de que se ha vestido, el rey prefiere quedarse en el palacio, y envía al joven a recorrer el reino en compañía de los nobles y de una banda de trompetas y timbales. A su vuelta, ya de noche, el rey le pregunta qué le ha parecido el paseo y qué opina del estado del reino. “Creo que esos instrumentos hacen mucho ruido”, se limita a responder el primogénito.

El experimento se repite con el segundo hijo, quien actúa con la misma torpeza de su hermano mayor.

A la noche siguiente le toca al menor de los tres hijos, quien es el único que demuestra sentido común: acude a la recámara cuando su padre todavía duerme; una sola vez le pregunta por los vestidos, calzado, caballo y silla. En su recorrido por el reino, visita las mezquitas, el tesoro, los sitios y las personas notables, y pasa revista a los soldados y caballeros. Su padre le hace la misma pregunta sobre el estado del reino. El menor le responde que no le parece que fuera tan buen rey como debía, porque si lo fuese, pues disponía de tan buena gente y de tanta, y de tanto poder y tan grandes riquezas, que todo el mundo debería de ser suyo. Su respuesta termina de convencer a su padre sobre quién debe ser el sucesor.

En sus versos finales sobre el sentido del *exemplum*, don Juan Manuel ratifica su preferencia por el talento individual sobre los derechos de sangre: “Por las obras e maneras podrás conosçer / a los moços quales deven los más seer” (Don Juan Manuel 1987, p. 173).

En el *exemplum* 25 don Juan Manuel aborda nuevamente el problema de la sucesión, pero ahora lo sitúa en un principado cristiano. Durante una cruzada, el conde de Provenza cae prisionero de Saladino, sultán de Babilonia. Aun preso, su talento y su lealtad lo llevan a una ambigua posición: se convierte al mismo tiempo en el cautivo y en el consejero más íntimo del sultán. Tan bien le aconsejaba y tanto confiaba en él que, a pesar de su encierro, tenía tanto poder como tendría en su propia tierra, describe Patronio.

Antes de salir de cruzadas, el conde había dejado a una hija muy pequeña. Con el paso de los años, la niña alcanza la edad matrimonial y la familia le pide al conde que seleccione con quién deben casarla entre los hijos de reyes y grandes hombres que la pretenden. Ahora es el conde quien le pide consejo al sultán Saladino, quien le sugiere, parco: “cásala con hombre”.

La condesa envía por escrito las cualidades y defectos no sólo de los hijos de reyes y grandes hombres, sino del conjunto de los *fijos dalgo* de las comarcas provenzales. En todos los candidatos hay “tachas”: algunos son mal acostumbrados en comer o beber; otros son sañudos o solitarios; y algunos más se desprestigian por sus malos modos o sus malas compañías.

Saladino recomienda a un candidato que ni siquiera había pretendido a la manceba, un hombre de escaso linaje y menos riqueza que no había entrado a la competencia, consciente de que no tendría posibilidades frente a los más ricos. Saladino le sugiere al conde que es más de preciar el hombre por sus obras y no por su riqueza ni por la nobleza de su linaje. De inmediato, el joven de poca estirpe demuestra cuánta razón tuvo Saladino en elegirlo sucesor en Provenza. Aun sin consumir su matrimonio sale a rescatar a su suegro. Discreto, sin revelar su identidad, se inserta en la corte de Saladino y se gana su amistad y su confianza, pero sin demostrarle sumisión. Un día, mientras ambos cazaban, el joven lo

toma preso, lo retiene en un galeón provenzal y le ofrece un canje: su liberación a cambio del conde de Provenza. Saladino se la concede con gusto, ufanado por el acierto en su consejo, y agradece a su cautivo conde provenzal colmándolo de riquezas.

La reflexión de Patronio al término del relato puede leerse como una confesión de don Juan Manuel. Sobran ejemplos, le dice, de ricos y nobles que perdieron la riqueza y la honra, frente a hombres menos privilegiados que acrecentaron su honra y su riqueza y fueron máspreciados por sus obras que por su linaje: y así todo el bien y todo el daño nacen y vienen de quién es el hombre en sí, de cualquier estado que sea, subraya Patronio.

Don Juan Manuel, férreo defensor de los estamentos, emprende sin embargo la hazaña ideológica de defender el valor del individuo sobre su clase social, y le abre la puerta a la movilidad ascendente. En el *Libro de los enxiemplos* se cobra la afrenta de no nacer rey con la ridiculización del primogénito y con la recomendación de elegir a los más aptos de los descendientes reales tanto en un reino islámico como en el condado cristiano de Provenza. El destino no le dio a don Juan Manuel la posibilidad de vengar a Jesucristo pero sí de vengar en su obra, como dijo Lida de Malkiel, su “herida vanidad de segundón postergado”.

*El Conde Lucanor* refleja la crisis del estamento nobiliario que gobierna la península ibérica y el surgimiento de los grupos que la habrán de desplazar: la burguesía mercantil y los reyes. Marx escribió, en el siglo XIX, que ante el fantasma del socialismo se unían el Papa y el zar, los radicales franceses y los polizontes alemanes. En el siglo XIV el frente contra la nueva clase social, retratado en el *Libro de los enxiemplos*, lo integran Santo Domingo, la nobleza castellana y Dios mismo, que mueve de lugar el corazón del nuevo rico al escuchar la prédica de su inquisidor. Se trata del fantasma del capitalismo, que reclama su lugar en la repartición del poder. Don Juan Manuel da la pelea y, aun cuando su

batalla contra los reyes y la burguesía esté perdida en el ámbito histórico, vuelve a ganar en el terreno literario: el primogénito del rey es un pelmazo incapaz de dirigir un reino, y el emprendedor comerciante de Boloña no es más que un avaro infeliz de cuya memoria pervive un corazón pestilente.



## **Parte II La ideología política de don Juan Manuel**

Capítulo 3 La conservación del poder

Capítulo 4 La moral ambigua

Capítulo 5 La verdad engañosa

Capítulo 6 La cabeza de todas las bondades

### **La conservación del poder**

Un ermitaño que ha entregado su vida a la penitencia tiene un capricho: quiere saber quién será su compañero en el paraíso. Ante la insistencia, Dios le comunica que compartirá un pedazo de cielo con el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, quien, como cualquier rey cristiano en época de cruzadas, es responsable de campañas de genocidio y destrucción, de abusos y latrocinios cometidos con la espada que lleva la buena noticia de la llegada de Jesús Nuestro Señor.

La revelación irrita al ermitaño porque Ricardo parecería el hombre más alejado de la salvación. Dios le manda decir –siempre por medio de un ángel- que no se sorprenda, porque más servicio le hiciera y más merecimientos tendría Ricardo con un solo salto en el momento oportuno que el ermitaño con una vida de penitencia y buenas obras. El ángel mensajero le cuenta que, un día de reconquista, Ricardo y los reyes de Francia y de Navarra arribaron a un puerto musulmán y se toparon con un ejército de moros que los sobrepasaba en número y fuerzas. Ricardo estaba consciente de que a lo largo de su existencia había provocado pesares y enojos al Señor y pensaba que había llegado el día de pagar sus faltas. Montado en su caballo, saltó a la mar. Las aguas lo cubrieron hasta hacerlo desaparecer, pero la mano de Dios lo sacó a la superficie con todo y caballo. La valentía del rey estimuló a sus soldados, que abandonaron los barcos y se lanzaron contra los infieles. Los moros, frente al arrojamiento de sus invasores, huyeron y abandonaron a sus muertos en la playa.

Después de escuchar la historia, el anacoreta se enorgullece de acompañar en el paraíso a quien ha hecho tan alto servicio a la fe católica y agradece tal distinción.

Lo más relevante de la historia, que cuenta Patronio en el *exemplum* 3 “del salto que hizo el rey Richalte de Inglaterra en la mar contra los moros”, reside en la utilización de Dios como portavoz de la ideología colonialista. Dios prefiere a un asesino que lleva la cruz

que a un hombre sencillo que escala peldaños espirituales empedrados de buenas intenciones.

El novelista portugués José Saramago, premio Nobel 1998, recupera la utilización de Dios como un emperador que pretende ensanchar sus dominios. En *El evangelio según Jesucristo* Dios y el diablo confiesan a Jesús de Nazaret que deben sacrificarlo. Dios no se conforma con ser el ídolo de un pueblo colonizado, el judío, con unos cuantos miles de fieles y un territorio limitado a Palestina. La muerte del predicador nazareno, argumenta Dios, desencadenará la creación de la Iglesia, su alianza con el imperio romano y la cristianización del mundo. Dios dejará la marginalidad judía para enseñorearse en los cinco continentes. El diablo sabe que adonde llegue la fe cristiana alcanzará también su influencia parásita. De nada sirven las resistencias de Jesús, quien pedirá, mientras muere en la cruz, misericordia para el Padre: “perdónenlo, no sabe lo que hace”.

En don Juan Manuel es positiva la figura del Dios-emperador. Dios está dispuesto a perdonar una vida de atrocidades a cambio de una audacia militar que amplíe sus territorios. En *El evangelio según Jesucristo* el Dios-emperador no es ya una figura complacida por la temeridad de sus guerreros, sino un sanguinario conquistador que manda a su hijo al matadero a fin de multiplicar a los ingenuos que se arrodillarán ante sí. Don Juan Manuel y Saramago construyen el mismo personaje literario. La diferencia de seis siglos y medio, sin embargo, el tránsito por la secularización y el Siglo de la Luces cambiará la valoración del Dios-emperador: aquel estandarte de la civilización cristiana en la Edad Media le provoca náusea al escritor del siglo XXI<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Henri Pirenne describe así la intolerancia de los españoles en la reconquista: “Guerra santa en toda la extensión del vocablo, porque su fin no es la conversión, sino la matanza o la expulsión de los infieles. No se encuentra en los españoles ningún rasgo de aquella tolerancia que le permite a los súbditos católicos de los musulmanes, a los mozárabes, el libre ejercicio de su culto. Su exclusivismo religioso es tan absoluto que no

Pero no es Saramago el tema de este capítulo, sino el ideal de conservación política de don Juan Manuel: la vocación del caballero castellano de defender su derecho de clase de gobernar al resto de sus semejantes, de dominarlos por encima de cualquier valor moral o ético, porque justamente su ética se basaba en la dominación, su cristianismo tenía sentido si era colonizador y su moral le dictaba que cualquier costo humano, pillaje, saqueo, mutilación y ultraje era necesario en aras del objetivo supremo de conservar el poder.

Don Juan Manuel construye en sus relatos la moral del buen asesino, del correcto embustero, del conspirador necesario: una incipiente moral para el hombre de Estado español que se va a lanzar con la cruz a gobernar el mundo: primero a echar a los árabes (y de paso a los judíos), luego a incursionar en el norte de África, para culminar la experiencia colonizadora en la conquista de América.

El relato número tres de la colección de *El Conde Lucanor*, reseñado líneas arriba, es de los pocos que describen una batalla militar. La inquietud política de don Juan Manuel estaba más centrada en la burocracia cortesana. Las preocupaciones de Lucanor y las sospechas de Patronio apuntan hacia los malos consejeros, los falsos amigos y las dobles intenciones. Aunque fue un hombre de guerra, don Juan Manuel consumía su tiempo y energías en batallas desarmadas: obtener aliados, sabotear las coaliciones opositoras, buscarse matrimonios convenientes, concertar pactos y armisticios. Tuvo que pagar en las trincheras el costo de sus errores diplomáticos.

*El Conde Lucanor* retrata su visión burocrática de la política, su convicción de que las grandes batallas se ganaban en las intrigas de palacio con sus bajas artes: la diseminación

---

cede ni ante la abjuración, y los propios moriscos (musulmanes bautizados) les inspiran una desconfianza insuperable. No basta con ser cristiano; es preciso ser 'cristiano viejo', lo que equivale a decir 'de vieja cepa española', aunque la nacionalidad venga a ser la demostración de la ortodoxia y aunque el sentimiento, confundiendo con la fe, se impregne de su intransigencia y de su ardor" (Henri Pirenne, 1942, 358).

de rumores, la cizaña, los acuerdos en las tinieblas, las confabulaciones de los malos contra las confabulaciones de los buenos. Las lecciones más inmediatas que emanan de la colección se centran en la desconfianza del hombre de Estado respecto a sus semejantes y sus consejeros.

El relato 22 “De lo que contesçió al león e al toro” es el mejor ejemplo de la visión estamental de don Juan Manuel y de su “miedo a las clases peligrosas”, como llama el historiador Immanuel Wallerstein a la reacción de los grupos dominantes contra la conciencia de clase de los grupos dominados (véase Wallerstein 2003). Este *exemplum* resume algunos rasgos del pensamiento del escritor castellano como integrante de la nobleza: su creencia en el “derecho natural” de los más fuertes a dominar a los más débiles, su defensa de la unidad de la clase dominante, pese a las diferencias más profundas, para someter al resto. La agudeza de don Juan Manuel lo llevó a descubrir fenómenos que siglos después serían conceptualizados como la lucha de clases, la conciencia de clase y la revolución. Veamos.

Se ha sembrado la desconfianza en Lucanor. Le han dicho que uno de sus amigos más antiguos lo va a traicionar. El conde teme que ese hombre de confianza le haga daño, pero teme más que el recelo vaya aumentando hasta perder una lucrativa amistad.

Lucanor se responde a sí mismo. En estricto sentido, no haría falta la recomendación de Patronio, que llega a la misma conclusión de su señor: desoír la intriga de los falsos amigos que lo quieren debilitar al desavenirlo con su antiguo aliado. Don Juan Manuel resalta esta conclusión en el dístico final: “Por falso dicho de omne mintroso / non pierdas amigo aprovechoso”.

Sin embargo, la importancia de esta conclusión es pequeña frente a las enseñanzas que se extraen del *enxiemplo* de Patronio desde el inicio del relato:

El león et el toro eran mucho amigos, et porque ellos son animalias muy fuertes et muy recias, apoderávanse et enseñorgavan todas las otras animalias: ca el león, con el ayuda del toro, apremiava todas las animalias que comen carne; et el toro, con el ayuda del león, apremiava todas las animalias que pacen la yerba (don Juan Manuel 2000, p. 136).

En unas líneas Patronio ofrece una visión ideal del mundo: los dos animales más fuertes dominan al resto ya que poseen ese derecho natural “porque ellos son animalias muy fuertes et muy recias”. Patronio describe un mundo político perfecto a los ojos de su clase, en donde los dominadores superan sus diferencias más profundas a fin de conservar el poder.

Et desde todas las animalias entendieron que el león et el toro les apremiavan por el ayuda que fazían el uno al otro, et vieron que por esto les vinía grand premia et grand daño, fablaron todos entre sí qué manera podrían catar para salir de esta premia (don Juan Manuel 2000, 136).

El jardín del Edén en el que vivían el toro y el león se rompe cuando los débiles prueban el fruto del árbol del conocimiento: adquieren conciencia de clase y se dan cuenta, de un golpe, que están oprimidos, y que su opresión se debe a una circunstancia política concreta, la alianza de sus dos opresores. Le dan a su condición de oprimidos una explicación política y se liberan de la creencia de que el yugo obedece al derecho natural. La toma de conciencia los conduce a la organización: “fablaron todos entre sí qué manera podrían catar para salir de esta premia”.

Conciencia de clase que los conduce a la insurrección, insurrección que los llevará a la revolución, entendida ésta como “el fin de lo viejo y el surgimiento de algo completamente nuevo... que es sustancialmente distinto a lo anterior y lo liquida”, según la definición de Nahuel Moreno en *Las revoluciones del siglo XX* (Moreno, 14), como se verá líneas abajo.

La visión burocrática de la política de don Juan Manuel se advierte en el transcurso del *exemplum*, que narra el desarrollo de la estrategia insurreccional de los oprimidos: nada más lejano de las visiones que la modernidad obtuvo de la Revolución Francesa: huelgas,

movilizaciones, rebeliones armadas, agitación en las calles, brigadas, fusilamientos y expropiaciones: los elementos de un conflicto violento que surge cuando una clase pretende abolir los privilegios de la otra. Nada de eso. A pesar de que en la época de don Juan Manuel se registraban huelgas campesinas en demanda de mayores jornales, el escritor castellano imagina una revolución palaciega, que se desenvuelve y triunfa en la oscuridad de las conjuras.

Los oprimidos “entendieron que si fiziesen desabenir al león et al toro, que serían ellos fuera de la premia que ellos traían” (Don Juan Manuel 2000, p. 136). Su estrategia no es expropiar el poder sino sembrar la discordia entre quienes lo detentan. Y lo hacen de manera magistral, como si en lugar de oprimidos fueran cortesanos expertos en la confabulación.

Como señores feudales, el león y el toro disponían de cortes similares a las de cualquier príncipe medieval, con consejeros y mayorales. El oso y el caballo eran los más cercanos y prestigiados entre los carnívoros y herbívoros, respectivamente. Son ellos quienes acuden con sus jefes a sembrar la desconfianza. El león y el toro llaman a sus consejeros a confirmar el rumor. El raposo y el carnero les dicen a sus señores que, sí, que podrían ser víctimas de una traición de su más cercano aliado.

Una vez sembrada la sospecha, la división es cuestión de tiempo. Los oprimidos van aportando mentiras hasta convertir el rumor inicial en una bola de nieve. El recelo se convierte en enemistad (“desamor”, lo llama Patronio) y concluye en una pelea a golpes entre los otrora más fieles amigos. El león obtiene una ventaja mínima sobre el toro, pero queda tan debilitado que nunca más podrá dominar a los carnívoros ni a los herbívoros.

E así, porque el león e el toro non entendieron que por el amor e la ayuda que el uno tomava del otro, eran ellos onrados e apoderados de todas las otras animalias, e non guardaron el amor provechoso que avían entre ssí, en non se sopieron guardar de los malos consejos que les dieron

para salir de su premia e apremiar a ellos, *fincaron el león e el toro tan mal de aquel pleito, que assí commo ellos eran ante apoderados de todos, ansí fueron después todos apoderados dellos* (don Juan Manuel 2000, p. 138, énfasis mío).

Casi al final del libro don Juan Manuel escribirá que no hay peor desventura que “seer muy mal andante el que suele seer bien andante” (don Juan Manuel 2000, p. 234, *enxiemplo* 45). La revolución de los oprimidos triunfa y el león y el toro pasan de dominadores a dominados. La revuelta destruye el Estado perfecto donde el derecho natural dictaba que los fuertes oprimían a los débiles. En lugar de esa armonía se genera el caos en donde cada quien se come al que puede, el león al toro primero.

La llave del relato es la conciencia de clase: los oprimidos la obtienen mientras los opresores la pierden. Se olvidan de que su autoridad deriva de su alianza natural y milenaria y son vulnerables ante la conspiración. Don Juan Manuel está del lado de los dominadores como en el *enxiemplo* 3 respalda al Dios-emperador. Su biógrafo Andrés Giménez Soler presume que el relato alude a la desavenencia entre don Juan Manuel y Alfonso IV de Aragón después del matrimonio de la hermana de éste con el rey Alfonso XI de Castilla, el mayor enemigo del escritor castellano.

Tanto si se trata de este episodio como si no, lo cierto es que don Juan Manuel habla de su propia vida y de su visión de la política, y refleja una preocupación central de la nobleza española: los señores feudales vivían frente a la posibilidad de la pérdida del poder, del desclasamiento (la mayor desventura) y de la insurrección de los vasallos. Frente a esta amenaza su estamento respondía con la peor respuesta posible: una confrontación interna permanente, carente de árbitros y de unidad frente al enemigo exterior, fueran los moros o los siervos insurrectos.



Desde el *exemplum* 3 Lucanor revela la magnitud del enfrentamiento entre los poderosos: le dice a Patronio que ha vivido en guerra desde niño: contra moros y cristianos, contra sus reyes y sus vecinos. Lucanor se ha esforzado por no provocar ninguna guerra, “pero non se podía escusar de tomar muy grant daño muchos que lo non meresçieron”, (Don Juan Manuel 2000, 68). Esta confesión es de enorme valor histórico pues reconoce que los más duros actos de la guerra son inherentes a su clase, la cual consume sus energías en pelearse contra sí misma y se distrae frente a las amenazas al sistema.

El complemento de la historia del toro, el león y la revolución de los animales oprimidos se cuenta en el *exemplum* 9 “de lo que contesçió a los dos cavallos con el león”: dos caballos han sido adversarios toda la vida; esta enemistad se convierte en un lastre para sus dueños, dos buenos amigos que, por falta de dinero, deben compartir la posada y amarrar a sus bestias al mismo poste. Los hombres resuelven terminar con la molesta desavenencia de sus bestias, lanzándolas a la jaula de un león. Al encontrarse, los caballos se atacan furiosamente, pero al aparecer el león detienen su pelea y se defienden a coces y mordiscos hasta hacerlo retroceder y así salvar la vida. A partir de entonces su odio se convierte en amor. Este *exemplum* se cuenta porque Lucanor se le ha acercado con una preocupación. Los hombres de su corte lo han prevenido de que podría ser víctima de una traición de uno de sus más importantes aliados. Patronio lo previene que está siendo objeto no de una traición, sino de una intriga para separarlo de su antiguo amigo y, con ello, debilitarlo.

A través de estos *exempla*, Don Juan Manuel expresa el principio de la conservación del poder. Sin embargo, requería también una moral de dominación, pues la ideología de la guerra santa sólo podía justificar la hostilidad contra los reinos islámicos, pero los grandes señores cristianos le dedicaban una mínima parte de su tiempo a la reconquista, y se

enfascaban con mayor gusto y frecuencia a pelearse entre ellos. Para esa confrontación incesante la nobleza se inventó la fama y la honra, y don Juan Manuel los enarboló como sus valores más queridos. Hay que detenerse primero en la honra, porque nuestro escritor castellano le atribuye a este concepto no sólo un valor moral sino de clase: los nobles y reyes rezuman honra mientras los pobres carecen de ella. O mejor dicho, la honra es una medida de la clase. Queda muy claro en el *exemplum 25*, cuando el conde de Provenza está buscando marido para su hija, y resulta que el mejor candidato es menos *honrado* que el resto:

E falló que un fijo de un rico omne que non era de muy grand poder, que segund lo que paresçía dél en aquél escripto, que era el mejor omne e el más complido, e más sin ninguna mala tacha de que él nunca oyera hablar. E desque esto oyó el soldán (Saladino), consejó al conde que casase su fija con aquél omne, *ca entendió que, commoquier que aquellos otros eran más onrados e más fijos dalgo, que mejor casamiento era aquél* (...) e tovo que más de preçiar era el omne por las sus obras que por su riqueza, nin por la nobleza de su linage (Don Juan Manuel, 1987, 178, subrayados míos).

La honra, nos deja ver don Juan Manuel, no se gana, se adquiere en el nacimiento. El mejor de los jóvenes de la comarca, sin tacha alguna, habría quedado fuera de la competencia por la mano de la hija si el criterio hubiera sido solamente “la honra”. Este valor, pues, es directamente proporcional al linaje de cada hombre. El conde de Provenza habrá de tomar una decisión que sorprende a su propia familia y que responde más al olfato político de ese venerado musulmán de nombre Saladino.

Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* ejemplifica la “honra” con un refrán: “lo que arrastra, honra’, díjose por las ropas rozagantes que llegan al suelo, como las lobas de los eclesiásticos y personas graves que solían traer falda” (Covarrubias, p. 644). El diccionario, de 1611, es 276 años posterior a *El conde Lucanor* pero conserva la visión clasista de la honra e incluso la materializa en las faldas largas de los dignatarios.

Don Juan Manuel, un par de páginas atrás, en el mismo *exemplum* 25, describe cómo el conde de Provenza reúne un ejército y sale a la conquista de Tierra Santa para ganar el paraíso “faziendo tales obras que fuesen a grand su onra e del su estado” (don Juan Manuel 1987, p. 175).

Se relaciona claramente la honra y el estado; los dos le son propios al conde de Provenza por su origen noble, pero ambos deben ser confirmados en la guerra contra los moros. No perdamos de vista que don Juan Manuel vivió en un siglo de crisis política, criado entre las armas, las enseñanzas de latín y el gobierno. La vida de don Juan Manuel, como la de sus contemporáneos nobles, se basaba en un ejercicio precario del poder: la guerra era una Bolsa de Valores donde oscilaban las riquezas de los nobles. Un día perdían castillos y tierras que recuperaban en la siguiente ofensiva. Eran “honrados” en tanto nacían dentro de los linajes divinos, pero literalmente se jugaban la honra en cada batalla.

Desde las primeras líneas del prólogo a *El Conde Lucanor* don Juan Manuel deja clara la jerarquía de sus valores:

Este libro fizo don Iohan, fijo del muy noble infante don Manuel, deseando que los omnes fiziessen en este mundo tales obras que les fuesen aprovechosas de las onras e de las faziendas e de sus estados, e fuessen más allegados a la carrera porque pudiessen salvar las almas (don Juan Manuel, 1987, p. 69).

Julio Rodríguez Puértolas llama la atención al hecho de que antes de la salvación de las almas el Adelantado de Murcia coloque la honra, el tesoro y el estado. Lida del Malkiel, implacable en su juicio, anota: “cuatro partes de este mundo por una del otro: la utilidad de su obra de moralista, en palabras del propio autor, refleja bien las proporciones de lo terreno para el interesado infanzón” (Lida de Malkiel, 2006, 254).

Si don Juan Manuel entiende la honra como una expresión del estamento, genética pero escurridiza, la fama la trata como un bien que se debe ganar todo noble: no se adquiere en

la cuna, sino que se disputa con las armas o en el gobierno. Obtener fama significa ganar estabilidad política. Patronio se preocupa con frecuencia por el juicio público. La fama le da sin embargo esa aprobación que evita, entre otras cosas, la sublevación de los oprimidos. Don Juan Manuel mismo fue un gobernante repudiado por los murcianos, un hombre que conoció el desprecio de sus súbditos y la importancia del apoyo popular.

La fama no era un lujo ni una concesión a la vanidad, sino una herramienta de gobierno. Queda muy claro en el *exemplum* 41 “de lo que contesçió a un rey de Córdoba quel dizían Alhaquem”: acerca de un soberano islámico dedicado a comer, holgar y estar vicioso, alejado de su obligación de rey de acrecentar su poder y cultivar la admiración de la gente, como recuerda Patronio. Escuchando tocar el albogón, una flauta morisca, Alhaquem propuso que se le hiciera un nuevo agujero al final del instrumento, lo que embelleció sus sonidos. Y si bien se trataba de una buena aportación, era insignificante respecto a lo que se esperaba de un rey. Por ello, su pueblo, cuando quería ironizar acerca de hechos de poca importancia, decía: Este es un añadido del rey Alhaquem. Tanto se regó la frase que llegó a sus oídos. Alhaquem preguntó a qué se refería. Después de mucho insistir a sus consejeros más cercanos, que se resistían a decírselo, obtuvo la confesión: su pueblo ironizaba sobre su grisura y su flojera. Avergonzado, Alhaquem se propuso terminar la mezquita de Córdoba, que había heredado incompleta. Una vez que la concluyó, fue admirado por su pueblo, que, desde entonces, cuando quería enaltecer una hazaña, pronunciaba la frase: Este es un añadido del rey Alhaquem.

Cada vez que puede, Patronio aprovecha las flaquezas de Lucanor a fin de insistir en el valor de la conservación del poder, la honra y la fama. Hay una moral de trabajo y sacrificio que defiende el consejero como moral de nobles. En el *exemplum* 16 “de la respuesta que dio el conde Ferrant Gonsáles a Muño Láñez su pariente”, Lucanor está

tentado a dejar el trabajo y dedicarse a la holgura y la caza. En el 37, “de la respuesta que dio el conde Ferrant Gonsáles a sus gentes después que ovo vencido la batalla de Façinas”, Lucanor llega a su casa, herido, después de una batalla. Sin permitirle un respiro, se le comunica que debe salir a encabezar sus tropas tras un nuevo ataque.

En ambos *exempla*, Patronio toma la figura de Fernán González, héroe castellano muy conocido para el auditorio juanmanuelino. En el 16, a Fernán González se le ofrece la comodidad del retiro y el placer. El héroe castellano responde que le placería mucho dejar de defender la tierra, pero eso sólo fortalecería a sus enemigos y de él se diría que “murió el hombre y murió su nombre”. Pero si rechazara la holgazanería, se afirmará en la posteridad: “murió el hombre pero vive su nombre”, así que decide seguir haciendo la guerra para que no desaparezca la buena fama de sus hechos.

En el *exemplum* 37, Fernán González vuelve, maltrecho, de una batalla, cuando se le avisa que debe salir otra vez al combate. Sus hombres están heridos y agotados, pero los estimula con una dura exclamación: las heridas nuevas los harán olvidar las heridas viejas.

E vos, señor conde Lucanor, si queredes fazer lo que devierdes que cumple para defendimiento de lo vuestro e de los vuestros e de la vuestra onra, nunca vos sintades por lazeria, nin por trabajo, nin por peligro, e fazet en guisa de que la lazeria nueva vos faga olvidar lo passado (don Juan Manuel 1987, 235).

Este capítulo se inició con el relato del ermitaño y el rey Ricardo Corazón de León. La pregunta de Lucanor que dio origen a ese ejemplo es: “aconséjame cómo puedo enmendar ante Dios los errores que cometí contra él, y pueda merecer su gracia”. La respuesta de Patronio y el *exemplum* relatado sobrepasan la inquietud del conde, quien jamás plantea la posibilidad de renunciar a su autoridad y recluirse en un monasterio. Su consejero le dice que si se adhiriera a alguna orden (para entonces sobaban las ofertas de mendicantes que recorrían Europa) sería criticado por la gente, y que podría dañar su fama y su estado de

manera irreparable<sup>2</sup>. En la historia de Ricardo Corazón de León y el anacoreta queda claro que el dominio guerrero es una vía de acceso más segura que la penitencia y la oración.

Por los *exempla* de Fernán González hay que acotar que la moral de conservación del poder, basada en la honra y la fama, implica el ambiguo sacrificio de no renunciar nunca a la obligación de gobernar. Su moral opresora, colonialista, sanguinaria y pragmática no admite jubilaciones: en la lucha darwiniana de la nobleza española sobreviven los más fuertes.

Don Juan Manuel retrata las dos fuerzas que se oponen a la autoridad de la nobleza: por un lado, las clases peligrosas que pretenden alterar el derecho de mando de los más fuertes. Además, este riesgo, de proporciones infinitas, se agrava por el conflicto interminable en el estamento superior: los nobles contra sus iguales, contra el rey o contra sus propias pulsiones humanas de renunciar al gobierno y conocer la vida después de ejercer el poder. Pero el ambicioso infanzón no deja lugar a dudas. Conservar el poder debe ser la primera preocupación de quien lo ejerce. Suena elemental pero se trata de una elaboración política ambiciosa; una elaboración que amerita la construcción de una moral exclusiva para una clase dominante, con una honra que se adquiría en la cuna y una fama que se ganaba en las armas.

Para su fortuna, don Juan Manuel contaba con el cristianismo medieval como doctrina política de dominación. La honra y la fama eran obligaciones del señor feudal, que debía

---

<sup>2</sup> En la historia de la España de don Juan Manuel hay un episodio en donde el retiro de un príncipe a la vida religiosa provocó una fricción irreparable entre las familias reinantes de Aragón y Castilla, cuando el infante Juan de Aragón prefirió la vida religiosa, a fin de ocupar el Arzobispado, a la boda con la hija del rey castellano: “Hacía tiempo que estaba convenido el matrimonio del primogénito de Jaime II (rey de Aragón) con doña Leonor, hermana de Alfonso XI (rey de Castilla), y debía solemnizarse el matrimonio en octubre de 1319. Pero llegado el momento de la solemnización, el príncipe negóse a ello y sólo a ruegos y súplicas consintió en oír la misa nupcial, la cual terminada salió de Gandesa, donde se había celebrado la ceremonia, para no consumir el matrimonio y estar en condiciones canónicas de ingresar en orden. Tomó, en efecto, el hábito del Cister en el Monasterio de Santa Creus y la desposada hubo de regresar a Castilla, virgen, aunque casada, a los brazos de su abuela” (Giménez Soler, p. 72).

cuidar el orden del mundo para ganar su espacio en el cielo. El escritor refleja la caída de enemigos que tenía este Jardín del Edén, pero también revela su confianza en el mejor de sus aliados: el intrépido Dios que animaba a sus hijos a dar el salto colonizador.

## La moral ambigua

Buena comida en épocas de hambruna y peste, clases de latín y filosofía, acceso a libros en un mundo que desconocía la imprenta, abundancia de vasallos, castillos y tierras; ejercicio del poder con escasos límites legales, limpieza de sangre: una existencia que envidiarían los hombres del siglo XIV y muchos del XXI. Pero, ¿la vida de un príncipe medieval como don Juan Manuel era un transcurrir idílico y regalado cuya mayor preocupación era ganar la salvación del alma?

Si se juzga de acuerdo con los *exempla* de *El conde Lucanor*, la vida del aristócrata hispánico no se limitaba al goce de sus privilegios de clase. Como en la dialéctica del amo y el esclavo, estos dones venían acompañados de una manzana envenenada: la disputa a muerte entre los nobles y los reyes por el mismo inventario de bienes de los territorios cristianos de la península ibérica.

En el terreno ideológico y moral, la España de don Juan Manuel vivía una época de exaltación del cristianismo, de osadía caballeresca contra los moros, de endurecimiento de la doctrina, de matanzas y hogueras donde se reducía a los herejes, las brujas y los subversivos. La religión era un relámpago que iluminaba la noche y que pretendía fijar, como en una fotografía, una idea de eternidad, pero, ¿era la de don Juan Manuel una edad de la fe y el amor a Dios, una época donde se buscó instaurar el reino de Cristo en la tierra y los hombres más encumbrados de la sociedad guiaron a sus vasallos a la salvación del alma?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La visión romántica de la Edad Media como una etapa de espiritualidad cobró fuerza en el siglo XX con pensadores cristianos como Antonio Caso, seguidor en este aspecto de Nicolas Berdiaeff. El filósofo mexicano escribe en 1946 que tres afluentes explican la civilización occidental: el cristianismo, la forma romana y el pensamiento griego. Al primero atribuye la caridad religiosa, al segundo el orden jurídico y al tercero, las ciencias y las artes: “¡Y las tres influencias serán perdurables! Son las ‘ideas fuerzas’ de la Historia. Algunas veces prepondera, como en la edad media, la acción cristiana; y surgen de su acción la Caballería y el Monarquismo”. (Antonio Caso, p. 87. Se respeta su uso de las mayúsculas y minúsculas).



Los relatos de don Juan Manuel retratan una realidad distinta: una sociedad pragmática, inmersa en la mentira y el arte del engaño, con la intriga como costumbre y la traición como cultura. En los cuentos de don Juan Manuel los reyes le mienten a sus esposas, los consejeros confabulan contra sus reyes y los dominados se inconforman con sus dominadores: un mundo donde la Verdad es tonta y la Mentira, sagaz, y el Bien vence al Mal con el mal. Se parece más a la descripción que hace Charles Dickens de la sociedad victoriana del siglo XVIII en *Historia de dos ciudades*: “era el mejor de los tiempos y el peor; la edad de la sabiduría y de la tontería; la época de la fe y la época de la incredulidad; la estación de la luz y la de las tinieblas... en una palabra, era una época tan parecida a la actual que algunas de sus autoridades más ruidosas insistían en que, para bien o para mal, se le tratara sólo en grado superlativo” (Dickens, p. 11).

Don Juan Manuel, portavoz de una nobleza que detentaba enormes privilegios, se dedica a confeccionar una moral política para su clase, diseñada por el fin superior de conservar el poder. Sin embargo, las dificultades del ejercicio del gobierno asaltan al lector en cada una de las partes del libro: en la historia-marco donde discurren Lucanor y Patronio, en los *exempla* que narra Patronio y en los versos con los que don Juan Manuel resume las lecciones del sabio. Lucanor, hombre de gobierno, se ve en repetidas ocasiones enfrentado a los intereses de sus iguales. El oportunismo de la vida palaciega se refleja desde el primer relato: “De lo que contesçió a un rey con un su privado”. En él, Lucanor acude entusiasmado con Patronio porque un hombre muy poderoso y rico, que le da a entender que es un gran amigo suyo, pretende retirarse para no volver más, y le ofrece regalarle sus tierras en gratitud a la amistad y confianza que han cultivado.

En el *exemplum* 7, “de lo que contesçió a una muger quel dizían doña Truhana”, Lucanor le expone a Patronio una situación similar: un hombre lo ha invitado a un negocio

muy rentable, en donde las ganancias se multiplicarán una tras otra. En el 8, “de lo que contesçió a un omne que avían de alimpiar el fígado”, Lucanor atraviesa por una dolorosa carencia de dinero y debe vender una propiedad muy preciada; en el 15, “de lo que contesçió a don Lorenço Suárez sobre la cerca de Sevilla”, el conde cuenta que durante años sostuvo una guerra costosísima contra su rey; en el 19, “de lo que contesçió a los cuervos con los búhos”, Lucanor explica que durante años se ha tenido que enfrentar a un enemigo muy poderoso, pero que ahora tiene la oportunidad de aventajarlo porque un pariente de aquél le ha ofrecido a Lucanor una alianza secreta, con el objetivo de vengar una ofensa de su antiguo protector.

El consejero advierte de inmediato que en todas esas circunstancias Lucanor se enfrenta a la traición y a la mezquindad de los miembros de su clase. En el *exemplum* 1, “de lo que contesçió a un rey con su privado”, le previene que su amigo, quien supuestamente le donaría sus tierras para retirarse, le hace esa oferta sólo para probar su lealtad y su ambición; en el 7, Patronio elige la historia de doña Truhana (la famosa mujer con el cántaro de leche o miel en la cabeza que, mientras camina, sueña con que la venta del cántaro le permitirá comprar huevos; esos huevos, gallinas; las gallinas, dinero; con dinero, ovejas, hasta volverse rica) porque advierte que ese gran negocio es una “fiuza (ilusión) vana” (don Juan Manuel 1987, p. 107); en el 8, mientras Lucanor está angustiado por las deudas y por el dolor de perder su propiedad más valiosa para salir del apuro, hombres ricos sin ninguna necesidad van y le piden dinero.

El *exemplum* 15 es de los que de manera más explícita refleja la atmósfera de intriga en las cortes del tiempo de don Juan Manuel: Lucanor ha alcanzado, después de muchos años de conflicto, la paz con su rey, aunque persiste la sospecha entre los dos (don Juan Manuel había vivido una situación idéntica con Alfonso XI). Pero en los círculos íntimos de ambos

hay hombres que se dedican a meterles miedos, a incrementar las sospechas y a decirles que cada uno prepara el ataque contra el otro. Patronio lo previene nuevamente: sus cercanos no buscan el bien sino en el mal; son cobardes que no pretenden la paz ni la guerra porque son incapaces de pelear, sino

lo que ellos querrían sería un alboroto con que pudiesen ellos tomar e fazer mal en la tierra, e tener a vos e a la vuestra parte en premia para levar de vos lo que avedes e non avedes, e non aver reçelo que los castigaredes por cosa que fagan (Don Juan Manuel 1987, p. 138).

Es decir, los hombres cercanos, los consejeros, los de confianza, los amigos, los que rodean al conde y al rey, no son más que unos oportunistas que siembran cizaña para revivir el conflicto, crear un alboroto y provocar el debilitamiento de los dos más fuertes, ¡una situación idéntica a la narrada en el capítulo anterior sobre el ideal de conservación del poder de don Juan Manuel! En aquél, centrado en el *exemplum* 22, la conjura de los débiles resultaba victoriosa y triunfaba una revolución contra el león y el toro.

Una intriga similar se narra en el *enxiemplo* 19, “de lo que contesçió a los cuervos con los búhos”: el pariente de un antiguo y poderoso enemigo se acerca a Lucanor porque pretende una alianza con el conde para vengarse de su otrora protector, quien lo ha maltratado y deshonrado, y Lucanor supone que es una excelente oportunidad para debilitar a su contrario. Patronio le asegura que se trata de una nueva trampa: el pariente de su enemigo finge haber sido víctima de un agravio para ganar la confianza de Lucanor, obtener su información más delicada y atacarlo desde adentro: “este omne vino a vos sinon por vos engañar”, le advierte. Su supuesto aliado le prepara una traición que el viejo consejero es capaz de prever. El *exemplum* narrado en este caso es idóneo para ilustrar el engaño. Los cuervos y los búhos, le cuenta Patronio, son enemigos naturales: los búhos, sin embargo, llevaban ventaja porque de día se escondían en cuevas secretas y de noche atacaban a los cuervos mientras dormían en los árboles.

Un cuervo llegó un día con los búhos, casi deshecho e incapaz de volar porque sus hermanos le habían arrancado las plumas, enojados porque se había opuesto a pelear contra los búhos. Quiero vengarme, les dijo el cuervo herido, les ofrezco lo que sé de mis agresores. Es la gran oportunidad, coincidieron los búhos, lo llevaron a curar sus heridas, y le mostraron sus cuevas secretas. Sólo uno, el más viejo, sospechó del engaño y trató de avisar al mayoral, pero nadie le hizo caso. Una tarde, cuando el cuervo había recuperado sus plumas, voló de regreso con sus congéneres. Voy a ver en dónde están ahora mis hermanos, los que me lastimaron y me dejaron sin plumas. En cuanto sepa dónde están, volveré con ustedes y les diré en dónde podrán encontrarlos para que los ataquen, les prometió.

En lugar del informante, llegó un ejército de cuervos a atacar las cuevas secretas en donde los búhos habían estado seguros. Y mataron y destruyeron a tantos que resultaron vencedores: “e todo este mal vino a los búhos porque fiaron en’l cuervo que *naturalmente* era su enemigo”, dice Patronio (don Juan Manuel 1987, p. 150, énfasis mío).

Se podría argumentar que los consejos de Patronio son de sentido común. Que la cultura de la intriga, la traición y el abuso entre los nobles no es privativa de una época o de una clase, sino que forma parte de la condición humana y que el hombre, desde siempre, ha vivido inmerso en este tipo de argucias inmorales, más aún si se trata de los hombres dedicados a la política y al gobierno. Lo específico de don Juan Manuel es que hace teoría de esa forma de actuar y de pensar: el escritor, desdoblado en Lucanor, en Patronio y en los personajes de sus *exempla*, está preocupado por transmitir una experiencia política específica, pero convertida en una estrategia general<sup>2</sup>. La colección de *exempla* de *El conde*

---

<sup>2</sup>Don Juan Manuel desarrolla en el estilo literario una estrategia similar: borra toda referencia a fuentes para presentar su obra no sólo como personal, sino de aplicación universal, como dice la filóloga María Rosa Lida:

*Lucanor* es un manual de gobierno que contiene no sólo respuestas a preguntas concretas, sino un conjunto de valores ideológicos sobre la conducta privada y pública del hombre de Estado. Ya el escritor levantisco opta por la “ética de la responsabilidad”, como llamaría Weber a la moral del hombre de gobierno, opuesta a la “ética de la convicción” o moral privada, aunque don Juan Manuel a veces la disfrace y la ofrezca como el mejor camino para la salvación del alma.

Por lo pronto, se advierte que la vida de la nobleza de la España medieval estaba dominada por la intriga: a los personajes de palacio no los mueve ni la ideología ni lealtad alguna con sus reyes o señores. La amistad era un valor relativo para ellos. Son los amigos y los cercanos a *Lucanor* los que le preparan traiciones. Estas traiciones ni siquiera asoman visos de intereses colectivos, de grupo, partido o de clase (a diferencia de la conjura analizada en el capítulo anterior de los animales débiles contra el león y el toro), se trata de intereses inmediatos, materiales e individuales, de consejeros menores que buscan desplazar al más influyente o de falsos amigos que quieren debilitar a sus señores para pescar más peces en el río revuelto.

Al respecto hay dos lecturas necesarias: una, Patronio es nuestro filtro para advertir esas traiciones. El consejero no le permite equivocarse a su discípulo. No sabemos si se hubiera tratado de buenos negocios o de demostraciones sinceras de amistad al conde. El olfato de Patronio, gato de las azoteas de la política cortesana, desactiva cualquier sospecha: eso nos permite inferir que, a ojos del conocedor, no hay margen de confianza en sus iguales.

La segunda lección es más reveladora del pensamiento político de la nobleza hispánica de la Edad Media: las recomendaciones de Patronio en estos *exempla* son esencialmente

---

“[don Juan Manuel posee] un curioso empeño de borrar toda huella de taller, de omitir toda referencia a fuentes, a fin de presentar su obra como parto original, fruto de su experiencia y no de sus lecturas” (Lida de Malkiel, 1979, p. 196).

*defensivas*. Lucanor acude a él con la expectativa de incrementar su “fazienda e su onra”. Llega siempre con un buen negocio en las manos, urgido de cumplir con el trámite de la aprobación del consejero sabio. Y sin embargo la respuesta siempre es negativa. Pero más que “no confíes” lo que Patronio enfatiza es “no arriesgues”, conserva lo que te ha sido dado.

La teoría del capitalismo dice que la ganancia es un premio al riesgo. Se llaman empresarios y empresas justamente porque emprenden; al que arriesga y no gana está reservada la bancarrota, la salida del circuito de la competencia. Y Patronio expresa el pensamiento del cero riesgo: conservar y no arriesgar. Guardar lo que se tiene. Lo curioso es que don Juan Manuel representó la vanguardia de la nobleza española porque supo arriesgar. Como guerrero y político caminó siempre en el filo de la navaja: guiado por su olfato, más de una vez apostó sus bienes y sus cargos, y ganó y perdió. Pero el don Juan Manuel consejero de *El conde Lucanor* opta por la ideología tradicional de su clase: el mantenimiento del poder y de los bienes materiales. Es una posición defensora del feudalismo en medio de la crisis de la feudalidad<sup>3</sup> y de los inicios del capitalismo.

Bastan, pues, esos cinco casos en los que Patronio cierra el camino a posibles negocios para ilustrar ambos síntomas del declive de la nobleza medieval española: una, la descomposición interna, y dos, la ausencia de un carácter ofensivo y emprendedor, de esa moral de riesgo que le habría de dar a la incipiente burguesía capitalista la ventaja frente un grupo que terminaría por volverse decorativo y parasitario.

Esa nobleza feudal, sin embargo, tenía bríos para dar la batalla 150 años más, hasta que la asunción de los Reyes Católicos le diera a España la unidad en torno de la figura

---

<sup>3</sup> La “crisis de feudalidad” es un concepto del historiador francés Jacques Le Goff: “La crisis que comienza a afectar las rentas de los señores, la ‘renta feudal’, desembocará en el siglo XIV en una crisis general que será esencialmente una crisis de feudalidad” (Le Goff, 1999, 82).

monárquica. Don Juan Manuel, sin duda el dirigente más capacitado de la nobleza medieval castellana, resume en sus *exempla* la moral práctica que se dio esa clase para el ejercicio del poder. Sus lecciones éticas se deben leer en la escala que él mismo establece: tres cuartas partes de vida material y terrenal por una de vida espiritual, como se vio en el capítulo anterior. Por ello llama la atención el tratamiento que le da a cuatro conceptos morales, la Verdad y la Mentira y el Bien y el Mal. Ubicados simétricamente en el libro, los *exempla* 26 y 43 son esenciales para entender la relativización de la moral juanmanuelina:

“Mas, la mentira treble (triple), que es mortalmente engañosa, es la que miente e engaña diziéndol verdat”, dice Patronio en el *exemplum* 26, “de lo que contesçió al árbol de la Mentira”. El relato se enmarca en dos comentarios moralizantes del consejero contra las mentiras. A su señor-discípulo, Lucanor, le sugiere que se aleje de los mentirosos y no aprenda sus artes: la verdad, aunque sea menospreciada, lo hará “bien andante” y le granjeará la gracia de Dios para honra de su cuerpo en este mundo y la salvación de su alma.

Hasta ahí demuestra coherencia con la retórica cristiana. El contenido del *exemplum*, sin embargo, se dedica más a elogiar a la mentira triple, a la “verdad engañosa”. La Mentira propone a la Verdad sembrar un árbol para que ambas reposen bajo su sombra y se protejan del calor. A partir de entonces, los adjetivos reservados a una y otra son notablemente opuestos. La Mentira es “acuciosa” (Sotelo anota: “aplicada, ‘cuidadosa o codiciosa de hacer alguna cosa’, *Dicc. Aut*”), da razones coloradas y apuestas, dice mentiras hermosas, es halaguera y “de grand sabiduría”; la Verdad apenas es cosa llana y de buen talante, carece de inteligencia (“no ay en ella muchas maestrías”), y es confianzuda, crédula.

Con esa gran sabiduría, la Mentira convence a la Verdad de que le será más conveniente, al dividirse el árbol, que se quede con las raíces mientras ella, en un acto de

sacrificio, se alojará en las ramitas que salgan a la superficie: lugar peligroso como ninguno porque estará a merced del calor, el hielo, los ataques de las bestias y de los hombres. La Verdad acepta de grado y se va a vivir bajo tierra. La Mentira se convierte en el paraje predilecto de los hombres. Don Juan Manuel abunda en la descripción de su belleza:

E como ella es muy fallaguera, en poco tiempo fueron todos muy pagados della. E el su árbol començó a crescer e echar muy grandes ramos e muy anchas fojas que fazían muy fermosa sombra e paresçieron en él muy apuestas flores de muy fermosos colores e muy pagaderas a paresçencia” (don Juan Manuel 1987, p. 185).

Su sombra provee alegría, vicio, placeres y paz. Y por si fuera poco, educación. Enseña a los hombres las mentiras sencillas, las dobles y las triples (las dobles son las que implican juramentos y pactos, y las triples, las que se hacen con verdad engañosa). No hay quien se sustraiga a sus encantos: “e el que menos se llegava a ella e menos sabía de su arte, menos le presçiavan todos, e aun él mismo se presçiava menos” (don Juan Manuel 1987, p. 187).

Si al final la Verdad triunfa es por mera casualidad o, si se quiere, por la ayuda de una fuerza providencial que acude de manera fortuita. Como vive bajo tierra y sufre hambre, se come las raíces, lo que debilita la estructura del tronco a tal punto que, con un ventarrón, el árbol se cae y mata o deja malheridos a sus plácidos moradores, que para entonces eran ya casi toda la especie humana. El golpe del tronco alcanza también a la Mentira y la quiebra de muy mala manera. El final del *exemplum* no está exento de oscuridad: la Verdad sale de la tierra y observa que cuantos se cobijaron bajo la fronda de la Mentira son mal andantes.

Oscuro porque no hay un triunfo moral de la verdad, ni como concepto ni como alegoría. La escena final es la Verdad atestiguando el desastre. Hay un castigo a la Mentira y a sus discípulos, pero la Verdad no la releva en el favor de los hombres. Y si bien Patronio dedica amplios párrafos a la condena de la Mentira, el *exemplum* es un largo elogio de ella: es sabia, acuciosa, elocuente, inteligente, poseedora de un “gran arte”. Sus



acciones se encaminan al engrandecimiento de su honra y su hacienda, mientras la Verdad es tonta, inocente, subterránea, hambrienta y tímida.

Y en adelante la “verdad engañosa” será un recurso recurrente y bien visto en diversos relatos de la colección. Basta comprobarlo en el *exemplum* siguiente, el 27 “de lo que contesçió a un emperador e a don Alvar Háñez Minaya con sus mugeres”: el emperador Fradrique, por medio de una verdad engañosa, provoca el suicidio de su mujer, incómoda para los intereses del imperio; en otro relato agrupado también en el *enxiemplo* 27, Álvaro Háñez miente primero al presentarse ante sus posibles esposas como violento, autoritario y borracho, y después se afana en mentir, conscientemente, al afirmar que las vacas eran yeguas y las yeguas, vacas, para demostrar ante un pariente el control que ejerce sobre su mujer.

En el próximo capítulo se analizará la “verdad engañosa” de don Juan Manuel como una aplicación de su relativización de la moral, de su uso de la teatralidad para restaurar el orden del mundo. Por lo pronto insistimos en que el escritor levantisco defiende una moral práctica, y lo hace con su mentira triple: mientras defiende a la Verdad exalta a la Mentira, y mientras condena al Mal, defiende sus métodos.

El *exemplum* 43, “de lo que contesçió al Bien e al Mal, e al cuerdo con el loco” contiene dos relatos. Nos ocuparemos aquí sólo del primero. El Bien y el Mal se juntan y adquieren ovejas. El Mal elige la lana y la leche y le da las crías al Bien. Luego adquirieron puercos. Cuando se reprodujeron, el Mal le dijo al Bien que, como ya se había quedado con los corderos, ahora al Mal le tocaban las crías, y al Bien, la leche y la lana de las puercas. Cuando sembraron nabos, el Mal convenció al Bien de recibir las plantas que crecían en la superficie mientras él se quedaría con los tubérculos; cuando sembraron coles, el Mal

argumentó, para ser justos, que ahora le tocaba lo cosechado y al Bien lo que estaba bajo tierra.

Después se hicieron de una mujer que los sirviera. El Mal escogió de la cintura para abajo y la hizo su esposa. El Bien se quedó con la cintura para arriba, por lo que la tomó por sirvienta.

La mujer se embarazó del Mal. Y cuando el niño nació, el Bien le prohibió que le diera de mamar. Porque el pecho era su parte.

Quando el Mal vino alegre por veer el su fijo quel nasciera, falló que estaba llorando, e preguntó a ssu madre que por qué llorava. La madre le dixo que porque non mamava. E díxol el Mal quel diesse a mamar. E la muger le dixo que el Bien gelo defendiera (prohibiera) diziendo que la leche era de su parte.

Quando el Mal esto oyó, fue al Bien e díxol, riendo e burlando, que fiziese dar la leche a su fijo. E el Bien dixo que la leche era de su parte e que non lo faría (don Juan Manuel 1987, p. 256).

El Bien condiciona la sobrevivencia del recién nacido a que el Mal tome el niño a cuestras y salga a la calle a pregonar la frase: “Amigos, sepan que con bien vence el Bien al Mal”, inspirada en el famoso versículo evangélico *vince in bono malum*. El Mal piensa que le ha salido barato proteger la vida de su hijo y va a la calle a cumplir con la sentencia.

Al terminar de leer este relato hay que preguntarse: ¿de veras el Bien cumple con la frase de san Pablo: “Antes al contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence al mal con el bien”? (San Pablo, epístola a los romanos, 12-20, *Biblia de Jerusalén*).

Hay que señalar lo contrario: El Bien vence al Mal con el mal. ¿No es condenable en cualquier contexto negarle a una madre que le dé de mamar a su recién nacido? A diferencia de la tonta Verdad del *exemplum* 26, el Bien ha perdido la inocencia y asume una victoria clara sobre el Mal al término del relato. Pero el lector está obligado a cuestionar su moral: el niño, que no tiene la culpa de lo que han hecho sus padres, corre el riesgo de

morir, y llora. Su madre, que tampoco tiene la culpa de la astucia de su marido, también sufre. El Bien es un circunspecto testigo de la escena, que usa el hambre de un bebé y el dolor de su madre para aleccionar a su compañero de negocios. Y además lo somete a la humillación pública de salir a gritar, con su hijo a la espalda, que ha sido vencido por el Bien, mientras el Mal se demuestra compasivo ante el dolor de su esposa y de su hijo. ¡Si ese es el bien, salgamos a la calle a decir que somos buenos y que vencemos al mal con el bien: colonicemos a las civilizaciones de los infieles, subyuguemos a los insurrectos, asesinemos a las esposas indeseables con las armas del Bien!

O mejor, matemos al sacerdote misacantano, desertor de su Iglesia, que consagró una hostia para que los moros la pisaran, como hace don Lorenzo Suárez Gallinato en el *enxiemplo* 28 “de cómo mató don Lorenço Çuares Gallinato a un clérigo que se tornó moro en Granada”. El valiente don Lorenzo tampoco es un ejemplo de lealtad al cristianismo: trabaja de guardaespaldas del rey musulmán de Granada. Y no asesina por un repudio religioso a la blasfemia del clérigo, sino porque ve la oportunidad de ganarse de un golpe la gloria de Dios y demostrarle a su rey (el rey islámico, por supuesto) su lealtad: “Quando don Lorenço Çuares esto vido [el escarnio a la hostia consagrada, pensó] que sería él de buena ventura si muriese por le vengar o por le sacar de aquella desonrra que falsamente cuidava quel fazían” (don Juan Manuel 1987, p. 204). Y Dios nuevamente acude en apoyo de la espada, como ya lo hizo con Ricardo Corazón de León en el *exemplum* 3: una vez que don Lorenzo ha degollado al cura traidor, la hostia salta del lodo a sus faldas.

Don Juan Manuel justifica una moral donde el valor primordial es la conservación del poder, capaz de armonizar el ideal cristiano de las buenas obras con el suicidio inducido de una reina, la decapitación de un sacerdote, el elogio de la Mentira, la vituperación de la

Verdad y la maldad del Bien. Más que una moral ambigua, relativa o flexible, se trata de una moral pragmática cubierta con una máscara de caridad, un arma más, una herramienta útil para el gobierno y la guerra.

## La verdad engañosa

Hamlet, príncipe de Dinamarca, monta una función de teatro privada en donde los invitados especiales son su tío, el rey Claudio, y su madre, la reina Gertrudis. En la obra, un rey es asesinado por su hermano, vertiéndole veneno en la oreja mientras dormía<sup>1</sup>.

La reacción del rey frente a la representación confirma las sospechas del príncipe Hamlet: su padre, el anterior rey de Dinamarca, ha sido asesinado por su hermano, el rey Claudio, quien se convierte así en doble usurpador: del trono y del lecho de la reina Gertrudis.

Además del juego de espejos (el público ve que los personajes se convierten en espectadores de una obra que repite la trama que el espectador observa) William Shakespeare enfatiza el valor del teatro como revelación. Hamlet convierte una sospecha en una imagen teatral: al representarla, esta invención manifiesta la verdad. Al representar una ficción, el teatro revela y saca la verdad a la luz.

Es probable que Shakespeare conociera los cuentos de *El libro de los enxiemplos del Conde Lucanor e de Patronio*. El *exemplum* 35, “De lo que contesçió a un mancebo que casó con una muger muy fuerte e muy brava” podría ser la fuente de *The taming of the shrew* (*La doma de la fiera*). Pero más allá de si hubo o no una influencia directa de don Juan Manuel en el dramaturgo inglés, es un hecho que ambos comparten el gusto por *teatralizar*: por poner a sus personajes a escenificar montajes, a representar mentiras a fin de obtener ganancias o educar a sus antagonistas.

---

<sup>1</sup>“I'll have these players / Play something like the murder of my father / Before mine uncle: I'll observe his looks; / I'll tent him to the quick: if he but blench, / I know my course”, monologa el angustiado príncipe antes de montar “La ratonera”. William Shakespeare. *The complete works*. Londres; Pordes, 1998, p. 955.

Cuando menos en 11 *exempla* de *El libro de Patronio*, que se describirán a continuación, la teatralidad juega un papel esencial en el desarrollo de las tramas, pero sobre todo en la transformación de los personajes<sup>2</sup>.

Me refiero a teatralidad como una herramienta literaria interna en algunos cuentos de *El Conde Lucanor* donde los personajes la ejercen de manera consciente y en provecho propio. En la colección aparecen diversos tipos de teatralidad que se analizarán a continuación, pero en todos hay una constante: quien teatraliza gana.

En *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, el protagonista recurre al montaje presionado por sus indecisiones. Su teatralización se justifica moralmente porque es una víctima: su padre ha sido asesinado por su tío, quien además se casa con su madre. No hay dudas para el espectador: Hamlet hace lo correcto al poner la trampa al rey Claudio (incluso la obra acerca del hermano regicida se llama “La ratonera”). En don Juan Manuel, por el contrario, no queda tan clara la justificación moral de la teatralidad, o no en todos los casos. Pero no hay que olvidar que la moral de don Juan Manuel es una moral política. Es decir, se trata de un sistema en donde el valor primordial reside en la conservación del poder y de los privilegios del estamento nobiliario. Se requiere, por lo tanto, entender la teatralidad en los *exempla* de don Juan Manuel desde ese punto de vista de la dominación. No hay en sus cuentos, como sí ocurre en Shakespeare, una representación formal de una obra teatral: no llegó el escritor castellano a esa metaliteratura donde se inserta el teatro en el teatro. Lo que sí hay es una intención consciente y voluntaria de sus personajes de representar lo que no son, de *actuar*.

---

<sup>2</sup> Al hablar de teatralidad no me refiero a como Eloísa Palafox entiende este concepto en *Las éticas del exemplum*<sup>2</sup>. En su ensayo, Palafox define a la teatralidad como la característica de los *exempla* de ofrecer la apariencia de narraciones de tradición oral o contadas de boca en boca (Palafox, UNAM, 1998).

En donde sí hay un parecido con *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, es en la función de revelación, o bien, de recuperación del orden perdido que ambas obras le dan a la teatralidad. En los *exempla* de don Juan Manuel ésta termina por ser pedagógica: se usa la mentira para enseñar una verdad; la mentira ilumina y “castiga”: revela la ambición e ingenuidad del rey, la mezquindad del clérigo, la cordura del loco, la conspiración de los traidores.

La teatralidad en el *Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor e de Patronio* se manifiesta desde el *exemplum* 1, “de lo que contesçió a un rey con un su privado”: Patronio cuenta la historia de un soberano y su más cercano consejero, quienes mantienen una relación de absoluta confianza que, sin embargo, se ve trastocada cuando un bloque de consejeros envidiosos conspiran y convencen al rey de que su antiguo privado pretende matarlo a fin de apoderarse del reino.

El rey aparenta ante su privado que se ha cansado de gobernar y que se retirará a la vida de penitencia. El antiguo privado, feliz con la noticia de que asumirá el poder y la custodia del príncipe heredero, acude a casa con un hombre a quien mantiene cautivo, del que sólo sabemos que es “muy sabio omne e muy grant philósopho” (podemos suponer, por la cautividad y el oficio, que se trata de un judío o un musulmán) y a quien le consulta cada consejo que le da al rey.

El cautivo descubre el ardid, reprende a su dueño por su ingenuidad y le previene de que su carrera y su patrimonio se encuentran en peligro. El rey, le dice, ha montado una representación para probar su lealtad. El privado, entonces

fuese a raer la cabeça e la barba, e cató una vestidura muy mala e toda apedaçada, tal cual suelen traer estos omnes que andan pidiendo las limosnas andando en sus romerías, e un vordón e unos çapatos rotos e bien ferrados, e metió entre las costuras de aquellos pedaços de su vestidura una grant quantía de doblas (Don Juan Manuel, 1987, p. 80).

Con esa apariencia de pordiosero despierta de madrugada a su rey. Si tú te vas a retirar a la penitencia yo me iré contigo, porque lo que tengo te lo debo a ti, le dice. El rey se maravilla de su lealtad y le confiesa que fue engañado por el bloque de consejeros que lo convencieron de probar su fidelidad.

El rey teatraliza frente a su privado; el privado teatraliza frente a su rey. Un montaje desvela las perversiones de otro montaje. La mentira revela la verdad: descubre la conspiración de los consejeros de menor rango. La teatralización del privado permite también el elemento de mayor importancia para Patronio y para don Juan Manuel: la recuperación del orden perdido después de que lo puso en riesgo la intriga de palacio.

Este juego es muy revelador de la política cortesana de los tiempos de don Juan Manuel: se advierte la lucha intestina por ganar el oído del monarca; las maniobras del engaño; el impulso, frente a esta descomposición, del retiro a la vida penitente. Patronio no cuenta el relato por un capricho. Lucanor se ve frente a la misma tentación del privado: un amigo suyo le anuncia que se retirará y le cederá su tierra.

La teatralidad se presenta también con mecanismos menos sutiles: uno de los *exempla* más célebres de la colección, es el 11, “de lo que contesçió a un deán de Sanctiago con don Yllán, el grand mestre de Toledo”, en donde el sabio de Toledo le ofrece enseñarle las artes de la nigromancia<sup>3</sup> al deán a cambio de gratitud, pero antes de iniciar la lección ordena que se preparen unas perdices para la noche.

La iniciación se ve interrumpida por la llegada de emisarios de Santiago, que le informan al deán que su tío, el arzobispo, está gravemente enfermo; otros emisarios

---

<sup>3</sup> Por el desarrollo del cuento, vale la pena citar la definición de nigromancia del *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias Orozco: “Arte de adivinar invocando los muertos (...) Esta arte y otras, como quiromancia, hidromancia, geomancia, etc., están prohibidas por los sacros cánones y últimamente por el santo Concilio Tridentino. 2. Nigromántico, el que usa desta superstición”.



regresan días después a decirle que debe partir a asumir el arzobispado que su tío ha dejado vacante. Don Yllán le ruega que el deanazgo que quedará libre se lo otorgue a su hijo, y le recuerda que antes de iniciar la sesión de aprendizaje el deán le había prometido corresponderle.

Primero arzobispo de Santiago, luego obispo de Tolosa, después cardenal, el de Santiago nunca cumple a don Yllán la promesa de gratitud y reciprocidad; a cada nuevo cargo que accede, don Yllán de Toledo acude con él a pedirle un puesto para su hijo, pero el dignatario eclesial le responde que ya tiene comprometidos los cargos para los miembros de su familia.

A los pocos años, el afortunado deán es elegido Papa de la cristiandad. A Roma acude a verlo don Yllán de Toledo, quien le recuerda el compromiso contraído la tarde remota en que acudió a aprender las artes necrófilas. El nigromántico se exaspera y le reclama que a través de su ascendente carrera, nunca le ha cumplido su palabra y, por el contrario, sólo le ha dado pretextos.

La insolencia irrita al Papa, quien amenaza con mandar a echar a palos al de Toledo y acusarlo de hechicería (castigada con la hoguera). Don Yllán, entonces, desmonta la representación: de un golpe se esfuman Roma, el vicariato de Pedro, la meteórica carrera del funcionario eclesial, y regresan a la habitación subterránea de la casa de don Yllán en Toledo, la noche del mismo día cuando el modesto deán acudió a pedir el saber de la nigromancia y don Yllán se la ofreció a cambio de reciprocidad. Así como el Papa lo había echado de Roma, ahora es don Yllán quien lo corre de su casa y le niega las perdices calientes.

En el *exemplum* 1 la teatralidad permanece oculta al rey, quien cree la versión de que su privado se retirará con él a la vida penitente. En el 11, por el contrario, la representación

teatral se revela ante el deán y lo escarnece, lo exhibe como el malagradecido que nunca dejó de ser.

No está de más reseñar otra manifestación de teatralidad en la colección. En el *exemplum* 21, “de lo que contesció a un rey moço con un muy grant philósopho a qui lo acomendara su padre”, un consejero se queda con la custodia del príncipe heredero a la muerte de su padre. Cuando cumple 15 años, el rey desoye al buen consejero y se rodea de otros asesores, que lo solapan y le permiten que el poder de su reino decline al lado de sus caprichos. El buen consejero emplea diversos mecanismos: lo halaga, lo reprende, lo aconseja. Con ninguno recupera la cercanía del reyecito.

El buen consejero propala en la corte la versión de que él es el mejor agorero del mundo. Al enterarse, el joven rey insiste en acompañarlo a leer los agüeros. El buen consejero se niega, pero termina cediendo. Dos cornejas discuten de árbol a árbol. El buen consejero, después de escuchar los gritos de cada una, llora con mucha tristeza, se tira al piso y arranca puños de tierra. Le explica al joven rey que las cornejas pactan el casamiento de sus hijos; la unión, dicen las aves, será muy provechosa porque en pocos años las tierras del reino serán yermas por el mal gobierno del joven rey: se llenarán de lagartos, culebras, sapos y otros animales que servirán de alimento a la estirpe de cornejas que surgirá de aquel matrimonio.

El joven rey se arrepiente de haber ignorado a su buen consejero. A partir de ese día, los consejos del falso agorero se convierten en la guía de su gobierno. En adelante, dice Patronio, se enderezaron los destinos para bien de su hacienda y de su cuerpo<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Covarrubias anota en su diccionario que los agüeros son “entre gentiles y bárbaros, no entre cristianos”. Don Juan Manuel exhibe en los *exempla* 11 y 21 cómo los funcionarios eclesiales y los reyes tenían fe en artes prohibidas por la Iglesia católica como la nigromancia y la adivinación del destino en el vuelo de las aves. Patronio condenará, en el *exemplum* 45, la lectura de augurios: “de los pecados del mundo, el que a Dios más

Los personajes de don Juan Manuel teatralizan en el *exemplum* 5 “de lo que contesçió a un raposo con un cuervo que teníe un pedaço de queso en el pico”, en donde el raposo halaga falsamente al cuervo hasta que lo motiva a cantar y a soltar el queso; en el 20, “de lo que contesçió a un rey con un omne quel dixo quel faría alquimia”, en donde un intrépido estafador difunde la versión de que conoce el arte de la alquimia y esquilma a un ingenuo rey; en el 25, “de lo que contesçió al conde de Provençia, commo fue librado de la prisión por el consejo que le dio Saladín”, en donde el heredero del condado de Provenza desarrolla una falsa amistad con el sultán Saladino para rescatar a su suegro; en el 27, “de lo que contesçió a un emperador e a don Alvar Hañez Minaya con sus mugeres”, con dos cuentos, uno en donde el emperador don Fadrique, por medio de engaños, impulsa a su mujer a suicidarse, y el segundo, en donde Alvar Hañez simula confundir a yeguas con vacas frente a su esposa, doña Vascañana.

De la misma manera, en el *enxiemplo* 29 “de lo que contesçió a un raposo que se echó en la calle e se fizo muerto” el zorro aparenta que está muerto para salvar su vida (aunque después se vea obligado a salir huyendo); en el 32, “de lo que contesçió a un rey con los burladores que fizieron el paño”, en donde los burladores se representan como sastres que confeccionarán al rey el traje más conveniente: aquel que sólo son capaces de ver quienes son hijos verdaderos del que dice ser su padre; en el 35, “de lo que contesçió a un mancebo que se casó con una muger muy fuerte e muy brava”, cuando el joven novio moro simula locura frente a su nueva esposa y le pide al gato, al perro y al caballo que le den agua a las manos, y en el 43, en donde el dueño de un próspero baño se hace pasar por loco para echar a un verdadero loco que le espanta a los clientes.

---

pesa e en que omne mayor tuerto e mayor desconocimiento faze a Dios, es en catar agüero e estas tales cosas” (don Juan Manuel, 1987, p. 270).

La teatralidad juanmanuelina se puede agrupar según sus características en:

- a) la teatralidad oculta de los protagonistas: el montaje permanece oculto para los personajes que la padecen. El fin de esta teatralidad es recuperar el orden familiar, político o social de una comunidad. Esta teatralidad la ejercen, por lo general, los protagonistas contra los antagonistas, si entendemos sendos conceptos desde el punto de vista de la moral política, en donde los protagonistas representan los valores positivos para don Juan Manuel: la conservación del poder y el equilibrio del reino, y los antagonistas, por el contrario, ponen en riesgo al sistema. En estos *exempla* engañan los consejeros, los sabios y los nobles para recuperar la armonía: se agrupan en esta definición el 1, en donde el antiguo privado desarticula la conspiración del bloque de consejeros envidiosos; el 21, en donde el buen consejero recupera para bien del reino la cercanía con el joven rey; los dos relatos del 27: en el primero, el emperador don Fradrique garantiza la seguridad de su reino al inducir, con la venia del papa, el suicidio de su esposa; y el *exemplum* de Alvar Hañez, quien le demuestra a su primo que su mujer es tan sumisa que respaldará sus disparates.
  
- b) La teatralidad revelada de los antagonistas: El montaje se revela a sus víctimas y su función es enseñar por medio del escarnio y el ridículo. Esta teatralidad la desarrollan los pícaros de los *exempla*: los burladores, los vagos y los mentirosos. Las víctimas son los reyes o nobles quienes tienen una posición de ventaja. Los ejemplos de esta teatralidad son el 5, en donde el raposo obtiene el pedazo de queso después de halagar al cuervo; el 20, del “golfín” que se hace pasar por alquimista y exhibe la ingenuidad del rey, y el 32, en donde los

estafadores convencen al rey, a su corte y a la comunidad entera de que confeccionaron un traje que sólo pueden ver los hijos de quien dice ser su padre. Tanto en el 20 como en el 32 el ridículo se hace público y los dos soberanos son castigados con la burla de su pueblo. En esta clasificación se agruparía también el *exemplum* 11. Si bien don Yllán de Toledo no es un pícaro, sí es un nigromante, un mago que exhibe la ingratitud del funcionario religioso y lo escarnece en privado.

- c) La falsa locura: los protagonistas teatralizan su locura frente a sus antagonistas. La locura nunca se revela como tal, sino que se ostenta como un estado de violencia. Hay dos *exempla* en donde se manifiesta, en uno de ellos, de manera política, como se expondrá en un capítulo posterior: el *exemplum* 35: el joven esposo de una insumisa mujer de la nobleza morisca se hace pasar por loco. Ordena al gato, al perro y al caballo que le laven las manos. Al no obtener respuesta, los asesina con saña frente a su nueva esposa, a quien le advierte que le dará el mismo trato a quien le desobedezca. El *exemplum* 43 es otra manifestación, aunque sin el significado político del anterior, de la falsa locura. El dueño de un baño vive asolado por las invasiones de un loco que se desnuda y espanta a los clientes. El dueño, harto de perder dinero, se desnuda también, lo espera y lo acomete a golpes con un mazo y una cubeta. El loco, temeroso de su vida, sale corriendo y quejándose. En la calle, un hombre le pregunta por qué grita y huye: “Amigo, guardatvos, que sabet que otro loco a en el vaño”, le previene. Con esta falsa locura, el dueño debela a su vez la falsa locura del invasor.

Don Juan Manuel defiende la intención pedagógica de la teatralidad. Después de contar la historia del buen consejero que recupera la confianza del reyecito caprichoso, Patronio recomienda la enseñanza a los reyes por medio de ejemplos y palabras “maestradas” (que Sotelo anota como “hábiles, mañosas, calculadas”) cuando se refiere a la educación que le debe dar Lucanor a un joven noble.

E vos, señor conde, pues criastes este moço e querríades que se endereçasse su fazienda, catad alguna manera que por exiemplos o por palabras maestradas o falagueras le fagades entender su fazienda, mas por cosa del mundo, non derrangedes con él castigándol nin maltrayéndol, cuidándol endereçar; ca la manera de los más de los moços es tal, que luego aborrecen al que los castiga, e mayormente si es omne de grand guisa, ca liévanlo a la manera de menospreçio, non entendiendo cuánto lo yerran; can non an tan buen amigo en el mundo commo el que castiga al moço porque non faga su daño, más ellos non lo toman así, sinon por la peor manera (don Juan Manuel 1987, p. 160).

El poder del engaño lo subraya don Juan Manuel en el *exemplum* 5, del raposo que le gana el queso al cuervo cuando lo convence de cantar después de una retahíla de elogios:

Parat mientes que maguer que la entención del raposo era para engañar al cuervo, que siempre las sus razones fueron con verdat. E set çierto que los engaños e daños mortales siempre son los que se dizen con verdat engañosa (don Juan Manuel 1987, pp. 102-103).

La teatralidad de los personajes de don Juan Manuel refleja una de las facetas de la relativización de la moral, de la moral ambigua del político medieval que ha desarrollado una refinada manera de mentir, de aparentar, de convivir en la corte con sus pares, dotados de la misma capacidad para la simulación.

Hamlet recurre a la teatralidad torturado por sus vacilaciones. Teme que el fantasma no sea el espíritu de su padre asesinado sino una representación del mal que busca provecho de su zozobra. El montaje de Hamlet sólo pretende confirmar una sospecha, verificar una información que obtuvo de una fuente de incierto origen. El fin que persigue es emocional: resolver una duda, aliviar una pena. Si bien la confirmación de la sospecha desencadenará la tragedia, se debe a que Hamlet actúa como un hombre de pasiones y no como un hombre

de Estado. La teatralización que realizan los personajes de don Juan Manuel, por el contrario, siempre busca fines específicos: la restauración del orden o la trasmisión de una enseñanza. Incluso en aquellos donde el objetivo se limita a obtener una ganancia monetaria, don Juan Manuel los aprovecha para dar una lección por medio de la vergüenza y el ridículo.

La teatralidad no es sólo una herramienta literaria del Adelantado de Murcia. Es una actitud frente al mundo y una manera de hacer política. Una actitud que invierte los valores: obtiene la verdad representando una mentira. Una moral de carnaval, donde la revelación se expresa en el ocultamiento, la cordura se obtiene al representar la locura y la armonía del mundo se restablece a través del tono disonante de la simulación y la apariencia.

### **La cabeza de todas las bondades**

Si don Juan Manuel se hubiera restringido en *El conde Lucanor* a defender sus intereses de clase, su valor como pensador político e ideológico sería escaso, pero no se limitó a ello. En éste, como en el ámbito literario, el genio del Adelantado de Murcia se dirigió a la búsqueda de la individualidad.

En la escritura fue el primer escritor español en asumir una conciencia de autor, en buscar un estilo, un discurso y un mensaje personales: en sus manos la tradición cuentística oriental, que le enseñaron los predicadores dominicos, se convirtió en un material nuevo, con un sello estético y una función histórica propia, y así como su literatura trazó un camino hacia la individualidad, también fue capaz de trascender los intereses de su clase y postular un pensamiento político cuyo objetivo fue la construcción de una ética del individuo.

En los tres capítulos anteriores hemos juzgado a don Juan Manuel como un ideólogo del oportunismo. Su principio fue la conservación del poder y su moral fue ambigua y relativa, como resalta en su elogio a la Mentira, su poca confianza en la Verdad y su descripción de cómo el Bien vence al Mal con el mal (aunque diga lo contrario). Su talento literario, sin embargo, no sirvió sólo a los intereses de su clase, sino también a la defensa de una escala personal de valores en donde la amistad, la humildad y, por encima de todos, la vergüenza, adquirieron una importancia similar a la custodia de la sociedad estamental de su época. El escritor castellano incluso emprenderá una reivindicación de la mujer y del amor.

A pesar de su promoción de la guerra santa contra los moros, don Juan Manuel elige a un musulmán, Saladino, el sultán de Babilonia, como su paradigma de soberano. Saladino



es el único rey que protagoniza dos *exempla*, el 25 y el 50, y en ambos se le retrata como un rey sabio, capaz de asumir los papeles de consejero y de aconsejado.

En una visita a un pueblo apartado, Saladino se enamora de la esposa de un vasallo. El deseo sexual y el impulso amoroso no habían aparecido en ningún relato precedente: no ha estado en las preguntas de Lucanor (a lo más que se aproxima es a inquirir acerca de la relación de sus hermanos con sus esposas) ni Patronio se había interesado en contar una historia amorosa; las relaciones entre hombre y mujer se han determinado por la conveniencia, la movilidad social ascendente o la razón de Estado. En el *Libro de los enxiemplos* a la mujer le toca una suerte peor que al amor. En sus pocas apariciones como protagonista resulta distraída y soñadora, como doña Truhana, que rompe el cántaro de leche (*exemplum* 7), o francamente diabólica, como la falsa beguina que destruye un sólido matrimonio de dos campesinos y de paso provoca una matanza (*exemplum* 42). De esta manera don Juan Manuel no se aparta de la tradición misógina de la época, cuya huella literaria está precisamente en las colecciones de *exempla*<sup>1</sup>. Por ello resulta sorprendente en el *exemplum* 50, “de lo que contesció a Saladín con una dueña, muger de un su vasallo”, ver al poderoso sultán loco de deseo, poseído por una fuerza desconocida que lo hará convertirse en juglar, cazador y poeta; endiablado, porque Patronio afirma que ha sido el Diablo quien pone en el talante de Saladino que olvide sus obligaciones y ame a la dueña como no debe<sup>2</sup>. Un mal consejero sugiere al sultán que le otorgue a su marido un cargo en

---

<sup>1</sup> El *Sendebar* o *Syntipas*, por ejemplo, se subtitula *Libro de los engannos e los assayamientos de las mugeres*. Véase el estudio de Graciela Cándano, *La harpía y el cornudo*, acerca de la misoginia en las colecciones de *exempla* medievales.

<sup>2</sup> El diablo es quien le inculca un enamoramiento que desencadenará la acción del relato y la búsqueda de la sabiduría, de la misma manera como la serpiente le dio a Eva el fruto del árbol del conocimiento, y liberó al hombre de “la eterna felicidad del imbécil contento” –como dice Michel Onfray– a la que estaba condenado en el paraíso.

una tierra lejana para poder cortejarla con libertad. Ya en su recámara, con su esposo enviado a tierra remota, Saladino le declara su amor a la mujer.

-Bien sé que el amor no es en poder del hombre, antes es el hombre en poder del amor – le dice la mujer.

Ella le reclama que los grandes señores, una vez que han atraído hacia sí a las mujeres sencillas, las olvidan y las desprecian. Y le pone una sola condición antes de ceder: que le diga qué es lo máspreciado que puede tener un hombre: la madre y cabeza de todas las bondades.

Entre los sabios de la corte de Saladino se enciende un debate acerca de la mayor de todas las virtudes: ser de buena alma, dice uno, pero se le refuta porque aquello podría ser cierto para el otro mundo, pero no para éste; ser leal, propone otro, pero se le replica que un hombre leal podía ser a la vez cobarde o mezquino. Insatisfecho, Saladino convoca a dos juglares, él mismo se disfraza de juglar y sale al mundo a buscar la respuesta. Pero no la encuentra en ninguno de los dos centros de la cristiandad: ni en la curia romana “donde se ayuntan todos los cristianos” ni en la corte del rey de Francia. Se cansa de preguntar en las cortes de todos los reyes sin encontrar una solución. Casi arrepentido por el largo viaje, ya su búsqueda no obedece tanto al amor por la esposa de su vasallo, sino por su autoestima de príncipe, pues es deshonoroso a los grandes señores que dejen sin terminar lo que empezaron.

A punto de regresar a Babilonia con las manos vacías, los tres juglares se encuentran con un cazador que los invita a cenar. Su padre, un anciano ciego, apenas escucha la pregunta de uno de los juglares y descubre que se trata del sultán, a quien había servido en su palacio muchos años atrás. El anciano dice:

-La mejor cosa que el hombre puede tener, y que es madre y cabeza de todas las bondades, os digo que es la vergüenza; y por vergüenza sufre el hombre la muerte, que es la cosa más grave del mundo, y por vergüenza deja el hombre de hacer todas las cosas que no le parecen bien, por más voluntad que tenga de hacerlas. Y así en la vergüenza se inician y terminan todas las bondades y la vergüenza es el punto de partida de todos los malos hechos.

De regreso a la recámara de su amada, la mujer de su vasallo, Saladino revela la respuesta y exige el cumplimiento del compromiso. ¿Eres el mejor hombre del mundo?, le replica ella. Sí, no hay otro mejor que yo, responde Saladino. Entonces si dices que la vergüenza es la cabeza de todas las bondades y que tú eres el mejor hombre del mundo, te pido que te avergüences de lo que me has pedido.

Quando Saladín todas estas buenas razones oyó e entendió cómo aquella buena dueña, con la su vonda e con el su buen entendimiento, sopiera aguisar que fuesse él guardado de tan grand yerro, gradesciólo mucho a Dios. E comoquier que la él amava ante de otro amor, *amóla muy más dallí adelante de amor leal e verdadero, qual debe aver el buen señor e leal a todas sus gentes* (Don Juan Manuel 1987, 299, subrayado mío).

La defensa de la sociedad, de la preeminencia de la caballería y de la reivindicación del estado nobiliario pudieron llevar a don Juan Manuel a elegir otra virtud como madre y cabeza de todas las bondades: la honra o la salvación del alma según el estamento de cada persona (como en el *Libro de los estados*). Por otro lado, su apego a la ortodoxia dominica, su búsqueda de una perfección espiritual de acuerdo con los preceptos de la Iglesia lo hubieran conducido a elegir la fe y el temor a Dios como la mayor de todas las virtudes, pero el Adelantado de Murcia optó por un valor laico y no religioso, individual y no corporativo: la vergüenza, que es un valor independiente de la clase o posición social, del cargo, el origen, la limpieza de sangre y aun de la fe en algún Dios verdadero. Está al alcance del vasallo, el clérigo, el caballero y el rey.

El desarrollo del amor no es menos interesante en este *exemplum*. Se expresa al principio como el amor cortés de la época, cuando Saladino se enamora de la esposa de su vasallo y por su amor compromete, primero, su propia honra como príncipe, y abandona luego el gobierno para buscar la solución. En el viaje ese amor endiablado se vuelve un amor al saber: ya no lo impulsa tanto la obsesión con la esposa del vasallo, como su necesidad de encontrar la respuesta, aunque don Juan Manuel lo matice con la obligación de clase que tiene un gran señor de concluir sus empresas. Y su evolución concluye en un amor político: “E commoquier que la él amava ante de otro amor, amóla muy más dallí adelante de amor leal e verdadero, qual debe aver el buen señor e leal a todas sus gentes”. Patronio enfatiza que se convierte en un amor leal, que es el amor *verdadero* que el buen señor le debe tener *a todas sus gentes*, un amor a su colectividad desde su posición de gobernante.

Don Juan elige a una mujer como el paradigma del buen consejero, del *sabio* que educa al sultán, y la sitúa en las antípodas del mal consejero que sugiere alejar al marido con una embajada. Los diálogos de la mujer son de poeta o filósofo, y sólo al final se echa a llorar para despertar la vergüenza de su señor, que reconoce que su bondad y su buen entendimiento lo salvaron de cometer un error mayúsculo.

Es decir, don Juan Manuel se reserva para el último o penúltimo cuento de la colección –según se acepte o no la autenticidad del *exemplum* 51- la defensa de un valor ético, individual y laico –la vergüenza- como el mayor que puede poseer el hombre; ahí mismo reivindica a una mujer como el buen consejero y expone además una visión personal donde el amor evoluciona del amor cortés al amor al saber y de ahí al amor político. Y además se da el lujo de deslizarse que en los centros políticos del cristianismo, la curia del Papa y la corte del rey de Francia, no se tiene ni idea de la vergüenza.

Este *exemplum*, el 50, es el resumen de las preocupaciones morales y espirituales de don Juan Manuel, que aparecen con mayor énfasis en los últimos 12 cuentos de la colección. “El libro del *Conde Lucanor* se va a cerrar con un grupo de *exemplos* (41-50) en los que los aspectos concretos de la existencia individual irán siendo sustituidos por consideraciones de carácter principalmente religioso [...] Al final del libro, pues, lo que se desea alcanzar es un determinado grado de perfección interior”, afirma Fernando Gómez Redondo en la *Historia de la prosa medieval castellana* (1998, p. 1175).

Se puede refutar el carácter “principalmente religioso” de las inquietudes de don Juan Manuel cuando menos en el *exemplum* 50, pues la vergüenza es un concepto independiente de Dios y de escasa tradición judeocristiana. Sin embargo, hay que estar de acuerdo con Gómez Redondo en que don Juan Manuel se supera a sí mismo en la última docena de cuentos de la colección. Sus preocupaciones se vuelcan a la salvación del alma, la buena fama, el bien y el mal, la amistad y la vergüenza.

Y hay que señalar a lo dicho por Gómez Redondo que ni aun en la última parte del *Libro de Patronio* se pierde la búsqueda de valores de dominación de clase, aun cuando predominen las preocupaciones por la perfección interior. Ya se vio cómo don Juan Manuel desarrolla el amor cortés hacia el amor político, pero no es ese el único caso. María Rosa Lida de Malkiel llama la atención respecto al *exemplum* 49, “de lo que contesçió al que echaron en la isla desnuyo quandol tomaron el señorío que teníe”, que relata la historia de una villa en donde se le rendía obediencia a su señor durante un año y, al cabo de éste, se le desterraba desnudo a una isla desierta. Un gobernante previsor, durante su periodo de autócrata, se dedicó a abastecer su isla y pudo vivir en ella vicioso y a placer en su destierro. La sencilla anécdota le sirve a Patronio para comparar la isla desierta con la salvación del alma: el hombre se va desnudo y no se lleva nada después de la muerte salvo

sus buenas obras, que se convierten en los pertrechos para ganarse la eternidad en el paraíso. El consejero acota que esas buenas obras se deben hacer sin vanagloria ni interés. Aunque luego declara: “Pero seyendo estas cosas guardadas, todo lo que pudierdes fazer por levar vuestra onra e vuestro estado adelante, tengo que lo devedes fazer e es bien que lo fagades” (don Juan Manuel 1987, p. 289). Al respecto anota Lida de Malkiel:

A tal extremo llega don Juan Manuel en su empeño de exaltar las jerarquías sociales [...] que no siente la incongruencia de zurcir una apostilla mundana para legitimar su ambición de noble a continuación del más ascético de los apólogos derivados del *Barlaam e Josafat* [...] así como en el *Libro de los estados* se sirve de la misma novela india, eminentemente ascética, para exponer su doctrina afirmadora de la sociedad (Lida de Malkiel citada por Alfonso Sotelo, don Juan Manuel 1987, p. 287).

En dos *exempla* la preocupación central es la fama: el 41, “de lo que contesció a un rey de Córdoba quel dizían Alhaquem” y el 46, “de lo que contesció a un philósopho que por ocasión entró en una calle do moravan malas mugeres”. Una diferencia sustancial entre ambos es que el primero se refiere a una fama como asunto de Estado, porque su protagonista es un rey, mientras en el segundo la fama no está relacionada con una preocupación política, pues su personaje principal es un filósofo con dificultades para defecar. Alhaquem, como ya se detalló en un capítulo anterior, es el rey moro que primero hizo el hoyo en la flauta y después terminó la mezquita de Córdoba.

Patronio cuenta la historia porque Lucanor, aficionado a la cacería, se avergüenza de que se burlen de que sus proezas se limiten a los añadidos que ha hecho a las “piuelas” y a los “capiellos”: correas y caperuzas de los halcones (recuérdese que don Juan Manuel escribió *El libro de la caza*). Y enfatiza que debe preocuparse por hacer obras magnas, buenas y nobles, como le corresponde hacer a los grandes hombres. De esa manera, la inquietud de Patronio por la fama tiene que ver con un fenómeno que en el siglo XX hemos llamado “opinión pública”: la buena fama de un gran señor se relaciona con la estabilidad

de su reino. Si bien es requisito para un príncipe que sus obras sean tales que se hable de ellas después de su muerte, también lo es que el reconocimiento y la admiración deben ocurrir en vida: son, de alguna manera, un refrendo moral a su actuación como cabezas de una sociedad en donde los cargos eran hereditarios y la opinión de los súbditos debía manifestarse por vías subterráneas, como la burla o el enaltecimiento de sus reyes.

La amistad merece también dos *exempla* en la última docena de la colección: el 44 y el 48, ambos de magnífica factura literaria. El primero, “de lo que contesçió a Pero Núñez el Leal, e a don Roy Gonzales Çavallos e a don Gutier Roiz de Blaguiello con el conde don Rodrigo el Franco” es una exaltación de la lealtad y la abnegación. Tres caballeros acompañan a su señor, Rodrigo el Franco, a un retiro a Jerusalén después de que ha contraído lepra. Para que su señor no se sienta avergonzado, ellos beben del agua con la que le lavaron las pústulas. Cuando muere, los caballeros esperan a que el cadáver se descomponga para llevarlo de regreso a su tierra. La misma lealtad que le profesan a su señor la reciben los caballeros de sus esposas al término del relato. El *exemplum* 48, “de lo que contesçió a uno que provava sus amigos”, lleva ese concepto de amistad al plano espiritual. Un medio amigo es aquel que intercede por ti, acepta tus pecados y encubre tus crímenes, mientras el amigo completo es aquel que sacrifica a su hijo para que tú libres la condena de muerte. El medio amigo es una analogía de los santos y la virgen María, quienes interceden ante Dios y piden el perdón de tus pecados, mientras tu amigo completo es Dios, quien sacrifica a su hijo por tu perdón.

Para hablar con sentido de un camino de perfección individual hacia el final de la colección de cuentos, don Juan Manuel debía establecer límites a la inmoralidad y a la ambición que había tolerado o abiertamente defendido en *exempla* anteriores. El 45, “de lo que contesçió a un omne que se fizo amigo et vasallo del diablo” relata a un desgraciado

gran señor que ha perdido su fortuna (“non a en el mundo tan grand desventura como seer muy mal andante el que suele seer bien andante”) y que le vende su alma al diablo a cambio de que cada puerta que toque esté abierta para que entre a robar. Su ambición es tal que no sólo recupera lo que había perdido sino que multiplica su antiguo haber. Cuando lo prenda la justicia sólo debe decir “socorredme, don Martín”, y el diablo lo salvará. En una ocasión el ladrón se ve condenado a muerte, pero el diablo promueve una *alçada* (un amparo) que lo salva a tiempo; la próxima, sin embargo, la demora del diablo lleva al gran señor al pie de la horca. Don Martín aparece y le dice al alcalde que lleva una bolsa con 500 maravedíes para comprar la libertad del pecador, quien corre con la suerte de que se ha perdido la sogá con la que se iba a colgar.

-Amigos, ¡quién ha visto nunca que falte la sogá para ahorcar al ladrón! Ciertamente este hombre es inocente y Dios no quiere que muera y por eso nos esconde la sogá. Así que retengámoslo hasta mañana, y si se llegara a comprobar su culpabilidad aquí se quedará para cumplir su condena –arguye el alcalde para quedarse con el dinero.

Pero cuando abre la bolsa que le da don Martín, en lugar de los 500 maravedíes prometidos aparece la sogá. Y lo manda a ahorcar.

-Don Martín, ¡socórreme!

-Yo socorro a mis amigos hasta que Dios los pone en este lugar –responde el diablo.

Además del humor que demuestra la diablura del diablo, don Juan Manuel fija la frontera de la ambición: nada fuera de lo permitido por la Iglesia (que es bastante) y nada de tratos con el diablo.

Los *exemplos* de la última docena, y en particular el 41, 44, 45, 46, 48 y 50 están entre los de mayor calidad literaria de la colección: en ellos no hay maniqueísmo; a diferencia de cuentos anteriores, éstos no se componen de un bloque protagónico contra otro antagonico



(como la repetida estructura del buen consejero contra los malos consejeros). Los personajes son víctimas de sus decisiones, y no sólo del ataque de grupos con intereses contrarios. Rodrigo el Franco adquiere lepra porque le ha achacado falso testimonio a su mujer. El milagro de Dios –así es como llama Patronio al hecho de que Rodrigo se vuelva leproso- ocurre inmediatamente después de que ella pide al Señor que lo castigue por la calumnia. Pero aun este acto de una mujer contra su marido, un “omne bien andante” no merece la condena del narrador.

Quizá tenga razón Gómez Redondo al afirmar que los últimos *exempla* de la colección se orientan a la búsqueda de una perfección espiritual, pero la elección de la vergüenza como la mayor de todas las virtudes, y no el amor y el temor a Dios, revela que don Juan Manuel había asimilado y estaba de acuerdo con la separación de poderes que ocurre al final de la Edad Media<sup>3</sup>, y que su pensamiento al respecto es una reacción al ascetismo de las órdenes mendicantes. Está en busca de la espiritualidad, pero de una espiritualidad pragmática, obligada a ganar la tierra para obtener el cielo.

---

<sup>3</sup> Jacques Le Goff afirma que la disputa en la Edad Media entre los emperadores y los papas condujo a dos fenómenos políticos: uno de ellos, la aparición de los reyes, y el otro, la separación de los poderes temporal y espiritual. “El conflicto entre el más poderoso de los reyes, el rey de Francia, Felipe el Hermoso, y el papa Bonifacio VIII, termina con la humillación del pontífice, que incluso es abofeteado en Agnani (1303), y con la cautividad del papado en Aviñón (1305-1376). El enfrentamiento, en la primera mitad del XIV, entre el papa Juan XXII y el emperador Luis de Baviera, no significará más que la supervivencia de estas luchas, que permitirá a los partidarios de Luis, sobre todo a Marsilio de Padua en su *Defensor pacis* (1324), definir una nueva cristiandad donde los poderes temporal y espiritual se hallan claramente separados. La defensa del carácter laico de los poderes alcanza con él la categoría de ideología política. El último gran partidario de la mezcla de poderes, Dante, el último gran hombre de la Edad Media, a la que resumió en su obra genial, murió con la mirada vuelta hacia el pasado en el año 1321” (Le Goff, p. 84).

### **Parte III Dos consejos a un príncipe**

Capítulo 7 Dominación por el terror

Capítulo 8 El rey va desnudo

### **Dominación por el terror**

En su noche de bodas, un joven moro se sienta a la mesa y le ordena a su perro que le dé agua a las manos. El perro no atiende y el joven, con la espada, le corta los brazos y las piernas. Luego se dirige al gato y le manda que le dé agua a las manos; el gato no responde y el novio lo estrella contra la pared hasta partirlo en cien pedazos; al caballo le da la misma orden, el animal no la cumple y el recién casado lo degüella con saña. La escena ocurre frente a su nueva esposa.

“Levántate y dame agua a las manos”, le ordena el novio a la mujer después de que ha teñido el hogar con la sangre de las bestias. La joven, que para entonces no sabía si estaba muerta o viva, cumple sumisa la instrucción de su marido (Don Juan Manuel, *Libro de los enxiemplos*, “exemplo 35, de lo que contesçió a un mancebo que casó con una muger muy fuerte e muy brava”).

0-0-0

En los siglos XII y XIII descollaron mujeres en territorios que habían sido reservados para varones, como la teología, la medicina y la guerra. Un brote de sabias, científicas e incluso mujeres de empresa como las religiosas beguinas se desarrolló al amparo de las abadías del norte de los Alpes. Hildegarda de Bingen, Trótula de Ruggiero y, posteriormente, Juana de Arco, por mencionar algunas, desafiaron el poder masculino del clero y la nobleza.

La Baja Edad Media, sin embargo, la época de don Juan Manuel, acuñó en Occidente la tradición misógina que pervive hasta nuestros días. Graciela Cándano, en *La harpía y el*

*cornudo*<sup>1</sup>, describe la campaña de exterminio y terror que lanzaron la Iglesia y el poder secular contra la mujer a fines del Medioevo.

Una posible explicación de la misoginia es que el feudalismo veía sus primeros años de decadencia. Cándano resalta que la población en Europa había crecido sólo 45 millones entre los siglos IX y XIII, al pasar de 30 a 75 millones de habitantes. En una economía agrícola, el desafío que implicaba el lento poblamiento se agravó con la epidemia de peste, que aniquiló a una tercera parte de los europeos. El sistema feudal entró en una crisis mayúscula por la escasez de mano de obra.

Cándano sostiene que la Iglesia católica desplegó, al más alto nivel, un aparato ideológico de sometimiento al género femenino con el fin de impulsar el repoblamiento de Europa y con éste, apuntalar el declinante sistema económico basado en el pacto feudal. El papa Inocencio VIII promulgó en 1484 la bula *Summis desiderantes affectibus* en donde insta a la policía inquisidora a “‘destruir, ahogar y exterminar’ los encantamientos desplegados, entre otras cosas, contra el buen desenlace de los partos de las hembras” (Cándano, 2003, p. 34), y encarga a dos dominicos, Henry Kraemer y Jacob Sprenger, el *Malleus maleficarum*, “El martillo de los brujos” o el “Manual del perfecto cazador de brujas” en donde se define a la mujer como “un enemigo oculto y engatusador”.

A la Iglesia le resultó más fácil la asociación de la mujer con el demonio porque en el imaginario cultural permanecían antiguos atavismos que vinculaban a la mujer con fuerzas sobrenaturales. Las mujeres conservaban un saber milenario acerca de la sexualidad. Era un conocimiento común al género femenino pero que se hallaba especializado en las parteras, yerberas y médicas, “que conservaban los conocimientos para el buen alumbramiento pero

---

<sup>1</sup> Graciela Cándano. *La harpía y el cornudo. La mujer en la literatura ejemplar de la Baja Edad Media española*. México: UNAM, 2003, 320 pp.

también para los recién satanizados ejercicios de anticoncepción y de aborto” (Cándano, 2003, p. 36); la Iglesia, añade Cándano, “desata una política pro-natalista para evitar que las mujeres abortaran con el fin de asegurar a largo plazo el ya muy menguado poder feudal después de la gran mortandad provocada por los cuatro jinetes del Apocalipsis *trecentista*” (Cándano 2003, p. 35). Las mujeres fueron acusadas y obligadas a confesarse de

Fornicación con animales, bestias imaginarias o sapos ataviados con ropajes fantásticos; conversaciones con infantes fallecidos o asesinatos y devoramientos de éstos antes del bautismo, profanación reiterada de la hostia y otros géneros de gravísimas herejías; metamorfosis y transformaciones diversas, provocación de tempestades, plagas, impotencia masculina u odio entre personas; ilusión de que se ha perdido el miembro viril; pérdida de guerras, y la consabida elaboración de ungüentos y pócimas con todo tipo de sustancias nauseabundas como excrementos y putrefacciones (Cándano 2003, p. 40).

El régimen de terror se cimentaba en la denuncia, el enjuiciamiento y el asesinato, y caía primero sobre mujeres solas, ancianas o pobres señaladas por lugareños: “una denuncia estimulaba, con frecuencia, el arranque de una incontenible reacción en cadena o ramificada, ya que la inculpada podía, vengativamente, llevar al banquillo a otras y así sucesivamente” (Cándano 2003, p. 39). El carácter genocida (o *generocida*) de la cacería de brujas resalta en “la prueba del agua”: se arrojaba al agua a una mujer atada de pies y manos. Si se ahogaba, era inocente, pero si no, se demostraba su identidad de bruja y hechicera razón por la cual se le había condenado a muerte (Cándano 2003, p. 37).

“Valiéndose de un creciente y perturbado alud de delaciones, juicios e inmolaciones, las autoridades masculinas debían, por una parte, apaciguar la angustia de los terratenientes por la pérdida potencial de sus espacios de señorío y facultad y, por otra, aplicar sus desalmadas políticas repobladoras” (Cándano: 2003, 41). La especialista asegura que el pronatalismo de esta política de terror se combinó con el miedo de la Iglesia católica y el poder secular a la emergencia de mujeres notables como Hildegarda de Bingen, Eloísa y Mectildis de Magdeburgo. El número de mujeres inmoladas, ahorcadas, descuartizadas,

degolladas o muertas en la tortura entre los siglos XIV y XVIII oscila entre los 300 mil y los 6 millones, de acuerdo con diversos cálculos. La política de sometimiento a la mujer y de destrucción del saber sexual, abortivo y de anticoncepción fue exitoso: la población europea se decuplicó entre 1475 y 1975, al pasar de 64 a casi 640 millones, y el aborto y la contracepción fueron condenados a las catacumbas de la cultura occidental de las que no salieron hasta el siglo XX.

Aunque la bula papal de Inocencio VIII data de 1484, 149 años después de *El Conde Lucanor*, don Juan Manuel se formó como hombre de Estado durante la crisis feudal que incubó la política *feminocida*. Sus tutores intelectuales y religiosos fueron los dominicos, que entonces desempeñaban el papel de inquisidores y guardianes de la fe, así como de transmisores de las doctrinas que se gestaban al otro lado de los Pirineos.

Don Juan Manuel, entonces, no escapó a la tradición de la Baja Edad Media, representada en libros como *Sendebat, Calila e Dimna y Castigos e documentos del rey don Sancho*, por mencionar sólo tres, pero la suya es una misoginia política. En otras colecciones de la época, como por ejemplo el *Sendebat*, los hombres son engañados, superados por la astucia de las mujeres, y suelen terminar ridiculizados o escarnecidos. El mecanismo misógino reside justamente en demostrar cuán bajo pueden caer los varones ante “los engaños e los assayamientos de las mugeres”. Don Juan Manuel le da la vuelta a la tesis y propone que sean los hombres los que pasen a la ofensiva, que utilicen las mismas artes del engaño, imputadas a la mujer, para debelar al género opuesto, pero ahora le suma un atributo típicamente masculino: el abuso de la fuerza como herramienta de disuasión.

La misoginia del Adelantado de Murcia queda clara en el *exemplo 27* “de lo que contesçió a un emperador et a don Alvar Háñez Minaya con sus mugeres”: Lucanor sufre gran pesar por la conducta de sus hermanos con sus esposas. Uno vive apegado a su mujer

y no toma decisión sin consultarla; el otro, en el extremo opuesto, detesta a la suya y no puede verla ni entrar a la casa en donde ella esté. Patronio afirma que si bien ambos hermanos se equivocan, su error es culpa de sus mujeres. En ese *exemplum* Patronio agrupa por contraste dos cuentos: el del emperador Fradrique y su esposa insumisa, y el de Alvar Hãñez Minaya y su mansa mujer. El emperador se casa con una representante de la nobleza que no tarda en demostrar su autonomía: “començó a seer la más brava, et la más fuerte et la más rebessada cosa del mundo”. José Manuel Blecua anota a “brava”: irascible, de mal genio; “fuerte”: terrible, y “rebessada”: indomable y atravesada. Si el emperador quería comer, ella quería ayunar, si el emperador quería dormir, ella se quería levantar.

La condena moral a la insumisa se amplía al terreno político. El emperador Fradrique “vio que sin el pesar et la vida enoiosa que avía de sofrir quel era tan grand daño para su fazienda et para las sus gentes, que no podía y poner conseio (remedio)” (don Juan Manuel 2000, p. 164). Fradrique acude al Papa a solicitar el divorcio, que el Pontífice le niega por ser contrario a las leyes de la Iglesia. A cambio, el Vicario de Pedro le insinúa estimular el suicidio de su mujer:

Dixo el papa al emperador que este fecho que lo acomendava él al entendimiento et a la sotileza del emperador, ca él non podía dar penitencia *ante que el pecado fuesse fecho* (Don Juan Manuel: 165, subrayado mío).

Don Juan Manuel pasa “de los engaños e los assayamientos de las mugeres” a los engaños de los hombres. Fradrique le tiende una trampa a su mujer, que padece sarna: antes de una excursión de cacería, dispone que le preparen el veneno a las flechas, y declara frente a su mujer y diversos testigos que nadie se trate de curar con aquél unguento y que por ningún motivo se ponga en contacto con la sangre. Por el contrario, se aplica en sus propias heridas un bálsamo reparador, y sale a cazar ciervos.

El montaje funciona. Patronio ha sido cuidadoso en presentar en planos inversos a Fradrique y a la emperatriz: ella es indomable, insumisa y brava, mientras Fradrique es un hombre preocupado por su gobierno, que acude por ayuda con el Papa, la máxima figura moral de la cristiandad. El lector tiene derecho sin embargo a dudar de la integridad ética del emperador; en su batalla cotidiana por reducir a su mujer ha recurrido a los ruegos y al buen talante, pero también a las amenazas y a la violencia (Don Juan Manuel 2000, p. 164).

-¡Vean al falso del emperador, lo que me fue a decir! Como él sabe que la sarna que yo tengo no es como la suya, me dijo que me untara con el mismo unguento con el que él se untó, porque sabe que no me podré curar con él. Pero de aquel otro unguento bueno con el que sabe que me aliviaría, dijo que no lo use de ninguna manera. Pero yo, por hacerle pesar, me untaré con éste, y cuando venga me encontrará sana. Y como estoy cierta de que ninguna otra cosa le haría mayor pesar que hallarme sana, eso haré –les dice la emperatriz a sus cortesanos antes de untarse el veneno.

A los ojos de la emperatriz, Fradrique “es falso”. Ella está habituada a sus mentiras. A fin de contrariarlo, pero también de aliviar su sarna, emplea la lógica formal: el emperador siempre miente, por lo tanto el veneno en realidad es bálsamo y el bálsamo, veneno. Sabe también, y vaya que tiene razón, que al emperador nada le provocaría mayor pesar que encontrarla sana. Se aplica el veneno de ciervos, y muere. Patronio omite que el ardid funciona no sólo porque la esposa suele llevar la contra al marido, sino porque el emperador acostumbra engañarla.

La gran contribución de don Juan Manuel a la ideología misógina de la época, sin embargo, se halla en el “*exemplo* 35, de lo que contesçió a un mançebo que casó con una [muger] muy fuerte et muy brava”. Ahí el noble levantisco lleva la opresión de la mujer al plano simbólico y la convierte en un paradigma del sometimiento del pueblo.



En una época en donde la movilidad social ascendente estaba proscrita, don Juan Manuel admite el matrimonio como un mecanismo de ascenso social y aun de acceso al poder; un vehículo de los “fijos dalgo” y hasta de los pobres para compartir el manejo de los destinos del Estado reservado a los nobles: en el *exemplum* 25 un joven valioso “fijo dalgo” pero de poca fortuna y pobre futuro, se impone a reyes y nobles por sus cualidades personales y se convierte en el heredero del condado de Provenza a través del matrimonio con la hija del conde.

Otro ejemplo, de ello, el ya mencionado *exemplum* 35, transcurre en una villa árabe en donde residía “el mejor mancebo que podía existir, pero que no era tan rico que pudiese cumplir tantos hechos y tan grandes como su corazón le daba a entender que debía cumplir. Y por esto era él muy triste, porque tenía el talento y la voluntad, pero no tenía el poder”, como lo describe Patronio (don Juan Manuel 2000, p. 196). En la misma villa vivía una doncella que estaba en las antípodas del muchacho no sólo porque era de familia noble, sino porque era rebelde e insumisa: “cuanto aquel mancebo tenía de buenas maneras, así las tenía ella de malas y revesadas, y por ello, ningún hombre del mundo se quería casar *con aquel diablo*” (don Juan Manuel 2000, p. 197, subrayado mío). Patronio enfatiza que no había hombre, aun el más pobre, que la pretendiera como esposa.

El ambicioso muchacho pide la mano de la rebelde doncella para escalar de posición social. Sin el matrimonio, su única alternativa era emigrar o resignarse a la miseria. Atendiendo los usos, se hace una negociación entre los padres de ambos. La respuesta del progenitor de la brava muchacha refuerza el concepto misógino.

-Por Dios, si yo hiciera tal cosa sería muy falso amigo, porque tú tienes muy buen hijo, y yo te haría gran maldad si consintiese su mal y su muerte. Porque sé que si se casara con

mi hija, que sería muerto, o le valdría más la muerte que la vida –le responde el padre de la insumisa (don Juan Manuel 2000, p. 198).

La prometida es a la vez el pueblo y la herramienta de ascenso. El matrimonio es el mecanismo para legalizarlo y validarlo moralmente. Al casarse, el esposo asume simbólicamente como príncipe y su hogar se convierte en su reino. Una vez consumado el matrimonio, el nuevo príncipe debe sobrevivir a su propia ambición; demostrar sus dotes como nuevo noble y pagar la consecuencia de haber alterado el orden del mundo al incrementar su estamento. El musulmán recién casado lo logra con éxito. Este *exemplum* es también síntoma de las agitadas condiciones políticas que rodearon la vida del prosista castellano. La esposa, en su papel simbólico de pueblo, se declara en rebeldía. El príncipe se enfrenta, desde que toma las riendas de su hogar-reino, con una insurrección popular tan peligrosa que, según los familiares de ella, lo puede dejar muerto o malherido, lo cual, de paso, terminaría de tajo con el incipiente reino y, ¿no es acaso el fin del reino la peor maldición que puede caer sobre los nobles?

El método que elige el novio-príncipe es el terrorismo<sup>2</sup>. Este capítulo se inició con la escena del hombre que le ordena a su perro, a su gato, a su caballo y a su esposa que le den agua a las manos. Corresponde a la noche de bodas del ambicioso joven moro y su inquieta novia. El novio va generando una atmósfera de terror con las exigencias a seres que no lo entenderán y menos cumplirán su voluntad. El joven moro, es importante subrayarlo, se dirige en realidad a la recién casada. Al gato y al caballo los llama “don gato” y “don

---

<sup>2</sup> Empleo este concepto de acuerdo con las dos definiciones del Diccionario de la Real Academia Española: una, dominación por el terror, y dos, sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror. A partir de los ataques a Nueva York del 11 de septiembre de 2001 nos hemos familiarizado con la definición de terrorismo como un método empleado por bandas marginales contra poblaciones civiles o gobiernos. El terrorismo, por el contrario, es una manera de hacer política que ha sido más común a los gobiernos que a las oposiciones. Las dictaduras latinoamericanas fueron regímenes terroristas, como lo fueron los fascismos europeos o como es, actualmente, la política de Israel en Cisjordania.

caballo”: “-¡Cómo, don falso traidor!, ¿et non vistes lo que fiz al perro porque non quiso fazer lo quel’ mandé yo? Prometo a Dios que si un punto nin más conmigo porfías, que esso mismo faré a ti que al perro”. La narración de Patronio contribuye a asociar a los animales con el hombre. El joven moro le corta al perro “las piernas y los brazos” y al gato lo toma también de “las piernas” y no de las patas. Don Juan Manuel consigue transmitir al lector el terror que sufre la muchacha. El escritor se solaza en los detalles de la persecución y el asesinato de los animales: “et tanto andido en por dél fasta que lo alcançó, et cortol la cabeça et las piernas et los braços, et fízolo todo pedaços et ensangrentó toda la mesa, et toda la mesa, et la ropa”. Con el gato la descripción es similar: “levantóse et tomó’ por las piernas et dio con él a la pared et fizo de’l más de çient pedaços, et mostrándol’ muy mayor saña que contra el perro”. Frente a su mujer, el joven advierte al caballo que quien no le dé agua a las manos correrá la misma suerte que el perro y el gato.

-¡Cómo, don cavallo!, ¿cuidades que porque non he otro cavallo, que por esso vos dexaré si non fizierdes lo que yo vos mandare? Dessa vos guardat, que si por vuestra mala ventura non faiertes lo que yo vos mandare, yo juro a Dios que tan mala muerte vos dé como a los otros; *et non ha cosa viva en el mundo que non faga lo que yo mandare, que esso mismo non le faga* (Don Juan Manuel 1987, p. 228, subrayado mío.)

La mesa, la casa, las ropas del joven moro están empapadas de sangre de sus víctimas. El terror ha calado ya en la muchacha. “[Ella] tovo que estava loco o fuera de seso, et non dizía nada”, o bien “tovo que esto ya non se fazía por juego, et ovo tan grand miedo, que non sabía si era muerta o biva”. Cuando ya ha matado a los tres animales de la casa, el esposo jura que si mil caballos, hombres o mujeres que hubiese en casa lo desobedecen, que a todos los mataría.

El terror funciona y la insumisa es domesticada. No sólo le da agua a las manos: le da de comer, vela su sueño y ahuyenta a las visitas para que no lo despierten. El novio-príncipe consigue gobernar su hogar-reino. La violencia y el terror usados, lejos de

provocar rechazo en la familia, generan la aprobación social."Cuando todos esto oyeron, fueron marabillados; et desde sopieron cómo pasaron en uno, presçieron mucho el mançebo porque assí sopiera fazer lo quel' cumplía et castigar (gobernar) tan bien su casa".

El joven moro es un príncipe que asume el poder de un Estado. Este *exemplum* tiene un carácter fundacional; su aplicación funciona cuando se funda un Estado o se toma el poder y se debe recordar a los naturales su carácter de vasallos. El recién casado, en su carácter masculino, representa el poder de la nobleza y el clero, mientras que la esposa asume por doble partida el carácter de sujeto por dominar: por ser mujer y por representar al pueblo. Su tarea es servir al señor. La política terrorista es aprobada por el destino: "et daquel día en adelante, fue aquella su muger muy bien mandada et ovieron muy buena bida".

En el *exemplum* 27, después de contar la muerte de la emperatriz, esposa de don Fradrique, Patronio relata la boda de Alvar Hãñez Minaya. Él también desde el principio advirtió a su mujer que con un poco de vino que tomase se volvería violento, hiere a los hombres y en la cama hace cosas que en su juicio ni se atrevería. La mujer acepta desde el principio su carácter de súbdito; con ella no se requiere el terror teatral porque basta el terror lingüístico, pero terror al fin.

Don Juan Manuel pertenece a la clase que ve afectados sus intereses por la falta de mano de obra, por el lento poblamiento de Europa de los siglos anteriores a la política misógina de terror encabezada por la Iglesia. Innovador, original, la audacia del escritor reside en hacer de la misoginia una virtud política en el hombre de Estado.

La huella de la cultura misógina de fines de la Edad Media ha sobrevivido hasta nosotros. En la Ciudad de México el aborto se despenalizó, y con numerosas restricciones, ¡en 2007! Un ideólogo contemporáneo de la Iglesia católica, Carlos Abascal, concedió en aquella discusión que las mujeres "tenían el derecho de elegir al hombre con quien pasarían

el resto de su vida". En el mundo de hoy persisten prácticas ejecutadas desde el Estado o las estructuras religiosas como la infibulación, la obligatoriedad del burka, así como la exclusión del trabajo doméstico, realizado por mujeres, de las contabilidades nacionales. La batalla cultural, sin embargo, la empieza a perder la Iglesia. El aborto es legal en países de Europa occidental y en algunas entidades de Estados Unidos. La Unión Europea se ve nuevamente en un dilema económico y de identidad por la baja tasa de natalidad. Los gobiernos, en lugar de promover una política de terror y de destrucción de los nuevos métodos de anticoncepción, optaron por los estímulos fiscales a las familias que procrean. El esposo golpeador y el gobernante terrorista que defiende don Juan Manuel, poco a poco, van perdiendo prestigio en la Vieja Europa.

## **El rey va desnudo**

Uno de los lugares comunes más afortunados en política es el dicho “el rey va desnudo”, porque apunta tanto al líder encumbrado que se ha sumido en el autoengaño -el rey-, y al mismo tiempo acusa a una comunidad que se ha vuelto cómplice de la farsa de su dirigente. Esa colectividad sabe que ha sido engañada pero opta por ignorar la verdad. El engaño se repite mil veces hasta que parece real: nadie se atreve a decir “el rey va desnudo” y la simulación pública es la que termina por arropar al emperador. La verdad se reduce a murmullo, pues quien ose denunciar el engaño se convierte en un traidor o se exhibe como un tonto. Sólo el que no tiene nada que perder, un niño o un esclavo, lo grita en la plaza: “¡el rey va desnudo!” y la revelación desnuda al rey y también a su corte y a su pueblo. Como Adán y Eva al morder el fruto, todos caen en cuenta de que han vivido encuerados.

Es el ridículo. Un ridículo colectivo como el engaño. Sólo hay una forma de apartarse de él: apuntando al rey con el índice. Señalándolo. Los demás andamos vestidos. Nada más él va desnudo. Y luego viene el rito de liberación: la risa, la carcajada que termina por separarnos del rey desnudo. Nos burlamos de su desgracia, de su ridículo. Cuando reímos lo dejamos solo y la risa nos cubre. “¡El rey va desnudo!” se convierte en el grito liberador del colectivo que ha llegado a la verdad sólo después de que se vio desnudado por ella.

La risa rasga la vestidura de la normalidad: es subversiva porque rompe el protocolo y la solemnidad de las ceremonias. La Edad Media, que se creía inmutable y eterna, mantenía una relación incómoda con la risa. La condenaba desde la oficialidad del clero pero la toleraba en la calle. Graciela Cándano dedicó un libro, *La seriedad y la risa. La comicidad en la literatura ejemplar de la Baja Edad Media*, al humor en las colecciones de *exempla* del crepúsculo medieval hispánico. Afirma Cándano: “La risa abierta se contraponía a la cultura oficial, a su tono serio y ascético, a ese mundo donde el llorar a mares era un lugar

común, ya sea en las procesiones, los sermones, los entierros o ante la representación de la pasión de Jesucristo” (Cándano 2000, p. 27).

La Edad Media había heredado de los Padres de la Iglesia la visión grave de la vida. San Juan Crisóstomo había afirmado en el siglo IV que “Jesucristo no reía”.

San Juan Crisóstomo también declaró que las burlas y la risa no provenían de Dios, sino que eran una emanación del diablo, y condenó a los arrianistas por haber incorporado al oficio religioso el canto, la gesticulación y la risa. Desde sus orígenes, pues, el cristianismo condenó la risa (Cándano, 2000, p. 31).

En los inicios del cristianismo, San Anastasio, también Padre de la Iglesia y Obispo de Alejandría, afirma acerca del famoso penitente San Antonio Abad que “no tuvo que luchar contra la risa” después de haberse adiestrado en la soledad del desierto durante 20 años. (Cándano 2000, p. 32). San Efrén Siro escribió una amonestación contra las risas de los monjes y san Benito exhorta a la seriedad en la Regla de fundación de la orden benedictina. Juan de Salisbury, obispo de Chartres, advertía del riesgo en el que ponían su alma quienes ofrecían regalos a los bufones, por ser éste un oficio depravado. Bernardo de Claraval, doctor de la Iglesia, afirmó que los caballeros seculares debían tener horror a los cómicos, magos, cuentos, canciones burlescas y comedias.

Pero el Medievo fue también el esplendor del carnaval, la fiesta de la carne y de la inversión de valores. “El hombre medieval, abatido por el orden universal impuesto por las jerarquías del clero y la nobleza, concebía los festejos como su Reino, y reía”, (Cándano 2000, p. 34). Si la risa era un antivalor para los doctores de la Iglesia, en el carnaval se hallaba nadando en sus aguas. Bajtín (citado por Cándano) resalta “la fiesta de los locos o los tontos” o *Charivari*, donde se comía morcilla en los altares y se paseaba a burros vestidos de obispo, y “la fiesta de los burros” en donde se parodiaba los ritos religiosos repitiendo “¡hi ha!” en cada parte de la misa.

En la vida social, ser objeto de la risa equivalía a ver reducida la honra y la fama, esos dos conceptos tan caros para la nobleza feudal. Los escritores de literatura ejemplar advirtieron el poder punitivo de la risa y lo usaron como propaganda. El *Sendebär*, por mencionar uno (cuya versión española data de 1253) es una colección de cuentos acerca de personajes que obtienen lecciones tras ser ridiculizados. Útil en la campaña misógina de la época, narra anécdotas de maridos bobos que, o bien son engañados por sus esposas, o bien provocan su infortunio por descuido o ignorancia.

Don Juan Manuel entendió la fuerza pedagógica del ridículo y la convirtió en una lección política para nobles y reyes. En la ideología juanmanuelina ser objeto de ridículo se vuelve una circunstancia penosa, sólo menos grave que perder el estamento, la “honra” o la “fazienda”, porque con el ridículo se merma la fama, factor de estabilidad política en la época. Don Juan Manuel ridiculiza a integrantes de la élite, a soberanos, pero también al filósofo moro que pierde su prestigio al entrar involuntariamente al callejón de las prostitutas urgido de descargar los intestinos (*exemplum* 45).

En tres *exempla* de *El Conde Lucanor* se ridiculiza a reyes: en el 20, el 32 y el 51<sup>1</sup>. En el 32 y en el 51 el punto de partida de la situación cómica es el desnudo. Según John Esten Keller (citado por Cándano 2000, p. 56) hay tres tipos de situaciones cómicas en los *exempla* medievales. El primero y más importante es “el desconcierto” y, dentro de éste, la desnudez. “No había nada más cómico en el hombre medieval que el desnudo involuntario”, dice Keller, y María Jesús Lacarra agrega que la desnudez es un motivo

---

<sup>1</sup>Los filólogos discuten si el *exemplum* 51 salió de la pluma de don Juan Manuel o si se trata de una interpolación. En lo personal, me inclino a pensar que el Adelantado de Murcia no es autor de este cuento, por las mismas razones de Antonio Blecua y Lida de Malkiel: exceso de citas bíblicas y en latín (que no aparecen en ningún otro *exemplum*) y la defensa de la Inmaculada Concepción, que era un tema conflictivo para los dominicos. A pesar de ello, lo incluyo en mi análisis porque es imposible saber con toda certeza qué escribió el rebelde infanzón y qué le debemos a los copistas. A nosotros nos llegó *El Conde Lucanor* con el *exemplum* 51 y en virtud de que no desmerece de la calidad de los mejores relatos de la colección, lo considero como parte fundamental del cuerpo.



cómico en la medida en que las reglas sociales exigen que los humanos estén vestidos. Según Keller, los otros dos motivos hilarantes en los ejemplarios medievales son, uno, los ridículos relacionados con las clases sociales, y dos, los que versan acerca del comportamiento de profesionales (el ridiculizar oficios). Al mofarse de los reyes don Juan Manuel reúne los tres patrones de Keller: el desnudo, la burla a la condición social y a la profesión de gobernante.

Don Juan Manuel condena con el ridículo la ambición desmedida, la soberbia y la ingenuidad de los monarcas. En el *exemplum* 51 un rey cristiano muy orgulloso de su soberbia se inconforma con el pasaje evangélico “Deposuit potentes de sede et exaltavit humildes” (que Patronio traduce “Nuestro señor Dios tiró e abaxó a los poderosos soberbios del su poderío et ensalzó los omildosos”) y manda corregir las Escrituras e insertar “Et exaltavit potentes in sede et humildes posuit in natus” (que Patronio traduce “Dios ensalzó las siellas de los sobervios poderosos et derribó los omildosos”) (Don Juan Manuel 2000, p. 68).

En este caso, es directamente Dios quien escarmienta al enmendador de la Biblia. Mientras el rey se baña, Dios envía a un ángel que asume su apariencia, se pone sus vestidos, se retira del baño con la comitiva real y le deja unos andrajos en lugar de los ricos ropajes. El monarca se enfrenta a un ridículo privado, íntimo, cuando llama a su servidumbre, desde el interior del baño, para que le entreguen sus ropas sin obtener respuesta. Está desnudo frente a sí mismo.

El autor escarnece repetidamente al soberbio reyecito: lo hace vestir los paños “viles y rotos” y salir así a la calle. En la puerta de su palacio el guardia lo hiere con la maza cuando el pobre rey exige, a golpes, su derecho a entrar. Le pasa lo mismo con su mayordomo y le va peor con su esposa, la reina, que lo manda echar a palos. El ridículo es mayor cuando se

ve obligado a pedir limosna, al tiempo que reprocha a la gente su condición de pordiosero siendo el rey de esa tierra. Es un loco como tantos que deambulan por las calles creyendo que son lo que no son. El rey se somete así a la desnudez, al desclasamiento y a la locura (él mismo llega a pensar que está loco y que nunca ostentó la corona).

Detrás de la preocupación de don Juan Manuel por la soberbia resalta su condena a la ambición y la avaricia. En el *exemplum* 20, “De lo que contesçió a un rey con un omne quel dixo quel faría alquimia”, el ridículo se descarga sobre un ingenuo rey deslumbrado por la riqueza fácil.

La construcción de las escenas humorísticas en los *exempla* de *El Conde Lucanor* revela desde el principio la trampa de los estafadores y la candidez de los engañados. En el *exemplum* 20 Lucanor le pide a Patronio consejo sobre la oferta de un hombre que le pide dinero y le asegura que lo multiplicará por 10. Patronio, en el relato que le da respuesta a la inquietud de su señor, habla desde el principio de un “golfín” -“ladrón, vagabundo y farsante”, según Blecua. El golfín quiere salir de la pobreza y sabe de un rey que se afanaba en hacer alquimia y que Patronio describe como “de non muy buen recado” (con poca cautela o discreción, dice Blecua).

En un capítulo anterior nos ocupamos de la teatralidad como recurso central en la visión juanmanuelina. Los *exempla* donde se escarnece a los reyes son un paradigma central de esta manera de entender la política. En el 51 un ángel enviado por Dios encarna al rey; en el 32 es el soberano mismo, la corte, el pueblo entero y los estafadores quienes asumen conscientemente su parte en el montaje; en el *exemplum* 20 el golfín monta una representación a gusto de su víctima: se hace pasar por un misterioso sabio poseedor de la fórmula para obtener oro. El golfín es alquimista al revés: mezcla el oro de cien doblas con elementos corrientes y las convierte en cien pelotas de un material sin valor que el propio

embaucador llama “tabardíes”. Para coronar la farsa, el pícaro las vende al equivalente a dos o tres doblas de oro en la villa del rey ingenuo.

La farsa se desarrolla al gusto del farsante. El monarca lo manda llamar y lo observa producir oro con materiales baratos; aprende la técnica y su ambición se dispara: cada vez que duplica la fórmula se duplica el oro. El golfín le había advertido que todos los componentes eran imprescindibles. Cuando se agota el tabardí se termina también la mágica generación del metal precioso. El misterioso alquimista promete regresar con tabardí y el rey lo provee de “muy grand aver” para tal fin. Satisfecha su ambición, el golfín no se aparece nunca más en los dominios del avaricioso rey. Y le receta una humillación pública: le deja en un baúl una nota: “Bien creed que non a en ‘l mundo tabardíe; mas sabet que vos he engañado, et quanto yo vos dizía que vos faría rico, deviérades me dezir que lo feziessse primero a mí et que me creeríedes” (Don Juan Manuel 2000, p. 130).

En los tres cuentos de ridiculización de reyes, la lección queda incompleta si el pueblo no se mofa de su gobernante. La escena inmediata retrata a un grupo de amigos que, días después de la confesión escrita, charlan, bromean y agrupan a los hombres según sus defectos y virtudes. Entre los de poco juicio colocan a su rey. Inconforme, el soberano los manda llamar y les propone que lo saquen a él de la nómina de los tontos si el golfín vuelve a esas tierras. Patronio no se ocupa de finalizar el relato y queda claro que el rey nunca pudo transmutar su nombre por el del golfín de la lista de ingenuos. La lección a Lucanor es que, si el gobernante no quiere ser clasificado entre los hombres de “mal recabdo”, desista de aventurarse en negocios que parecen muy fáciles.

Occidente le debe a don Juan Manuel la frase que se citó al principio de estas líneas y que se ha convertido en un dichoso lugar común en la política: “el rey va desnudo”. En mi experiencia como reportero, me tocó escuchar a ex colaboradores de Andrés Manuel López

Obrador, candidato presidencial en 2006, repetir la frase contra quien fuera su jefe. “En los tiempos de campaña nadie se atrevió a decir que el rey iba desnudo”, me dijo un dirigente partidario. Se refería a la supuesta indestructibilidad que alegaba López Obrador y que sustentaba en falsas premisas: que iba 10 puntos arriba de su principal competidor, que cada asistente a sus mítines convencería a 20 más, que el triunfo de la derecha era “moralmente imposible”, que no le hacía falta debatir, y que había ganado por 500 mil votos.

Lo cierto es que López Obrador había empatado en las encuestas desde abril, vio menguar la asistencia a sus mítines hacia el cierre de campaña y fue abandonado por miles de simpatizantes que se habían comprometido a representarlo en las casillas y se ausentaron el día de la elección (alcanzó a cubrir el 60 por ciento). Pero en lugar de emprender una estrategia para enfrentar la adversidad, prefirió vestirse de indestructible<sup>2</sup>.

Occidente, decía, le debe a don Juan Manuel la fábula del rey desnudo. El *enxiemplo* 32 “de lo que contesçió a un rey con los burladores que fizieron el paño” trajo de Oriente la anécdota que popularizaría en el siglo XIX Hans Christian Andersen con *Los vestidos nuevos del emperador*. Así como en el *exemplum* 20 Patronio estableció desde el principio que el estafador era “un golfín”, aquí llama “burladores” a los falsos sastres que le ofrecen al rey un paño invisible para quienes no son hijos de quien dice ser su padre. Patronio agrega que

---

<sup>2</sup> Tres días antes de las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2006, cuando ya estaba suspendido el proselitismo, López Obrador citó a los reporteros que cubríamos sus giras a una charla informal en su oficina de campaña, en la colonia Roma (donde ahora está la “presidencia legítima”). Un reportero le pidió que acudiera a votar en la tarde. De esa manera tendríamos tiempo suficiente para votar por la mañana para después concentrarnos a estar pendientes de sus actividades. Si, por el contrario, acudía a votar temprano, nosotros nos veríamos forzados a acompañarlo desde antes de la apertura de las casillas y no podríamos sufragar, le explicó. Sentado al centro, relajado, López Obrador no contestó de inmediato. Con el dedo índice de la mano derecha nos empezó a contar: “uno, dos, tres, cuatro, cinco... veintidós, veintitrés, veinticuatro” hasta que nos recorrió a todos: “veinticuatro votos menos, no importa”, sentenció con una sonrisa. El 2 de julio votó a primera hora en la casilla de su departamento de Copilco, a una cuadra de la UNAM.

Al rey plogó de esto mucho, teniendo que por aquel paño podría saber quáles omnes de su regno eran fijos de aquellos que devían seer sus padres o quáles non, et que por esta manera podría acresçentar mucho lo suyo; ca los moros non heredan cosas de sus padres si non son verdaderamente sus fijos” (don Juan Manuel 2000, p. 187).

En este *exemplum* se despliega el mejor humor de don Juan Manuel: los vivales se encierran en un palacio con oro y plata a confeccionar el paño; el rey, antes de arriesgarse, manda a sus cortesanos de mayor confianza a verificar los avances. Cada uno sufre el mismo pánico de sentirse deshonorado cuando ven a los cortadores bordando en el aire. Una deshonra que destruiría sus vidas por no ser legítimos herederos de apellidos, herencias y cargos. El rey mismo “se tiene por muerto” cuando es incapaz de ver el paño y teme la pérdida de su reino. El pavor lo lleva a asumir la misma actitud de sus colaboradores: alabar el textil con ahínco. Para desengañarse, el rey manda a su alguacil, quien experimenta la misma zozobra cuando no ve nada y corre ante el rey a elogiar el paño para encubrir su ilegitimidad de origen. El hombre que debería ser de su mayor confianza y el de más depurado criterio, el privado, asume la misma reacción al temerse descubierto. Al rey no le queda más que contribuir a la farsa y exhibir la desnudez ante a su pueblo.

Lo mejor del cuento, lo que le da la trascendencia política y literaria, es la escena en donde las masas forman parte de la representación teatral del paño maravilloso. Todos temen ser deshonorados si confiesan que ven a su rey en cueros.

Fasta que un negro que guardava el cavallo del rey et que non avía que pudiesse perder, llegó al rey et díxol:

-Señor, a mí no me enpeçe que me tengades por fijo de aquel padre que yo digo, nin de otro, et por ende, dígovos que yo so çiego o vós desnuyo ydes (Don Juan Manuel 2000, p. 190).

En la versión de Andersen es un niño el que lanza el grito liberador. Don Juan Manuel elige a un palafrenero negro: los más bajos de la escala social se convierten en los elementos del desengaño. Eso significa un doble castigo para el rey: además de ser exhibido en público, lo exhiben los menos autorizados de la sociedad.

Hay una lección que se obtiene de los tres *exempla* de ridiculización de reyes: la ambición por la riqueza fácil puede llevar al ridículo. Y el ridículo pone en peligro a la fama que, en la concepción juanmanuelina, es un haber imprescindible para el ejercicio del gobierno y la conservación del poder y la honra.

El enfoque moralizante contra la avaricia y el deseo de riqueza fácil ofrece un retrato de una nobleza castellana que se ha vuelto conservadora ante los desafíos de su tiempo. Son años de tensión entre dos fuerzas que se disputan el poder en condiciones relativamente equilibradas: de un lado está la nobleza y del otro la monarquía. Ésta última inicia un reforzamiento de su poder que derivará en el absolutismo de los Reyes Católicos de fines del siglo XV.

Un efecto colateral de los *exempla* de don Juan Manuel es cuestionar la capacidad de los reyes de mantener el sistema feudal: en los tres casos los monarcas son tontos, rapaces o soberbios. La lección esencial, sin embargo, es la siguiente: *no poner en peligro el poder existente por el poder codiciado*. Es una ideología defensiva, conservadora y realista por conveniencia. En el *exemplum* 20 un rey *posee* la fórmula para obtener oro; en el 32, el rey supone tener en sus manos una herramienta magnífica de extorsión contra quienes no son hijos legítimos, y en el 51 el soberano se cree superior a Dios. En los tres casos las ambiciones se vuelven contra los monarcas.

El Adelantado de Murcia había sido un emprendedor que en política actuó siempre al ataque: estuvo en guerra contra su rey, pactó alianzas con cristianos y moros, organizó ejércitos, conspiró, buscó los matrimonios más convenientes para él y sus hijas, acumuló riquezas y enemigos. Al final del día, el esfuerzo sirvió sólo para conservar lo que ya tenía: los adelantamientos de Murcia y la frontera, la libertad de Constanza Manuel y la condonación de los costos derivados de sus lances.

El valor que don Juan Manuel otorga a la risa lo ubica una vez más como un renovador cultural de su época. El uso de la lengua vulgar y la importancia otorgada a la noción de autor son otros de los principios que lo pusieron a la vanguardia. Lo paradójico es que la audacia formal de su literatura se ocupe de promover un conservadurismo político. La burla es un castigo para los ambiciosos pero también es una advertencia contra los emprendedores. Los reyes castigados buscaban propósitos políticos benéficos: multiplicar el oro, dominar a sus semejantes por la extorsión y superar a Dios. Parecen anhelos comunes a cualquier gobernante con anhelos de absolutismo. Pero don Juan Manuel sabía que no habían llegado esos tiempos. Eran épocas de tensión entre reyes y nobles y de declinación del sistema feudal. Eran tiempos de vestirse con los paños del realismo y esconder la desnudez de un modelo que empezaba a agotarse.

## **Epílogo**

### Capítulo 9 La dulce medicina



## **La dulce medicina**

### **Teoría y estilo literario en *El conde Lucanor***

Cuando los médicos quieren que una medicina cure el hígado, porque al hígado le gusta lo dulce, acompañan a esa medicina de azúcar o miel, para que el hígado, cuando atraiga hacia sí la dulzura, lleve con ella la medicina que le ha de aprovechar.

Con esta analogía ilustra don Juan Manuel su teoría literaria, una teoría que otorga igual jerarquía al mensaje que se pretende transmitir que a la forma con la que se debe contar. “Y a esta semejanza, con la merced de Dios, será hecho este libro, y quienes lo leyeren, si por su voluntad tomaren placer de las cosas provechosas que encuentren, estará bien”, afirma en el prólogo al *Conde Lucanor*.

La medicina cura al hígado como los *exempla* previenen y corrigen las equivocaciones de los grandes hombres. Pero se necesita la dulzura de las palabras “falagueras” y el poder poético de los cuentos a fin de que la enseñanza la reciba de grado el lector o el auditorio de la obra. Don Juan Manuel se asume como un médico de las conciencias que quiere ayudar a sus pacientes a conservar su estado, mantener su hacienda y su honra y encontrar el camino para la salvación de su alma; es decir, defiende la función social y pedagógica de su escritura. Pero sitúa al mismo nivel el continente del contenido. Porque si bien la *dulzura* formal que persigue está al servicio del mensaje, sabe que la eficacia comunicativa depende de la belleza alcanzada.

Incluso la *dulzura* tiene la capacidad de enseñar aun cuando el lector se resista a recibir la doctrina; la poesía de la obra le otorga al escritor poder sobre su lector: “y aun los que no lo entendieran tan bien, no podrán excusar que, en leyendo el libro, por las palabras halagueras y apuestas que en él hallarán, que no hayan de leer las cosas provechosas que están ahí mezcladas, y aunque no lo deseen, se aprovecharán de ellas, así como el hígado y

otros miembros se aprovechan de las medicinas que son mezcladas con las dulzuras que les gustan”, afirma don Juan Manuel.

Una poética concisa y sustancial al servicio de la pedagogía pero tan preocupada por la forma que, en el prólogo general a sus obras, don Juan Manuel pide que no le achachen los errores aparecidos en su obra hasta que no se consulte el manuscrito que él autorizó y que dejó a resguardo en el monasterio de Peñafiel, y que hemos perdido.

Este ensayo se ha dedicado a un análisis de la ideología política de don Juan Manuel a través de *El libro de Patronio*, y a ello se limita. Pero no puede cerrarse sin una reflexión general sobre el estilo de la obra. Porque su ideología no tendría relevancia ni singularidad si no estuviera encubierta en la dulzura del genio literario del príncipe don Juan Manuel. Acierta Gracián al decir que es siempre agradable, aunque siete veces se le lea.

*El Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio* es una síntesis del talento literario que ha desplegado en el conjunto de su obra. Sin duda hay en el libro relatos fallidos, pero entre sus 53 cuentos (si se asume que el *exemplum* 51 es auténtico, y se considera que los *exempla* 27 y 43 se componen de dos relatos cada uno) hay al menos una veintena de piezas brillantes, a la altura de los grandes relatos de la lengua española. Ya Fernando Gómez Redondo describió la concepción general del libro y la disposición de los cuentos. Afirma que *Lucanor* sintetiza la búsqueda del consejero perfecto: se inicia con un *exemplum* acerca de la traición de un bloque antagónico de consejeros envidiosos y menores que intrigan en contra del privado del rey y lo impelen a probar a su privado. Ese relato es un planteamiento general del problema de la confianza en el consejero y del ambiente de intrigas que gobernará el libro.

El crítico español desdeña el análisis de los *exempla* y prefiere limitarse a una lectura de los diálogos entre Lucanor y Patronio, que se producen antes y después de cada relato, y

relaciona superficialmente el tema de los cuentos con el intercambio entre el conde y su consejero. De esa manera encuentra cinco bloques: *exempla* 1-10, elección del buen consejero; 11-20, examen de las relaciones entre consejero y aconsejado; 21-30, transformación del aconsejado en consejero; 31-40, definición del “aristocratismo consiliario”, y 41-50, configuración espiritual del consejero.

Las principales estaciones de esta ascensión son el *exemplum* 1, en donde el privado advierte el ardid porque consulta a su consejero interior, al consejero del consejero que mantiene cautivo en su casa. La segunda estación es el *exemplum* 25, en donde el relato se convierte en un juego de espejos: Saladino recibe consejos de un conde cristiano a quien mantiene cautivo, pero el sultán se convierte en su consejero cuando ha llegado la edad matrimonial de su hija y ambos se dedican a escoger al sucesor.

La tercera estación es el *exemplum* 50, nuevamente protagonizado por Saladino, que se enamora de la esposa de uno de sus vasallos. La dueña se convierte en el “consejero perfecto” porque condiciona su aceptación sexual a que Saladino le revele la cabeza de todas las bondades. Por medio de la mujer, el sultán descubre que el mejor consejero es el consejero interior, que se llama vergüenza, pues por la vergüenza, le revela un anciano ciego, “sufre el hombre la muerte, que es la cosa más grave del mundo, y por vergüenza deja el hombre de hacer todas las cosas que no le parecen bien, por más voluntad que tenga de hacerlas”. De acuerdo con este análisis, Gómez Redondo deduce que detrás del libro hay una planeación y concepción general con un fin estético y moral preciso.

Una rápida enumeración de otras de sus virtudes literarias son, en primer lugar, una eficacia narrativa limpia de retórica. Don Juan Manuel evita conscientemente las citas clásicas; se omiten referencias a sabios de la Antigüedad o a los Padres de la Iglesia. No hay una sola frase en latín (salvo en el *exemplum* 51). María Rosa Lida apunta que don Juan

Manuel borra además toda huella de taller. El *Conde Lucanor* se nutre de relatos, la mayoría de origen oriental, reelaborados por don Juan Manuel, pero contados de manera tal que parecieran sucesos ocurridos recientemente o debidos a la tradición oral. Su estilo es ágil, las descripciones son breves, precisas, y nada más que las necesarias.

Usa diálogos, pero pocos, y los emplea con maestría porque son realmente orales; en cada uno hay personaje y color, tanto que se permite usar el árabe cuando hablan ciertos personajes, como el pueblo del rey Alhaquem y la profanadora de tumbas que se aterra cuando el jarrón de agua suena bocu bocu.

Los *exempla* tienen una estructura que favorece al suspenso. Lucanor acude con Patronio con un problema concreto, y el consejero sintetiza en una frase el conflicto del relato: “plazerme ía que sepades lo que contesçió a un omne con el diablo”, le dice en el 45, por tomar un ejemplo. Algunos de los mejores cuentos están contruidos circularmente, como el magistral –preferido de Jorge Luis Borges- *exemplo* 11, “de lo que contesçió a un deán de Sanctiago con don Yllán, el grand maestro de Toledo”, en donde el ambicioso deán recorre un viaje imaginario que lo convierte en obispo, cardenal y Papa, para regresar al punto de partida, la cámara del nigromante que prueba la gratitud del funcionario eclesial. O el *exemplum* 50, “de lo que contesçió a Saladín con una dueña, muger de un su vasallo”, en donde la acción se inicia y concluye en la recámara de la mujer.

Don Juan Manuel aprovecha la oposición de protagonistas y antagonistas para plantear conflictos dramáticos, como ocurre en el *exemplum* 1, “de lo que contesçió a un rey con su privado”, y en diversos cuentos más, en donde se enfrentan dos bloques: el protagónico, encabezado por el privado del rey (y su cautivo) y el antagónico, en donde se agrupan los consejeros conjurados, y el rey que oscila de uno a otro bando. Pero don Juan Manuel supera esta estructura en la última decena de su libro, la dedicada a la perfección espiritual.

En ese grupo de cuentos los personajes son más complejos porque son pecadores y se enfrentan a sus propias pulsiones. La esposa de Rodrigo el Franco es la causante de que su marido contraiga lepra (una enfermedad altamente estigmatizada en la época de don Juan Manuel) pues le pide a Dios que castigue a su marido por haberla acusado falsamente. Patronio como narrador se abstiene de condenar o de culpar a la dama; sólo refiere, de pasada, que ella se divorcia de su marido y se casa con el rey de Navarra. No hay buenos y malos, sino personajes que toman decisiones y se enfrentan a sus consecuencias.

Ya en *Estados* don Juan Manuel aparece como personaje y lector de su obra; en *Lucanor* se asume como receptor en cada *exempla*, cuando repite la fórmula al término de cada relato: “et porque don Iohan tovo este por buen exiemplo, fizolo escribir en este libro et fizo estos viessos que dizen así”: don Juan Manuel es lector, crítico y glosador de su propia obra.

Y además da un guiño a la metaliteratura en el *exemplum* 33, “de lo que contesció a un falcón sacre del infante don Manuel con un águila e con una garça”, cuando Patronio se reconoce personaje de una obra escrita. El consejero le recuerda al conde que los dos pertenecen al ámbito de la escritura, cuando le pide recordar un relato contado páginas atrás: “Et si quier, parat mientes al enxiemplo terçero *que vos dixen en este libro*, del salto que fizo el rey Richalte de Inglaterra, et quanto ganó por él” (subrayado mío).

La aportación a la historia de la literatura de don Juan Manuel no reside solamente en su plena conciencia de autor ni a una técnica narrativa tan eficaz como refinada para su época; aporta también, aun con brevedad, una poética de la función literaria: la dulce medicina para la conservación del poder, el mantenimiento de la clase social y la salvación del alma. Con base en esa misma declaración de principios se ha interpretado en este estudio los cuentos del *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*, una obra que funde

tanto su pensamiento político como su genio literario. En el siglo XXI cabe preguntarse, ¿cuánto ha cambiado la manera de hacer o pensar la política de la España del siglo XIV a nuestros días?

## **Bibliografía**

### ***(El libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio)***

Don Juan Manuel. *Libro de los enxiemplos del conde Lucanor e de Patronio*. Ed. Alfonso I. Sotelo. México: Rei-México, 1987.

Don Juan Manuel. *El conde Lucanor o libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio*. Ed. José Manuel Blecua, con nota actualizadora de Fernando Gómez Redondo. Madrid: Colección Clásicos Castalia, núm. 9, 2000.

## **Bibliografía directa**

Bizzarri, Hugo O., “El concepto de ciencia política en don Juan Manuel”, *Revista de literatura medieval* 17, núm. 1, 2001.

Cándano, Graciela. *Estructura, desarrollo y función de las colecciones de exempla en la España del siglo XIII*. México: Colección de bolsillo, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2000.

Cándano, Graciela. *La harpía y el cornudo. La mujer en la literatura ejemplar de la Baja Edad Media española*. Colección Cuadernos del seminario de poética núm. 20, Instituto de Investigaciones Filológicas, México: UNAM, 2003.

Cándano, Graciela. *La seriedad y la risa. La comicidad en la literatura ejemplar de la Baja Edad Media*. Colección Bitácora de Retórica núm 9, Instituto de Investigaciones Filológicas, México: UNAM, 2000.

Caso, Antonio. *Evocación de Aristóteles*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946.

Castro y Calvo, José María. *El arte de gobernar en las obras de don Juan Manuel*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Antonio de Nebrija, Barcelona, 1945.

- Covarrubias Orozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. Felipe C. R. Maldonado, revisada por Manuel Camarero. Madrid: Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, Castalia. 1995.
- Dickens, Charles. *Historia de dos ciudades*. Traducción de Salustiano Masó. Madrid: Millenium, 1999.
- Giménez Soler, Andrés. *Don Juan Manuel, biografía y estudio crítico*. Madrid: Academia Española, 1932.
- Gómez Redondo, Fernando. *Historia de la prosa medieval castellana I. La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Gracián, Baltasar. *Agudeza y arte de ingenio*. Ed. Evaristo Correa Calderón. Madrid: Colección Clásica Castalia núm. 63 y 64, 2001 (dos tomos).
- Johnson, Samuel. *Prefacio a Shakespeare*. Barcelona: El Acantilado, 2003.
- Don Juan Manuel. *El libro de los estados*. Ed. Ian R. Macpherson y Robert Brian Tate. Madrid: Colección Clásicos Castalia núm. 192, 1991.
- Le Goff, Jacques. *La civilización del occidente medieval*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Lida de Malkiel, María Rosa. *La idea de la fama en la Edad Media castellana*. 2º ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Lida de Malkiel, María Rosa, “Tres notas sobre don Juan Manuel” en *Estudios de literatura española y comparada*. Buenos Aires: Eudeba, 2º ed. 1969.
- Lida de Malkiel, María Rosa, “La individualidad de don Juan Manuel” en Alan Deyermond, *Edad Media I*, en Francisco Rico, *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona: Crítica, 1979, p. 196.
- Muñoz, Rafael F. *Relatos de la Revolución*. Ed. Salvador Reyes Nevares. México, Sepsetentas, 1974



- Moreno, Nahuel. *Las revoluciones del siglo XX* en <http://www.nahuelmoreno.org/pdf/revolSXX.pdf>
- Onfray, Michel. *Tratado de ateología*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Orduna, Germán, “La autobiografía literaria de don Juan Manuel”, en Alan Deyermond, *Edad Media. Primer suplemento 1/1*. Barcelona: 1991.
- Palafox, Eloísa. *Las éticas del exemplum. Los Castigos del rey don Sancho IV, El conde Lucanor y el Libro de buen amor*: México, UNAM, 1998.
- Pirenne, Henri. *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Pirenne, Henri. *Historia económica y social de la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica, 1939.
- Rodríguez Puértolas, Julio. *Literatura, historia, alienación*. Barcelona: Labor, 1976.
- Sainz de Robles, Federico, “Nota preliminar” en *El conde Lucanor y Patronio. Libro de los ejemplos*. Madrid: Aguilar, 1957.
- Saramago, José. *El evangelio según Jesucristo*. Madrid: Alfaguara, 1998.
- Shakespeare, William. *The complete works*. Londres; Pordes, 1998.
- Villoro, Luis. *El concepto de ideología*. 2º ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Wallerstein, Immanuel. *El capitalismo histórico*. México: Siglo XXI, 1998.